

Cosmópolis



Madrid, Octubre 1930

Precio: 1 peseta

Ayuntamiento de Madrid



5 PESETAS

PONEN EN SUS MANOS TODOS LOS MESES

- 4 números de **LA RAZA**, revista gráfica semanal, reflejo de la actualidad palpitante en todas las manifestaciones de la vida nacional y extranjera. 40 céntimos.
- 4 números de **EL PERRO, EL RATON Y EL GATO**, el semanario de las niñas, los chicos, los bichos y las muñecas. El mejor periódico infantil de España. 40 céntimos.
- 4 números de **LA NOVELA DE HOY**, que publica todas las semanas una novela corta, original e inédita, de una firma de alto prestigio literario. 30 céntimos.
- 2 números de **LA GACETA LITERARIA**, publicación quincenal que abarca todo el movimiento literario de nuestra época, nacional y extranjero. 30 céntimos.
- 1 número de **COSMOPOLIS**, gran revista mensual de alta literatura y de información mundial, Arte, Ciencia, Teatros, Deportes, "Cine", Modas, etc., etc. 1 peseta.
- 1 número de **LIBROS**, boletín mensual de la producción bibliográfica e hispanoamericana.

Todas estas publicaciones las ofrecemos en **SUSCRIPCION COMBINADA ESPECIAL** por **SESENTA** pesetas al año, que podrán pagarse mensualmente, a cinco pesetas.

Además, presentando en cualquier Librería Fe el recibo corriente de dicha suscripción combinada especial, se obtendrá el 15 por 100 de descuento sobre el precio de la obra que se desee adquirir del fondo del Catálogo C. I. A. P. (Editoriales Mundo Latino, Renacimiento, Estrella, Atlántida, Mercurio y Ciencia y Arte.)

Obtendrá asimismo el suscriptor, merced a los concursos para señoras, para niños, para escritores, dibujantes y vendedores, premios de miles de pesetas, espléndidos regalos y juguetes.

BOLETIN DE SUSCRIPCION (COMBINADA ESPECIAL)

Don
domiciliado en, calle de
núm., desea suscribirse
a las siguientes publicaciones: LA RAZA, EL PERRO,
EL RATON Y EL GATO, LA NOVELA DE HOY,
LA GACETA LITERARIA, COSMOPOLIS y LI-
BROS, durante un año, por pesetas SESENTA, pagando
por desde el mes
de de 193...

C. I. A. P. Apartado 33. Madrid.

LIBRERIAS C. I. A. P.

En Madrid: Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15; Librería Renacimiento, Preciados, 46, y plaza del Callao, 1; Librería Fe, Príncipe de Vergara, 42 y 44. En Barcelona: Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, y Cortes, 592. En Sevilla: Librería Fe, Campana (junto a Sierpes). En San Sebastián: Librería Fe, Avenida de la Libertad, 16. En La Coruña: Librería Fe, Real, 24. En Zaragoza: Librería Fe, Paseo de la Independencia, 23 y 25. En Cuenca: Librería Fe, Mariano Catalina, 12. En Cartagena: Librería Fe, Isaac Peral, 14. En Jerez: Librería Fe, Larga, 8. En Buenos Aires: Florida, 251.

Cosmópolis

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Príncipe de Vergara, 42 y 44.
Teléfono 53742.—Apartado 33.—Dirección telegráfica y telefónica: "Cosmópolis"



DELEGACIÓN EN MADRID

Puerta del Sol, 15, Librería Fernando Fe; Plaza del Callao, 1, Librería Renacimiento.

Año IV

Madrid, Octubre de 1930

Núm. 34

CRONICA

EL IDIOMA ESPAÑOL EN EL CINE PARLANTE :: :: Con este título apostillado con el de "¿Español o hispanoamericano?" acaba de publicar el Sr. Navarro Tomás, del Centro de Estudios Históricos de Madrid, un oportunísimo opúsculo, lleno de aciertos y repleto de autoridad.

La cuestión que en él se debate es, ciertamente, de vitalísima importancia para el idioma español. La película hablada le plantea, en efecto, un problema capital. De como España acierte a enfocar y resolverlo depende que afirme definitivamente su hegemonía idiomática en los países americanos o que la vea vencida para siempre.

Y aunque en el ámbito peninsular—aparte un brioso alegato del Sr. Francos Rodríguez—no parece haber preocupado grandemente esta cuestión, que, como todas las concernientes al llamado séptimo arte, está aquí en confusión lamentable, lo cierto es que en el reino cinematográfico es una cuestión candente y discutidísima.

De ahí la oportunidad manifiesta del merísimo libro del Sr. Navarro Tomás. Es, por otra parte, este trabajo muy eficaz por el acierto documental y crítico con que está estudiado magistralmente el tema. Y para asegurar mejor su eficacia se acompaña en la edición la versión inglesa del texto, cumplida por el señor D. Aurelio M. Espinosa profesor en California.

Como *antecedentes* recuerda el Sr. Navarro Tomás la reunión celebrada en Hollywood por representantes significados de los elementos españoles e hispanoamericanos que trabajan en aquellos estudios, y en la cual, a propósito de si debe usarse en las películas destinadas al mundo que habla español la pronunciación normal española o la modalidad hispanoamericana, "se tomó el acuerdo de seguir como tipo y modelo común en la representación cinematográfica la pronunciación correcta española".

Reseña en seguida los ataques y las campañas contra este acuerdo realizadas por escritores y artistas hispanoamericanos y recogiendo muchas de las señales evidentes de hostilidad, entra de lleno en el examen filológico de la cuestión.

En cuanto al aspecto cinematográfico, que es el que concretamente se debate, no hay duda de que ha de ser considerado el problema desde el punto de vista prosódico. Y el Sr. Navarro Tomás lo hace con indiscutible acierto y con irreprochable método científico.

Las premisas de que el autor arranca para

SUMARIO

	Páginas
CRÓNICA	3
Vida literaria.—LOS AUTORES Y LOS LIBROS	6
EL TEATRO EXTRANJERO, por R. M. ...	9
RETRATO DE LA SEÑORITA DE ARGÜESO. TOMÁS MORALES. EL POETA DE LAS GESTAS ATLÁNTICAS, por Antonio Valero de Bernabé.....	11
NOTAS BERLINESAS, por Antonio Muñoz Pérez. <i>Fotografías de E. Bieber y Erna Logalla</i>	12
BELLA Y SERENA. Novela inédita, por Luis de Armiñán. <i>Dibujos de San Martín</i>	13
De la España señorial. EL CASTILLO DE VÉLEZ-BLANCO, por Carlos Sarthou Carreres. <i>Fotografía del autor</i> . LA ESPAÑA DE LOPE DE VEGA, por Diego San José. <i>Dibujo de San Martín</i>	17
Una iniciativa de COSMÓPOLIS. PICASSO, por Rafael Marquina.....	29
LA LONJA DE VALENCIA, por T. Llorente Falcó. <i>Fotografías de Barberd y Masip</i>	31
VALENCIA Y LA NUEVA ARQUITECTURA, por Roberto de Gandía. <i>Fotografías de Vidal</i>	33
La calle de don Fulano. NUEVAS EXPRESIONES DE LA POSTERIDAD, por Ceferino R. Avelilla.....	38
Para el Museo de Romero de Torres. DON MARIANO BENLLIURE HA HECHO EL BUSTO DEL EXCELSO Y LLO-RADO ARTISTA CORDOBÉS, por R. Díaz-Alejo	40
Zodiaco matritense.—EL SIGNO PASTOR DE MADRID, por Víctor de la Serna. ADIÓS AL VERANO.....	41
Holanda pintoresca.—EN TIERRA DE MOLINOS, por Antonio Muñoz Pérez. <i>Fotografías Supplied Central News</i> . AMOR METEOROLÓGICO, por José María de Acosta. <i>Dibujos de Aristo Téllez</i> . Gramola universal.—CON LA MÚSICA A OTRA PARTE..., por Cassandrino....	43
RICARDO VERDUGO LANDI, EL PINTOR MARINISTA	44
Santa María de la Rábida.—FIESTA Y FASTO DE LA RAZA.....	46
LOS TEATROS, por J. López Núñez. <i>Fotografías Cíao</i>	50
DEPORTES, por "Rienzi".....	52
CRÓNICA GRÁFICA.....	55
EN DEFENSA DE LA FALDA CORTA, por Manuel Abril.....	57
EN DEFENSA DE LA FALDA LARGA, por Luis Fernández Ardavín.....	58
CRITERIOS Y PRETEXTOS. Rosita Rodrigo. <i>Fotografías Walken</i>	61
MODAS. <i>Fotografías de Llopis</i>	64
SECCIÓN INFANTIL. <i>Dibujos en tricolor de Serny</i>	70
1, 2 y 3.—LOS CINCO SOBRESALIENTES DE CERITO. 1 cuento. 2 curiosidades, 3 chistes, por Antoniorrobles. <i>Dibujos de Serny</i>	74
CRITOGRAFÍA Y AMENIDADES, por "Framarcon"	75
LOS ESCRITORES NUEVOS.....	76

su notabilísimo estudio pueden ser reducidas a éstas:

"Se dice acertadamente que la variedad lingüística de España con la convivencia del castellano, gallego, vasco, asturiano, aragonés y andaluz, es mayor que la de América, pero es de todo punto infundado querer dar a entender que por este motivo la unidad morfológica y sintáctica del idioma español es menor en la Península que en los países hispanoamericanos." "El timbre de las voces, los efectos del acento y las modulaciones de la entonación ofrecen infinitos recursos artísticos con que matizar y realzar la acción de la pantalla; pero es necesario poner en el empleo de estos recursos una atención no menor que la que se dedica a los detalles del gesto, del ademán, de la actitud, del vestido, de la presentación de la escena y de los efectos de luz." "Es preciso huir del vulgar error de los que creen que basta el hábito corriente y espontáneo de la lengua natal para satisfacer las necesidades de la representación artística."

Partiendo de estas premisas, examina el cultísimo filólogo español todas las facetas, todos los matices, todas las complejas peculiaridades de la cuestión. Y después de establecer por modo suasorio y clarísimo la distinción entre la pronunciación ordinaria y artística, pasa a estudiar y confirmar las diferencias entre la española e hispanoamericana (yeísmo, aspiración de la ese, divergencias de la jota, etcétera) y la extensión del seseo con todos los demás problemas lingüísticos que afectan a la prosodia para llegar a la conclusión de que es preciso educar prosódicamente a los artistas cinematográficos para que las películas habladas en español respondan, incluso artísticamente, a su verdadera finalidad. He aquí, para mayor precisión, sus palabras:

"Nada de manga ancha ni vista gorda, si no todo lo contrario: estudio, cuidado y selección. Cualquier pintor o músico necesita imponerse una rigurosa preparación respecto a la técnica de la materia expresiva—color o sonido—que ha de manejar en la práctica de su arte. ¿Es que en el arte escénico, del teatro o de la pantalla, el artista no necesita ser algo más que un sujeto enteramente lego o meramente intuitivo en cuanto a la técnica expresiva de la palabra hablada?"

El razonamiento no tiene, en efecto, punto endeble por donde atacarlo. Y en su planteamiento está, incurso y latente, el problema de la superioridad hegemónica del idioma español.

Valdría la pena de que esto fuese un asunto de los que entretuvieran la atención de quienes acudan a ese Congreso de la Cinematografía que está anunciado en Madrid, si es que verdaderamente quiere realizar algo más que satisfacer algunas vanidades pueriles y algunas apetencias vehementes.

Sería convenientísimo y muy útil y halagador además que nuestros artistas teatrales y cinematográficos a quienes tan de cerca atañe la cuestión supieran darse cuenta de su gran trascendencia.

A este respecto es curiosa la carta que Ernesto Vilches ha dirigido desde Hollywood al notable artista cubano C. W. Massaguer, director de *Social*, la magnífica revista cubana que de tal modo honra la actividad periodística de aquel país. A título de provechosa in-

formación, y ya que tan adecuadamente viene al caso, nos permitimos reproducir del número de septiembre de la bella revista habanera la carta del gran actor español.

Dice así:

"Querido Massaguer:

"He terminado mi primera película, "Casca-rabias", que es una obra inglesa que lleva el nombre en inglés de "Grompy". La acaba de hacer en inglés el célebre actor Ciril Morris, y yo en español.

"Todavía no la he visto y no tengo idea de cómo habrá salido; pero, en fin, yo creo que no habrá salido mal, a pesar de que es mi primera película y que los que me acompañan carecen de experiencia teatral, menos Seguro, que ha pertenecido a la Ópera.

"Lucho por convencer a estos americanos, para que piensen que las comedias en español son para gente que hable castellano, y que no pueden de ninguna manera dirigirse por un americano que no entiende castellano.

"Hasta que no haya directores españoles que se compenentren con el sistema y tecnicismo de los americanos, no habrá buenas producciones; no habiéndolas, el público se aburrirá, bajará la producción y preferiremos el idioma extranjero y las películas silenciosas.

"Ahora por ejemplo, paso a la Metro para hacer "Wu-li-chang". He luchado como no tienes idea para conseguir que no se haga el "Wu-

li-chang" que hizo Lon Chaney. Ya lo he conseguido, pero ahora estoy en lo segundo: que me lo dejen poner a mí, que he estudiado a fondo su ambiente. Creo que lo más que conseguiré es que "apunte" lo que sea y me lo respeten mientras otro lleva el título de director, y lo cobra, como es natural.

"En fin, la cuestión es que lo hagan bien.

"También hay una lucha con los actores.

"Creen que, como antes, con sólo la figura, se podía convencer, y todos creen servir para el cine parlante, y, claro, en cuanto hablan juntos, la diferente nacionalidad desentona; no agrada la producción y viene la lucha y creen que es cuestión de nacionalidades, como si el arte tuviera bandera distinta en cada país.

"En fin, estamos en el principio y lucharemos por vencer.

"Cuando termine mis compromisos aquí, en diciembre, pasaré otra vez a la Paramount, en su casa de París, "creo", según me han dicho, ya no sólo de actor, sino de director.

ERNESTO VILCHES.

Hollywood, VII-30."

Algunos de los problemas a que alude el ilustre comediante tienen, como puede verse, íntima conexión con los tratados por el cultísimo Navarro y Tomás, que, por su parte, ter-

mina su interesante y magnífico estudio con estas palabras:

"Esperamos que los artistas españoles e hispanoamericanos, que desde las películas parlantes han de hacer oír su pronunciación a tantos pueblos y gentes, dediquen a este as-



El coronel Dreyfus, por Herman Paul.

pecto de la palabra toda la atención y esmero que merece por el prestigio de la lengua española, que tanto pueden ennoblecer con la gran difusión y eficacia de su arte."



PRIMER ACTO DE UNA TRAGEDIA

¡Ponerle bozal a un perro que tiene cientos de años de nobleza!

Caricatura de Caran d'Ache.

EL PROCESO A una distancia de más de treinta años —tan densos y nutridos de historia universal— el proceso Dreyfus, que fué un momento de inquietud y pasión mundiales, se había ya casi borrado de la conciencia de las gentes.

Ha venido a reanimar su memoria, evocándolo de nuevo en la pantalla de la actualidad, la publicación de los *Carnets*, de Schwartzkoppen.

Con este motivo vuelven en algunos círculos a encenderse las discusiones y los apasionamientos, aunque con menos ardor y menos agria violencia que antaño. No hay que olvidar que, al fin y al cabo, el proceso Dreyfus es un asunto definitivamente concluido, en su intrínseca realidad y hasta en el complejo aspecto de sus consecuencias y ramificaciones. El *yo acuso* de Zola no tendría hoy, a este respecto, ni gallardía ni eficacia. No hay por qué volver una vez más sobre el asunto.

Precisamente, para Francia uno de los más graves inconvenientes del proceso fué quizá, como hace constar G. de Paulowski en *Les Annales* (15-VIII-30), su internacionalismo, lo que él llama con frase feliz "terrible derrota momentánea del espíritu francés". Volver ahora sobre ello, cuando la actualidad mundial está erizada de graves problemas de mayor diámetro, sería, tanto como un error francés, y acaso más, un peligro universal.

El mártir de la Isla del Diablo, el coronel Dreyfus, halló justa y resonante reivindicación. Y el espíritu francés resplandeció en su clara y luminosa fortaleza de justicia.

El fallo histórico no podrá ser jamás revocado.

EL OLVIDO DE CARAN D'ACHE :: :: Se duele un escritor francés, Georges de Montorgueil, que cada día se vaya olvidando más la memoria y el arte del que fué famoso caricaturista: de Caran d'Ache.

Hay, en efecto, un poco de injusticia en este olvido en que se hunde un artista que fué, en sí mismo, toda una época. El gran dibujante caracteriza netamente "el fin de siglo" parisiense. Brilló por su ingenio y por su talento, después de vencer en un agrio combate la gris indiferencia de las gentes. Fué árbitro en París y príncipe de la gracia. El solo puede decirse que constituyó un momento del arte francés. La elegancia y la finura, la sutileza y la intención prestaron a sus dibujos y a sus caricaturas un sello personal inconfundible. Era, además, un artista mundano, tan experto en el uso de la sátira como en el del madrigal.



Caran d'Ache. Autorretrato.

Sus dibujos en *Le Chat Noir* adquirieron rápidamente celebridad mundial.

Unía Caran d'Ache a su penetrante espíritu observador y satírico una refinada y audaz elegancia lo mismo en el arte que en la vida. Parisiense de adopción, lanzaba modas y se atrevía a las más bizarras originalidades. Mimado por la simpatía popular, acariciado por todas las auras del tiempo, conoció el placer de todas las victorias y; sin detenerse ante el halago, contribuyó a moralizar y refrenar los mismos excesos que le contagiaban.

En demasiado poco tiempo esta popularidad esfuma su recuerdo. El vértigo veloz de la vida contemporánea agranda la distancia que nos separa de Caran d'Ache.

Concurso de Portadas para "Cosmópolis"

Invitamos a los dibujantes de España y América española a concurrir a un Concurso de portadas para esta Revista, con entera libertad de asuntos, de técnica y de escuelas. Los artistas deberán, sin embargo, atenerse a las prescripciones siguientes:

1.ª Los originales deberán ser entregados en las oficinas de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (Sección COSMOPOLIS), Príncipe de Vergara, 42 y 44, antes del 31 de octubre de 1930.

2.ª Los originales serán presentados bajo un lema acompañando un sobre cerrado, con el nombre del autor y residencia.

3.ª El tamaño de los originales deberá ser de cincuenta centímetros de alto por cuarenta de ancho la superficie pintada, mas un margen de cinco centímetros, debiendo ser ejecutados sobre cartón.

4.ª Las portadas presentadas al Concurso serán expuestas durante ocho días de la primera quincena de noviembre en local adecuado de Madrid, donde los visitantes podrán designar sus preferencias y opiniones por medio de votos escritos depositados en urna apropiada. Este sufragio no decidirá el orden de los premios, pero será tenido en cuenta por el Jurado calificador.

5.ª El fallo del Jurado será emitido antes del 1 de diciembre de 1930.

6.ª El Jurado estará compuesto por personas calificadas en Artes y Letras ajenas a la Redacción de COSMOPOLIS.

7.ª Se otorgarán los siguientes premios:

Primero, de 750 pesetas
Segundo, de 500 —
Tercero, de 250 —

Además, COSMOPOLIS adquirirá todas las portadas que no habiendo alcanzado premio tengan mérito suficiente para ser publicadas, previo acuerdo con sus autores.

8.ª Las portadas han de reunir las condiciones precisas para ser reproducidas en cuatromía tipográficamente.

9.ª Los nombres de los escritores y artistas que constituyan el Jurado no se conocerán sino en la ocasión de hacerse público su fallo.

10. Los autores, al presentar sus portadas en las oficinas de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, recibirán un recibo numerado, cuya presentación será inexcusable para retirar las obras una vez resuelto el Concurso.

Efectivamente, acaso sea una gran injusticia el olvido en que se le tiene en estos tiempos tan propicios por otra parte a conmemorar fechas y figuras y a celebrar aniversarios y centenarios. Mucho más aún si se considera que ésta es una hora, por decirlo así, del cine, y Caran d'Ache fué al fin y al cabo,



Dibujo de Caran d'Ache.

con su teatro de sombras y fantoches, uno de los primeros y auténticos precursores más ilustres del cinematógrafo.

Ahora se trata de intentar en París la celebración de una exposición de obras de Caran d'Ache.

Juzgamos que sería una obra meritoria y bella. Porque, además de constituir una reparación justísima, sería, sin duda, un gran acontecimiento artístico.

LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA



La criatura ha muerto, pero han podido salvar al padre.

Caricatura de Kelen.

FOTOGRAFADOS. Trust Gráfico. C.I.A.P.

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44 - MADRID - TELÉFONO, 57.964.

**RÁPIDOS
IRREPROCHABLES
ECONÓMICOS**

VIDA LITERARIA

LOS AUTORES Y LOS LIBROS

LA SEXOLOGÍA

POR QUINTILIANO SALDAÑA

ESTE gran libro de Quintiliano Saldaña, *La Sexología*, pone en conocimiento del público español todo lo concerniente a esta interesantísima ciencia. Quintiliano Saldaña, con un conocimiento perfecto de la materia, con un sentido social agudísimo para sacar graves, profundas consecuencias de la misma, expone la sexología refiriéndola a todos los casos, relacionándola con todas las circunstancias, aplicándola a la vida social, a las relaciones de hombre y mujer, a los distintos estados de ambos, etcétera.



La Sexología ha caminado extremadamente en estos últimos tiempos, colocándose a la cabeza de muchas ciencias. Desde el advenimiento de las teorías de Freud, la sexología ha ido invadiendo todos los campos, particularmente el literario. Hacia falta, pues, que un autor de autoridad indiscutible realizase el trabajo de recoger en un volumen orgánico cuanto de seriamente científico hay en esta materia.

Este autor es hoy Quintiliano Saldaña. Su obra se detiene, primeramente, en exponer con claridad y severa documentación el contenido y las lindes de la Sexología. Explica después la vida de los sexos, junto con la psicología de los mismos. Aporta serios datos para la educación sexual. Se detiene en la ética del sexo, así del hombre como de la mujer, exponiendo normas de indiscutible trascendencia. Por último, aborda con valentía y rigor científico el celibatismo eclesiástico, finalizando su obra con un estudio sobre criminología sexual.

Sólo esta enumeración de materias, que constituye la Sexología en todos sus aspectos, basta para penetrarse del interés excepcional de esta obra, única en su género. Agrega a ello, además, Quintiliano Saldaña, un estilo flúido, cuya continua claridad, aun en los momentos más intrincados del tema, hacen de su obra un relato de admirable interés. Se trata, por consiguiente, de un libro científico, escrito con entero rigor, pero realizado en su prosa con el encanto de la más bella literatura didáctica.

LA SEXOLOGÍA

(Ensayos)

Me propuse en este nuevo libro contestar a una pregunta unívoca de nuestro tiempo: ¿Qué es la Sexología?

El vocabulario de la cultura se renueva. Vo-

ces inéditas cada día saltan como gnomos, y vienen a plantarse en medio del camino. Imposible al hombre "ilustrado"—que así se decía en el ochocientos—conciliar el sueño de su conciencia, desconociendo flamantes realidades del espíritu. ¿Es un viejo Arte? ¿Es la tierna rama de una ciencia? ¿Es ciencia independiente, autónoma, la Sexología? ¿O pretende ser acaso la ciencia de las ciencias, explicación oculta de toda sabiduría humana? La respuesta plural engrosa el libro, prendida en los ganchos sinópticos de esos interrogantes.

No se trata de explicar—una vez más—qué es el sexo, sino de explicarlo todo, o casi todo, por el sexo. Algo en este sentido hizo el psicoanálisis, rasgando un himen de la Psicología. La Sexología es posterior y significa un avance. El psicoanálisis no es sino método. La Sexología se alza como un sistema cultural. Antes nos despertaban—con el alba de cada siglo—sistemas filosóficos, nuevos o renovados. Ahora, la vastedad de los conocimientos, de los sentimientos y de los humanos deseos, urgen explicaciones amplias, ubícuas, que no sean violentas síntesis racionales, sino vastos análisis animados por un seísmo de armonía.

En un concepto: culturas. No ciencias; no filosofías, sino culturas novísimas, suscitan el interés del hombre plasmado en el novecientos. La Sexología es una cultura recental. Resultado de transformar, primero, el sexo nativo en una apetencia culta (obra de la civilización histórica), luego de revelar todo el dinamismo psíquico y físico, individual y social, humano y sobrehumano, como vibración universal, formada o deformada por el latido del sexo.

La inspiración del artista, el gesto del héroe, los éxtasis del místico, cuanto el hombre pudo ostentar de sublime, de esforzado y de lazañoso, reflejo es de su estado sexual. Tal es la última enseñanza de la Sexología.

¿A qué celar una objeción? Esta—se dice—es nueva teoría del genio. Sí; pero la única doctrina beligerante. La ecuación entre genio y sexo es ya una verdad incorporada. Las opuestas vidas sexuales desorbitadas del artista y del místico—respondiendo a métodos contrarios de exaltación y de compresión—responden a un mismo volumen de yacimiento genital, bajo tipos opuestos.

En su proceso didáctico, la Sexología emerge de la Biología, y así, de esta serie de ensayos, el primero acota "la vida de los sexos" (Biología sexual). Síguela, inserto en el estudio de las funciones, una indagación sobre ésta, que es trascendente, y nominamos "la nutrición de la especie" (Fisiología sexual). De ella en pos, viene toda una exploración psicológica (Psicología sexual); y como ciencias normativas, que de ellas son secuela, la educación del sexo (Pedagogía sexual), y el reglamento de las costumbres (Ética sexual). Finalmente, la exaltación deformadora de esas normas sanas, a través de la Religión, explica el fracaso doloroso del celibato eclesiástico y monástico (Mística se-

xual), así como a través del Derecho da razón de sus infracciones más sonadas (Criminología sexual).

La Sexología es más que ciencia una enciclopedia científica; inexcusable en la formación del médico, del sociólogo, del pedagogo, del filósofo, del sacerdote, del abogado. Ignorarla, tanto valdría como desconocer otras grandes interpretaciones de la vida o de la Historia (ejemplo: el socialismo).—Quintiliano Saldaña.

EL AÑO DE LA DERROTA

POR J. FRANCOS RODRÍGUEZ

1898. Sólo esta cifra evoca en el español contemporáneo una serie de episodios interesantes, por lo deplorables, de la historia de España. Es *El año de la derrota*, ahora recogido en un volumen por J. Francos Rodríguez. Un año, para los españoles, de depresión, de despertar a la realidad cruda, de contemplación de nuestra situación política, financiera, militar, naval... J. Francos Rodríguez ha dedicado un volumen de sus "Memorias de un gacetillero" a ese año tan lleno de acontecimientos, dándonos, con la enumeración precisa de sus hechos, un cuadro perfecto de la derrota. Con ésta bastaría para llenar un libro. Pero el escritor, el gran cronista que es Francos Rodríguez, no se ha limitado sólo a recoger un agudo de ese año, aunque éste sea de excepcional importancia: ha reunido, por el contrario, todo lo concerniente a la época, todas sus manifestaciones, todas sus figuras, logrando de este modo un cuadro perfecto e integral.

El año de la derrota es, pues, la visión total de 1898. Aquí encuentra el lector todo lo relativo a un momento crítico de España, sin olvidar su arte, su literatura, sus costumbres, sus modas. Ahora bien: este cuadro no sería perfecto—es decir, real, vivo—si J. Francos Rodríguez no lo hubiera realizado con objetividad absoluta. Su narración es una exposición sin entusiasmos ni enconos; una enumeración clara, precisa e imparcial. Su libro no obedece a una tendencia, por donde cobra valor indiscutible, histórico. Su obra solo tiende a exponer los hechos, pero ello desde nuestra perspectiva moderna, mirando las cosas tal como fueron.

Ello no obsta para que el espíritu de Francos Rodríguez, tan agudo, deslice a veces en sus páginas, como accidentalmente, atinadísimas críticas, juicios claros sobre determinadas situacio-



nes, hombres y obras. Pero todo ello es, en último extremo, adjetivo en el libro. Lo esencial de éste es su gran porte documental, su visión clarísima de los hechos, su serenidad al enfocar las más dolorosas cuestiones.

Hay que agregar a esto, por último, el estilo, merced al cual J. Francos Rodríguez logra construir un libro donde la amenidad está a la altura del interés histórico de los episodios que relata.

CATALUÑA ANTE ESPAÑA

Estos cuadernos de *La Gaceta Literaria* van constituyendo una antología de literatura nueva española. En su primera serie aparecieron versos de Garcés y Basterra. En la segunda, la actual, han aparecido, hasta ahora, obras de Giménez Caballero (*Círculo Imperial*), de Jarnés (*Salón de Estío*), de Ramón (Novisimas greguerías).

El nuevo, cuarto cuaderno de *La Gaceta Literaria*, está formado por páginas muy distintas, todas ellas relacionadas con la creciente amistad cordial de Castilla y Cataluña. En esta amistad tiene un puesto indiscutible Giménez Caballero, por su labor constante, cada vez más eficaz, de aproximación, realizada desde su revista. Desde la Exposición del Libro Catalán, en Madrid, hasta el banquete último en Barcelona, pasando por varios hechos de importancia en las relaciones de ambas zonas hispanas, Giménez Caballero ha fomentado con tacto, muy diplomáticamente, la amistad castellanocatalana. Para ello ha hecho lo mejor que podía hacer: estimular el resto de España para el conocimiento de Cataluña, sus hombres y sus obras.

Cataluña ante España es, pues, como la demostración de la labor, en aquel sentido, de Ernesto Giménez Caballero. Encontramos en *Cataluña ante España* todas las voces que convocó *Gecé* en beneficio de una nueva integración intelectual de la Península. Hay en este libro páginas de Andrenio, de Estelrich, de Valls Taberner, de Soldevila, de Ribas, de Garcés, de Ferrá, de Elías, de Bellido. Páginas de Giménez Caballero, Pompeyo Fabra, Luis Bagaría, Nicolás María de Urgoiti, Gabriel Alomar, Luis Araquistain, Gaziol, Juan de Encina, Angel Ossorio, Azorín, José Plá, Manuel Montoliu. Palabras de Maeztu, Corominas, Arconada, Bergamín, Castillejo, Cossío, Díez-Canedo, Jarnés, Asúa, Martí, Ledesma Ramos, Marichalar, Montes, Pérez de Ayala, Pastor, Sangroniz, Salinas, Subirá. Discursos de Giménez Caballero, Sáinz Rodríguez, Marañón, Fernando de los Ríos, Ossorio, J. Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, Pi y Suñer. Artículos de *Heliófilo*, Marcelino Domingo, Roberto Castrovido, Luis de Zulueta, Rovira y Virgili, Américo Castro.

A continuación, como aclaración, transcribimos las palabras preliminares de E. Giménez Caballero en este nuevo cuaderno, *Cataluña ante España*, de *La Gaceta Literaria*:

"El presente cuaderno de *La Gaceta Literaria* es el conjunto de documentos literarios que testimonian toda una época histórica de relaciones culturales entre Castilla y Cataluña, a partir de 1927 hasta ahora, 1930.

Tal etapa fué iniciada por la invitación de

La Gaceta Literaria a Cataluña para que, abandonando políticas centripetas y estrictas, se allegase a Madrid con sus equipos intelectuales. El resultado fué la famosa Exposición del Libro Catalán en Madrid, primera y fundamental parte de este libro. La segunda parte la constituye el agradecimiento de Cataluña por tal comportarse madrileño y su contrainvitación a Madrid para llegarse a Barcelona en el acto llamado "Cordialidad entre intelectuales castellanos y catalanes".

No se sabe lo que el porvenir reservará a estas relaciones tan puras y altamente trabadas.

Que como un jalón definitivo y señero permanezca este nutrido cuaderno testimonial, punto de referencia para cualquier movimiento futuro.—E. Giménez Caballero.

LA RISA DEL SEXO

POR LORENZO RODERO

ENTRE la nueva literatura humorística, destaca ésta de Lorenzo Roder, por su franca alegría. Alegría doblemente valiosa cuando se ve que los temas llevan siempre una intención picante sexual. Muy pocas veces esta literatura, destinada a barajar temas escabrosos, se realizó con buen estado de ánimo, con frescura de espíritu, con salud de alma y cuerpo. Por lo general, cayó siempre en lo sentimental falso, cuando no en lo enfermo y sombrío. Lorenzo Roder, en cambio, lleva su humorismo hasta hacer de los motivos del sexo una constante, ininterrumpida risa. Así es su libro "La risa del sexo", una risa o una sonrisa cuando menos de todo cuanto se relaciona con los elementos sexuales. Por ello, sólo por esta alegría sana, el libro de Roder se purga en salud de pornografía y ofrece un flanco jocundo, compatible con el arte, donde el ingenio luce sus más inesperadas habilidades. Libro saladísimo, "La risa del sexo" ofrece un curioso epílogo, salado también—más bien picante—, de Enrique Jardiel Poncela.

EL CHAPIRO VERDE

AUTOCRÍTICA

ENTRE los cincuenta libros que tengo en circulación (sin guardia de la porra que los detenga), la novela objeto de las cortas líneas que ahora tiene el lector ante sus honradas gafas (porque hoy todo el mundo usa gafas, sea o no sea de Buenavista) es una de las obras que más agradan a su viejo y festivo padre, si que también a una buena parte de su apreciable familia.

Reeditada poco ha por la benemérita Compañía Ibero-Americana de Publicaciones esta jocunda novela, me ocurre un curioso fenómeno,

no, y es que, después de haberla dado a luz, es cuando me siento embarazado. Y digo embarazado, por la violencia que me causa el hablar de mi producción; pero he sido amablemente requerido para ello, y si no lo redactase yo, este trabajo no sería una autocrítica, sino una crítica... como yo: sin auto.

¿Qué es *El Chapiro verde*? ¿Un tratado de otorrinolaringología? ¿Una glosa del evangelio de San Lucas?... Nada de eso. Ya he dicho que es una novela cómica, y lo es de la cruz a la fecha. Si algún mérito tiene (aparte de que he procurado escribirla en castellano), es que los personajes, los episodios y los lugares de acción están tomados de la realidad misma. Tal acontece con las escenas del café, del balneario, de las fiestas religiosas y taurinas de Remurmillos del Conde; todo ello presenciado por mí en pueblos cuya vida (que Dios guarde muchos años) me es tan conocida como los recibos de mi casero y como mi docena de camisas rayadas; advirtiéndome que toda la obra está construida casi exclusivamente al servicio del truco final, que más que truco es traca.

Si las situaciones y el diálogo tienen gracia..., el lector lo sabrá; porque ninguna de las producciones que, por su sal, me han dado nombre y dinero, ha promovido en mí la leve risa del conejo. Lo que sí declaro es que *El Chapiro*, novela de acción rectilínea (salvo las curvas de la novia del protagonista), no ha sido labor realizada en cuatro días, porque, con desventaja para mí respecto de otros novelistas, noveladores o noveleros, el público me exige siete chistes en cada renglón y doce peripecias graciosas en cada párrafo, y esto no puede hacerlo el autor, por chusco que sea, más que a paso de tortuga con *paralís*.

Del éxito de *El Chapiro verde* estoy muy satisfecho, y pido al Altísimo que me conceda larga duración, a fin de que, antes que mi tortilla cerebral se avinagre y mi materia "pierda la línea", pueda yo trazar muchas, que, como somos pocos los cultivadores del género *nieta-mente* festivo, espero me proporcionarán lo bastante para que mis herederos se regalen el hocico con *pirulines* o, al menos, con *cacahuetes*... Amén.—Juan Pérez Zúñiga.

LA NARDO.

AUTOCRÍTICA

La *Nardo* ha sido nombre de una mujer a la que he amado siempre y a la que no he conocido nunca.

Mi Madrid, este Madrid en el que he jugado desde niño y en cuya calle de los Reyes he nacido, me pedía una encarnación de mujer, y con retazos de muchas hembras y con carne de las esquinas he ido fraguando esa cera viva de mi protagonista.

Esa novela ha tardado mucho en ser compuesta, porque no quería deslizarme en ella, entrar en un argumento excesivo, apelar a ninguna facilidad. Quería que todo en ella fuese sobrio, ceñido, apretado, como desnudo de madrileña endurecido por los aires de la Sierra, despierto en el corretear la ciudad más viva del mundo sensible a simpatías de luz y sombra.

Como un magnetizado, no quería buscar yo las baratijas que adornan una novela, sino aplicarme sólo a encontrar los quereres y las cosas que la *Nardo* desconocida me mandase en-

contrar y recoger desde el trono de su escenario.

"¿Esto?", pues eso, y hacía mi capítulo sin traspasar su límite.

"¿Aquello?", pues eso también, y me ponía a adensar el otro capítulo sin ratimagos, sin salirme.

"¿Y el final?"

"El doble suicido por amor", me dictó la voz de la Nardo moribunda.

A través de los años había yo presenciado dobles suicidios por amor, como flora ideal de Madrid, pues no había en ellos el desengaño de la vida y la inapetencia final que caracteriza a otros que se dan por el mundo. Estos dobles suicidios de por aquí tienen desnudo de pasión y son el estallar de la desesperación, por causa del medio que odia el amor y lo combate.

Mi recuerdo más vivo de los dobles suicidios por amor fué el de una joven de dieciséis años que se había suicidado junto a su novio, de veintiocho, y de la que se prohibió dar el retrato en los periódicos por lo bella que era, como si la Policía hubiese temido que detrás de ella se fuesen numerosos suicidas. Ya la vi en el Depósito de cadáveres, y no he recibido mayor provocación desde la vida como aquella provocación desde la muerte.

Quizá en mi novela, en la que yo ya estoy tan abismado que no puedo ver casi nada, han visto los que se han apasionado por ella un símbolo de esta pasión hundida que se debate en Madrid, que tiene palpitaciones enconadas, que quiere erguirse y no la dejan, que es como toda la tragedia del alma de un pueblo que, sin más porvenir ni más ideal que el del frenesí humano y personal, no puede vivir siquiera ese destino.

En el valle de la altiplanicie, en distancia aislada de todos sitios, en situación de abandono geográfico y político, como aun no se ha explicado, se ve esa luz blanca de un cuerpo de mujer que se contorsiona en el deseo profundo del placer y de la comprensión, y un hombre a su lado que sufre la misma agonía.

Recortada, esbelta, con caderas fúlgidas, la Nardo pasa.

¿La veis pasar? Sólo he querido eso.—Ramón Gómez de la Serna.

POR AQUELLAS CALENDAS

(Vida y milagros del magnífico caballero Don Nadie)

LA figura de Luis Montoto Rautenstrauch, desaparecida hace poco, dibuja en el panorama de Sevilla un escritor singular. Luis Montoto fué—es, porque seguirá, sin duda alguna, actuando—el enamorado de la literatura a través de la vida y la palabra de una región: Andalucía. Sus poemas, sus novelas, sus obras teatrales tienen, junto con la ingeniosidad característica de Montoto, un tono muy regional, muy sevillano, perceptible no tanto en los temas como en el modo particular de tratarlos. Este amor a la propia región, particularmente a Sevilla, se ve conjugado con su amor a las letras, perfectamente, en *Un paquete de cartas*, una de las obras de Montoto más eruditas, de más difícil y complicada erudición folklórica.

Poco antes de morir, Montoto inició la publicación de la *Vida y milagros del magnífico caballero Don Nadie*. El primer volumen de esas

memorias, titulado *En aquel tiempo*, obtuvo inmediato éxito, no sólo por el interés literario "per se", sustancial de la obra, sino también, y al mismo tiempo, por la abundancia y curiosidad excepcional de sus anécdotas. Montoto vivió mucho; estuvo en contacto siempre, desde sus años mozos, con la mejor intelectualidad española, y esta continua convivencia le permitió reconstruir en su primer volumen casi medio siglo de vida artística y literaria.

El segundo tomo, ya póstumo, de la misma obra, titulado *Por aquellas calendas*, sostiene el encanto de *En aquel tiempo*. Por él se reconstruye la sociedad sevillana de su época; el tono de vida intelectual; los hechos de mayor resonancia; las anécdotas de más vivo interés y significación. Amigo de Valera y Menéndez y Pelayo, Luis Montoto parece reunir las características de estos dos talentos. De uno, el ingenio, la gracia para narrar. De otro, la extraordinaria, la fantástica erudición.

LA ISLA DE LOS SANTOS

(ITINERARIO DE IRLANDA)

MI intención al escribir mi libro fué doble: de una parte, informar al lector español sobre la causa irlandesa y el desarrollo de la pugna *sinn-fein*; de otra, hacerle sensible el espectáculo del alma irlandesa, en los múltiples y seculares elementos de su paisaje, su historia y su leyenda. Esto es: colocarle no sólo en el eje de la guerra irlandesa, sino también en el centro de Irlanda. Conseguido o no, tal fué, cuando menos, mi propósito, que, desbordando el marco habitual de la labor periodística, pretendía además cierta calidad literaria.

Para la mejor comprensión de los hechos con que da comienzo mi crónica, he hecho preceder ésta de una breve sinopsis de los acontecimientos del nacionalismo irlandés anteriores a mi llegada a Dublín. Así el lector, con la simple lectura de esa lista de fechas, tendrá ya los prolegómenos necesarios para bien entender lo que sigue. Igualmente, para satisfacción de aquellos lectores cuya curiosidad por la causa irlandesa haya sido bastante a suscitar esta crónica, he creído conveniente añadir al final de ella otra breve sinopsis de fechas, que alcanzan desde mi salida de Irlanda hasta la consecución de su autonomía y el restablecimiento de la normalidad.

Huelga decir que, en todo momento, he querido proceder con una absoluta imparcialidad, sin dejarme arrastrar por ningún prejuicio, sopesando siempre cuidadosamente el pro y el contra, e investigando de continuo la veracidad del informe. Así, en la mayoría de los casos, me he limitado a contar lo que sabía por mí y lo que había visto con mis ojos; trato de conciliar esta objetividad con el apasionado fervor que, casi desde el comienzo, se refleja en estas crónicas. Nadie que no fuera inglés habría podido, realmente, vacilar ante el espectáculo de la crucifixión irlandesa; aquí

significaba, fatalmente, pasión irlandesa. El corazón tomaba partido en el pleito y seguramente que no era la cabeza la que venía a contradecirle.

Pero aunque, a mi modo, haya hecho también la guerra *sinn-fein*, me interesa hacer constar que mi amor a Irlanda no ha ido un solo momento acompañado del odio hacia Inglaterra. En este punto concreto de la cuestión irlandesa, mi criterio pudo serle netamente contrario; pero, fuera de él, mi pasión inglesa no es menos viva que mi pasión irlandesa. Por otra parte, en aquel criterio adverso me acompañaba lo mejor de Inglaterra, y el conocimiento que tenía de la vida moral de ésta, tanto como la fe en el esfuerzo irlandés, era lo que me ayudaba a vislumbrar, en un porvenir no lejano, la independencia de Irlanda. En este sentido, el final del artículo "El Cisba" (*Sinn-Fein*), último de los recogidos en el Apéndice, expresa claramente mi sentir sobre el particular. Debo demasiado a la cultura inglesa y a sus disciplinas morales e intelectuales para que pudiera ser de otro modo. Ricardo Baeza.

NUEVOS PAISAJES

POR GREGORIO ARRIETA

NO podemos prescindir hoy, queramos o no, de las regiones, cuando hablamos de poesía española. Frente a esta de Gregorio Arrieta, no hay medio de recusar Andalucía, su más pura sustancia, aunque el poeta no haya pretendido hacer, ni haya hecho tampoco, poesía andalucista. Ignoramos la procedencia geográfica del autor de "Nuevos paisajes". Pero intuimos, en cambio, claramente, a través de su verso, su procedencia lírica. Esta viene por línea recta de Juan Ramón Jiménez, cuya obra, sin torpes exterioridades de lo andaluz, recoge un modo único de sensibilidad andaluza.

En este sentido, sólo en éste, el verso de Gregorio Arrieta habla, canta con un determinado metal bético. Pero eludiendo las voces en que Gregorio Arrieta coincide felizmente con aquella entonación, sus poemas discurren por un cauce propio, con motivos y voces propios, arrastrando en su corriente cuantos elementos son necesarios para constituir y definir una personalidad poética.

Nosotros diríamos con relación a esta personalidad concreta, tan clara, de Gregorio Arrieta, que su más fuerte relieve lo logra por la ternura. Es un verso éste que se allega empapado de expresiones tiernas, de estremecimientos tiernos, de mimo ante las cosas. Es un verso cuya forma mejor la logra con elementos ante los cuales el poeta pueda pasar su mano, acariciando:

La negra neblina
entra en la mañana
borrando las sendas
del alba...

Desde la tierra a los cielos
todo lo abarca...

Mas de pronto, padre Sol
suelta su cuadría blanca
y se ilumina la tierra
alborozada...

Toda la poesía de Gregorio Arrieta es una caricia delicadísima, eminentemente lírica, a paisajes sensibles o de alma.—E. S. y Ch.



EL TEATRO EXTRANJERO

GEORGES DE PORTO-RICHE.—EL ESCENARIO GIRATORIO.—EL TEATRO TURCO

MEI LAN FANG Y SU POPULARIDAD AMERICANA.—MAURICE CHEVALIER

EL teatro francés está de luto, como una casa en la que ha muerto el abuelo muy querido. Forman en el coro elegíaco y plañidero miles de criaturas rozagantes que en una hija del viejo patriarca, la *Amoureuse*, tuvieron inicio de su progenie. La guirnalda grácil y viviente de las nietas rodea la tumba de este hombre, que con cinco comedias ganó la inmortalidad, como testimonio eterno de su magisterio humano.

Porque, como ha dicho acertadamente Antoine—y no hay quien pueda discutir una autoridad tan sólidamente conquistada—, el gran arte, el secreto magnífico de Porto-Riche, ha sido el estructurar y vitalizar la marioneta dramática, que, desde los primeros siglos, los poetas y los dramaturgos se esforzaron en poner en pie.

Aparte todas sus sutilezas y todas sus perfecciones de técnica, el teatro de Porto-Riche, centrado en el amor, girando en torno al eje de la pasión, teatro de sexualidad, es profundamente humano, en el sentido quizá más vasto y verdadero de la palabra. De ahí la enorme influencia que ha ejercido en el teatro contemporáneo. De ahí que en el teatro francés, concretamente, su trascendencia haya sido importantísima, hasta el punto de que, a raíz de la reposición (1921) de *Le Passé*, Gustavo Lanson pudo decir:

“En la historia del teatro francés estamos acostumbrados a decir: Racine y Marivaux. Nos es ya preciso acostumbrarnos a decir: Racine, Marivaux y Porto-Riche.”

Porto-Riche, en efecto, ha constituido, por decirlo así, con su arte y su influencia, la época moderna del teatro francés.

Con su teatro pasional y apasionante—teatro de amor lo ha llamado él—arriñonó las viejas fábulas sentimentales y románticas y encaramó al tablado la autenticidad humana. Aunque sólo este mérito pudiera atribuírsele, bastaría para su gloria.

Pero lo acrecen considerablemente su don agudo de psicologismo, su fuerza poética germinal, la sutileza profunda de su estilo.

Parca en cantidad, vastísima en excelencias, la obra dramática de Porto-Riche comporta pocos títulos. De entre ellos, cinco bastan para señalar la jornada triunfal de su vida, que se ha rendido a la muerte a los ochenta y dos años. A saber:

Un drame sous Philippe II (1875), *Amoureuse* (1891), *Le Passé* (1897), *Le Vieil Homme* (1911) y *Le marchand d'estampes* (1917).

Algunos otros títulos pueden añadirse, como *La chance de Françoise*, *L'Infidèle*, *Les vrais dieux*, *Les mâle platres*, etc., sin contar su obra lírica *Prima verba* (1872), *Pomme d'Eve* (1874) y *Tout n'est pas rose* (1877).

Los catorce años que separan su gran éxito,

Un drame sous Philippe II de *Le chance de Françoise*, estrenado por Antoine, fueron los de la íntima y solitaria formación espiritual del dramaturgo. Este, ya en la cuarentena, apareció rotundo y personal, *aparte* y señero, cuando el grupo del Teatro Libre pugnaba por imponer una innovación, de la que él, por gracia del gran sentido crítico e intuitivo del gran Antoine, vino a ser uno de los más esforzados y eficaces paladines.

Antoine ha narrado con cálida sinceridad su primer encuentro con el que después había de ser autor glorioso de *Amoureuse* y de *Le Vieil*



Porto-Riche.

Homme, y hay en el relato como el vaho reciente de una creación. Porque, evidentemente, aparte el subidísimo valor intrínseco de sus obras, el teatro de Porto-Riche ha creado en Francia toda una dramaturgia. Y, sobre todo—y acaso esto sea más importante aún—, *ha puesto en pie*—para emplear los términos de Antoine—la humanidad de su tiempo. Ha humanizado, ha revitalizado la pasión.

Cuando, con ocasión del estreno de *Amoureuse*, Sarcey, árbitro en aquel entonces de la crítica francesa, dijo que habían nacido una obra y un teatro *para veinte años*; aun acertando, sagaz, en adivinar la trascendencia, erró, tímido, en el cálculo. Hasta hoy, podemos asegurar que se equivocó, por lo menos, en la mitad. Cuarenta años han pasado, y la enamorada *Amoureuse* de Porto-Riche sigue inalterable en la gracia de su lozanía y en la decisiva fuerza de su sugestión.

Su autor deja una obra póstuma que en su solo intento muestra ya la acuciante calidad de su interés. Se trata, según parece, de una *Manon*, que estaba corrigiendo y puliendo con aquella ansia paciente de perfección, que fué una de las más nobles cualidades del autor de *Amoureuse*.

Es de esperar y desear que esta última obra del dramaturgo pueda pronto ser ofrecida al público.

Por lo demás, al traspasar la linde de las tinieblas eternas, Georges de Porto-Riche, poeta y dramaturgo, hombre de poesía y de tea-

tro, deja tras de sí una vasta obra. El ha sido un momento del teatro francés. Parodiando lo que el genio de Anatole France dijo de Zola ante su tumba, en una hora solemne y funeraria, podría decirse de Porto-Riche que ha sido, profunda y esencialmente, un momento de la conciencia humana.

Porque, en definitiva, su Teatro de Amor ha hecho de la pasión una conciencia. Y, por lo tanto, con hondura ejemplar, también de la conciencia una pasión.

Vuelve a estar sobre el tapete de las vehementes discusiones escenográficas la cuestión del escenario giratorio.

Ha sido pretexto de esta recobrada actualidad una obra montada en Berlín por Max Reinhardt, original de Fritz von Unruh y titulada *Phoea*.

Se trata, según las reseñas de la prensa europea, de una teatralización de los medios y ambientes cinematográficos. El protagonista, un director de *films*, llega a contagiarse del propio asunto que dirige, y, arrastrado por la fuerza de la ficción, la vive en la realidad de su vida como una cosa real.

No parece que la obra de Fritz von Unruh, una de las últimas novedades alemanas, haya merecido por sí misma, por la belleza y perfección de su desarrollo literario, grandes elogios y admiraciones. Pero la ha salvado el *espectáculo*, imaginado y realizado por Max Reinhardt.

Ha utilizado éste, como se ha dicho, el procedimiento del escenario giratorio, sirviéndose de él, en la montura de los numerosos cuadros de la obra, para lograr curiosos y eficaces efectos en la persecución de unos personajes por otros de unas a otras habitaciones; para la busca y completa transición de ambientes; para la continuidad vertiginosa de la acción según un ritmo cinematográfico.

Acaso en este último aspecto tenga la postura escénica de *Phoea* una importancia mayor, a causa de su índole de obra relacionada con el cinema. Si realmente el famoso director alemán ha conseguido dar a la mutación y a la presentación escénicas un ritmo acelerado, acercándolas a la impresión vertiginosa del cinema, habrá contribuido con ello a esclarecer uno de los puntos más importantes y trascendentales entre los que suscita la relación futura entre el teatro y el cine. En el mutuo y complicado juego de ventajas y desventajas, este aspecto de la velocidad (por decirlo así) de la acción es quizá decisivo en el instante en que el cine sonoro y el cine hablado parecen invadir la esfera teatral.

Privé acaba de aludir a ello en el *Mercure*

de France, insistiendo, con gran acopio de razones, en la imposibilidad de que el cine hablado pueda sustituir literalmente al teatro mediante la reproducción íntegra, completa y auténtica de una obra teatral.

Pero más concretamente la postura escénica de Phoea parece aplicarse al caso contrario. ¿Llegará el teatro, en el futuro, a la absoluta



Fritz von Unruh.

capacidad de sustituir íntegramente un film?

Por de pronto, y aparte de la reconocida y elogiada belleza alcanzada por Max Reinhardt en la ocasión presente, el interés del problema radica en la posibilidad de que el escenario giratorio permita la *aceleración*, que es precisamente, desde muchos puntos de vista, una de las ventajas de la pantalla.

De momento, el éxito logrado por el gran artista es un gran argumento no sólo a favor del género, sino también del escenario giratorio.

En *La Revue Nowelle*, Manuel Leis llega a afirmar a este propósito: "Parece estar probado que el escenario giratorio es el mejor recurso de la maquinaria teatral moderna." Y añade después con cierta intención actualista y local: "Más que los ascensores del teatro Pigalle."

Este episodio en la ardua batalla no la decide aún, ni mucho menos, definitivamente. Pero todo en él, desde la índole del decorado y el tema cinematográfico de la obra, hasta la circunstancia de que haya sido representada en la escena del Deutsches Theater, de Berlín, por artistas de la pantalla (Grete Mosheim y Heinrich Georg), le da un singular relieve.

Conviene no olvidar—y dicho sea de pasada—que la lucha, si llegase a existir, entre el cine sonoro y el teatro sería la de un arte recién nacido contra otro que es ya casi tres veces milenario.

Bajo el antiguo régimen turco la mujer tenía prohibido el acceso al escenario, y en público no podía mostrarse sino tapado el rostro—a excepción de los ojos—con un tupido velo. Se comprenderá fácilmente que estas dos normas prohibitivas imposibilitaban en Turquía la existencia normal de un teatro.

Pero con el advenimiento al poder de la política kemalista, con el triunfo renovador de Mustafá Kemal, que tanto ha influido en la vida nacional, aquellas dos restricciones, como tantas otras, han desaparecido, dando lugar a que el teatro pueda iniciar su pleno y normal desarrollo.

No parece que esta necesidad—que al fin y al cabo es vitalísima para un pueblo—haya escapado a la atención normativa, al celo innovador de Mustafá.

No hace muchos meses, en efecto, el presidente de la República reunió en su residencia de Angora, en un banquete ofrecido en homenaje, a los artistas del Conservatorio y a los de la compañía dramática Ertogroul. Asistieron a la comida eminentes personalidades y el Gobierno en pleno.

A creer las reseñas de la prensa turca, recogidas con más o menos confianza y celeridad por los periódicos europeos, el Ghazi gobernante mostróse tan amable y solícito, tan elogiador y entusiasta con sus invitados artistas, loando el esfuerzo y el sacrificio que realizan, que los comediantes lloraron de emoción.

Ya el día anterior habían sido obsequiados con parecido agasajo por el ministro de Instrucción pública, Dgemal Husni bey, quien, a los postres, en un brindis, dijo, entre otras, las siguientes significativas palabras:

"El teatro, esta formulación especial del ideal literario y artístico, ha sido desde la más remota antigüedad un poderoso auxiliar en la marcha ascensional hacia ideales colectivos; representa el medio más importante para realizar la unión moral de los individuos pertenecientes a diversas clases sociales, nivela los sentimientos y las ideas, constituye los más sólidos lazos de las nacionalidades."

No es quizá aventurado suponer después de todo esto que el teatro turco está próximo a inaugurar un fecundo período de provechosa evolución.

Mei Lan Fang, cuya sonrisa ha sido calificada de "sonrisa de joven recién casado al día siguiente de la noche de bodas", supo ganarse con su simpatía y su arte la admiración y el afecto del público norteamericano, hasta el punto de que la entrada al Hotel Plaza, de Nueva York, donde se alojó, tuvo que ser acordonada por la policía, a causa de la multitud de visitantes y curiosos que pretendían asaltarla.

Mei Lan Fang—que cuenta en la actualidad treinta y seis años y que a los doce representó su primer papel femenino—es, en realidad, el príncipe de los actores chinos, el primero en mérito y prestigio.

De él ha escrito una autoridad tan indiscutible, en lo que el teatro chino se refiere, como Albert Maybon, lo siguiente:

"Mei Lan Fang ha creado (se refiere a sus papeles femeninos) un tipo de china de aire lánguido o bravío, de aspecto cándido y sugestivo.

"En la China revolucionaria de hoy, este actor permanece afiliado al culto de las tradiciones. Es fiel al repertorio clásico compuesto de obras inspiradas en viejas leyendas y en la historia del imperio de las flores.

"Compone sus personajes con cuidado mi-

nucioso. Se dice que no los caracteriza hasta haber releído las viejas leyendas heroicas, los dramas mitológicos, las comedias que destacan por la singularidad de las aventuras y lo maravilloso de la intriga y recordando las prescripciones del código penal de las antiguas dinastías: el actor debe presentar las más nobles enseñanzas de la historia, las evocaciones antiguas capaces de conducir al espectador a la práctica de la virtud."

Con estos ideales, y convencido de que el teatro ha de ser, en su patria y para su patria, el lazo de unión entre lo que fué y lo que nace, fué Mei Lan Fang a Norteamérica, donde su triunfo y su popularidad han sobrepasado todas las ponderaciones.

Cuando salió de Shanghai le fué ofrecido un té de honor en despedida. Y algunas personalidades le obsequiaron con la sinceridad de sus ditirambos.

Alguien le dijo en aquella ocasión solemne: "Vais a demostrar en el extranjero que nuestro teatro es la revelación de la dulzura de nuestras costumbres."

A este propósito queremos nosotros reproducir, en comentario a esta profecía, el mismo que hace Maybon:

"Quisiéramos creerlo, pero cabe preguntar si los infatigables guerreros de Pekín, de Nankín y de Cantón y de tantos otros lugares estarían dispuestos a ceder su lugar a los comediantes."

Hasta ahora, y a juzgar por el consenso público y la boga estrepitosa y unánime, el cinema hablado tiene un solo *as* indiscutible: Maurice Chevalier. Su rápido encumbramiento, su decisivo triunfo en un arte nuevo y que le era desconocido, han venido, sin duda, a facilitarse por las especiales y singularísimas condiciones merced a las cuales era ya, en el tablado, Maurice Chevalier, un género aparte, una personalidad única e inimitable.

Por lo mismo, a pesar de sus rotundos y unánimes éxitos en la pantalla, ni él se resigna a abandonar la escena propiamente dicha, ni la escena se resigna a conformarse con su deserción.

En la actualidad, Chevalier, ídolo de Broadway como lo sigue siendo de París, acaba de filmar una película hablada que, según se afirma, ha de superar a la famosa *El desfile del amor*. Se llama—por lo menos en América española va a llamarse así—*El gran Charco*. Se trata de una película de complicado argumento en la que Chevalier ha de encarnar varias y pintorescas transformaciones con el fin de frustrar los planes que se oponen a la boda con la que le ha dado, contra oposiciones e intrigas, la seguridad de su amor.

Pero no terminada aún la filmación de esta película, ya firmó Chevalier un contrato teatral por el que se obliga a dar en el Dominion Theatre de Londres una serie de representaciones por las que ha cobrado cuatro mil libras esterlinas semanales, lo que constituye un *record*. Como se ve, el teatro "no omite los mayores sacrificios" para mantener su rango... y sus artistas, frente a la poderosa ofensiva del cine sonoro y hablado.

R. M.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Teléfono 53742.—Apartado 33.—Dirección telegráfica y telefónica: "Cosmópolis".

Exclusiva de la publicidad en COSMÓPOLIS: RUDOLF MOSSE IBERICA, S. A.—En Madrid: Nicolás María Rivero, 11. Teléfono 15525.—En Barcelona: Rambla de Cataluña, 15. Tel. 11130.

DELEGACIONES EN MADRID:

Puerta del Sol, 15, Librería Fernando Fe; Plaza del Callao, 1, Librería Renacimiento.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España, Portugal y América: Un año, 12 pesetas; un semestre, 7 pesetas.—Francia y Alemania: Un año, 20 pesetas; un semestre, 11 pesetas.—Demás países: Un año, 30 pesetas; un semestre, 17 pesetas.



DELEGACIONES EN PROVINCIAS:

En Barcelona: Ronda de la Universidad, 1, Librería Barcelona.—En Sevilla: Campana (junto a Sierpes), Librería Fe.—En Cartagena: Isaac Peral, 14, Librería Fe.—En Buenos Aires: Florida, 251.



La señorita Belén Argüeso, hija de los Condes de Argüeso y una de las más espléndidas bellezas de la sociedad madrileña.

TOMAS MORALES

El poeta de las Gestas Atlánticas

PARQUE de San Telmo, en Las Palmas, isla dorada de Gran Canaria. Sinfonía de luz y colores. Adentrado en el Atlántico como un mirador abierto a su horizonte, el frondoso jardín, encendido por el sol, sonríe a la inmensidad azul, sintiendo los latidos del corazón del mar, tendido a sus pies.

Y en medio de este parque, entre palmeras, flores y plantas tropicales, apesadado por lozana hiedra, un pedestal destaca el busto de Tomás Morales, "El poeta de Canarias".

Tomás Morales sintió el deslumbramiento atlántico de las Islas Canarias. Sus ojos otearon los maravillosos panoramas apoderándose de su espíritu y de la pureza emotiva de sus tierras de fuego. Sol, mar, vegetación; triángulo que fundió su alma de artista en el crisol luminoso de paisajes de ensueño y horizontes de dioses.

El cromatismo de las "Islas Afortunadas" hirió su sensibilidad y lo hizo poeta. Poeta de cadencias recias, medidas, sonoras, de imágenes poderosas y fulgurantes, con la plasticidad admirable de un espíritu lleno de intensidades apasionadas.

Poeta de las gestas atlánticas, ama el mar, a quien debe Tomás Morales la voluptuosa plenitud de su poesía. Y este amor lo exterioriza con toda la fuerza pujante de su lirismo en versos que no fueron fabricados sino expresados, que no fueron inventados sino sentidos.

El verso largo, de que abusan muchos para no decir nada y que únicamente sirve para amontonar conceptos poéticos, no lo emplea Tomás Morales. Su manera de hacer es concisa, rotunda, de clásico sabor. Da en cuatro versos la impresión exacta de un paisaje, la sensación de un ambiente.

*Navegamos rodeados de una intensa tiniebla;
no hay un astro que anime la negra lontananza;
y nos da el buque, en medio de la noche de niebla,
la sensación de un monstruo que trepida y avanza.*

Sus visiones son producto del paisaje de que es elemento, y del deslumbramiento del mar mitológico en que surgen las islas. Cuadros intensos, de fuertes colores, en atmósferas tibias aún por el fuego de la convulsión de un continente legendario, que dejó como atalaya misteriosa el pico volcánico del Teide.

Tomás Morales murió joven. La vorágine de la vida no horró su paso sobre la tierra. Su espíritu, espíritu de raza, fuego y luz, brilla perennemente en su obra *Las rosas de Hércules*.

La admiración de sus paisanos rindió el homenaje merecido a su memoria. Y, sin embargo, Tomás Morales, "El poeta de Canarias", el trovador de las emotividades supremas de las islas legendarias, por su relieve literario y abolengo poético, merece algo más.

Que en una nueva valoración su nombre sea conocido y su obra popularizada, a fin de que la memoria retenga estrofas suyas que son como airones llameantes del numen hispano.

* * *

Ante la tumba del poeta, el cronista sintió la emoción del recuerdo al rendirle la pleitesía de unas flores. El camposanto donde reposa no perturba el ánimo con la melancolía que emana de los lugares evocadores de la muerte. Es un cementerio lleno de luz y de rosales, junto al mar, que arrulla con su eterna sinfonía el sueño de los que se fueron. Una lápida a flor de tierra, y vencida sobre ella, una figura: la poesía, sintéticamente simbolizada en el dolor de la partida del poeta hacia lo eterno.

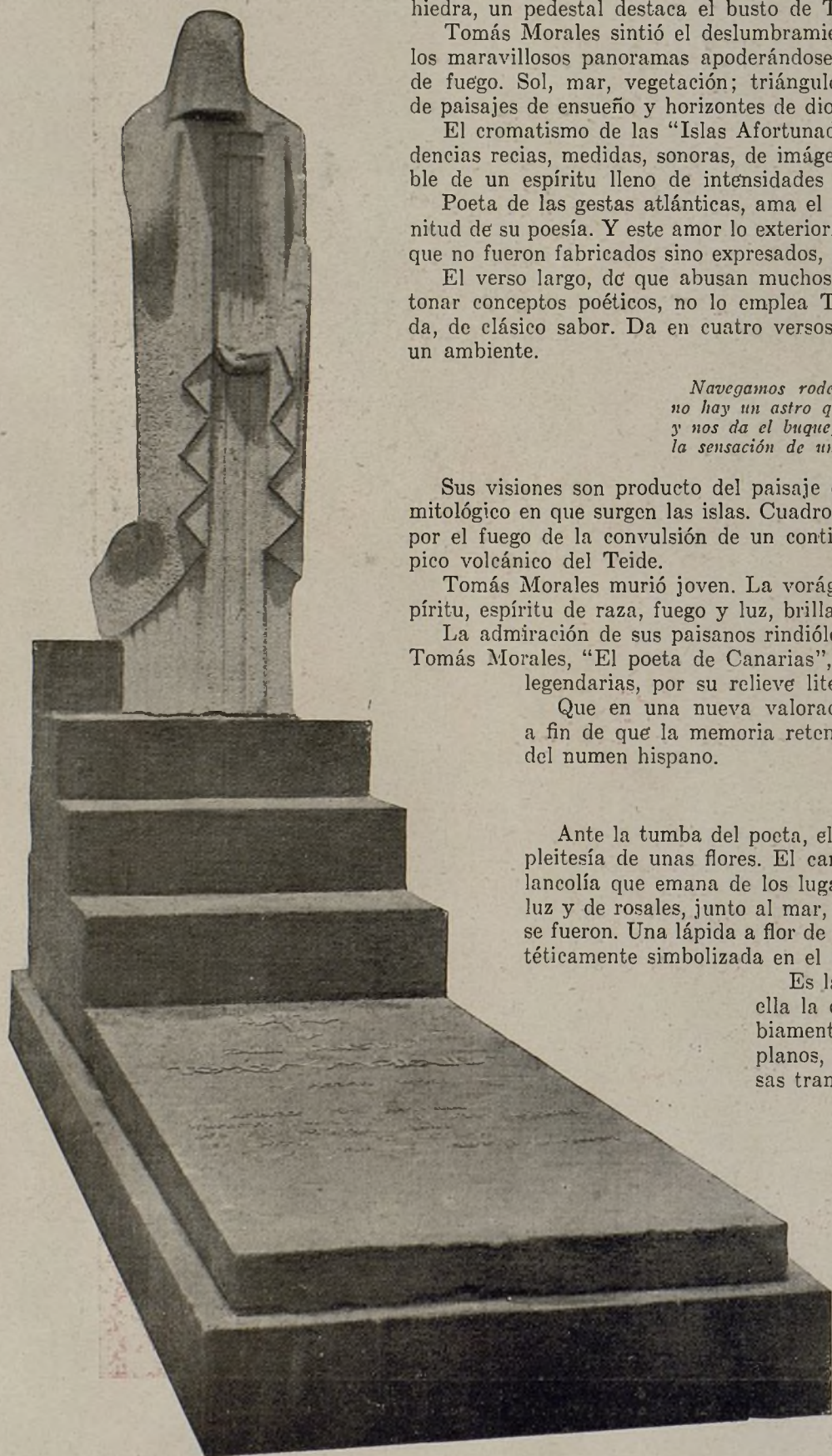
Es la obra acabada de un escultor. Victorio Macho puso en ella la concepción armónica y el acento grave y reposado. Sabiamente simplificada y estilizada, logra el reposo de ritmos y planos, en el concierto de la belleza, con líneas sobrias, con masas tranquilas, con esa grave dulzura de las obras perdurables.

*Y llegó el viento norte, desapacible y rudo;
el vigoroso esfuerzo de mi brazo desnudo
logró tener un punto la fuerza del turbión,
para lograr el triunfo luché desesperado,
y cuando ya mi brazo desfallecía, cansado,
una mano, en la noche, me arrebató el timón.*

Tomás Morales presintió en estos versos su prematura muerte. Y, poeta ante todo, brindó un rasgo de su inspiración antes de que la pálida pasara junto a él y se lo llevara consigo.

ANTONIO VALERO DE BERNABE

Fotografía del autor.





Teatro Nacional de la Comedia, mandado construir por Federico "el Grande" en las catedrales francesa y alemana.

◀ Notas Berlineseas ▶



Dita Parlo, la "estrella" más joven de la U. F. A.

Los escenarios berlineses poseen indiscutible atractivo para las artistas españolas, que si no suelen permanecer en ellos tan largas temporadas como en París, obtienen pingües beneficios en las breves excursiones nórdicas. Gloria Maravillas, Argentinita, Raquel Meller, la Argentina y otras muchas más, pasaron por Berlín cosechando aplausos y contratas para otros países. La Argentina, sin embargo, como en París, es la que ha obtenido éxitos más rotundos. El público berlinés se rindió ante el arte de la Argentina, pues sabe apreciar a nuestras artistas y gusta especialmente de la alegría de las bailarinas españolas, admirando su gentileza.

Y es que, pese a las preocupaciones financieras o a los temores de una próxima guerra, a las amenazas y atropellos de las bandas comunistas o reaccionarias, Berlín se divierte. Entre todas las poblaciones de Europa, es Berlín el lugar en donde se agrupan mayor cantidad de



Lil Dagover, ídolo del público alemán.

establecimientos propicios a las expansiones sentimentales y otras. ¿Deseo de olvidar penas? ¿Competencia con París, al que quieren arrebatarle sus turistas? ¿Exteriorización desenfrenada de un materialismo que escapa y se manifiesta a la menor ocasión? Problemas son éstos que no nos interesa desentrañar, pero que señalamos como cronistas.

En lo que se refiere a los teatros, el género lírico, por su parte espectacular y auditiva, es el que más admira a los extranjeros. La ópera del Unter den Linden, la de la plaza de la República y la de Bismarck Strasse, ofrecen conjuntos formidables, alternando en su repertorio entre las obras clásicas y las concepciones ultramodernas, todas ellas puestas en escena con gran propiedad. Los grandes directores alemanes como Blech, Klemperer y Bruno Walter, muy conocidos en París, pugnan por superarse; pero en obras como el *Don Juan*, de Mozart, desagrada y sorprende el hipermodernismo del decorado y vestuario, haciéndonos añorar otros Don Juanes aplaudidos en diferentes capitales del viejo continente, y en particular las que dirigió Paúl Vidal en la Ópera Cómica de París.

La guerra, democratizando las costumbres, ha hecho que se asista sin crítica en traje de calle a ciertas localidades en las que antes se iba siempre de etiqueta. En Berlín no todo el mundo se viste especialmente para asistir a los espectáculos líricos, y junto a los fraques impecables y ceremoniosos, desfilan las democráticas chaquetas.



Mollie Ordeyna, célebre actriz alemana.
Foto Erna Logalla.

Leni Riefenstahl, bellísima actriz cinematográfica.

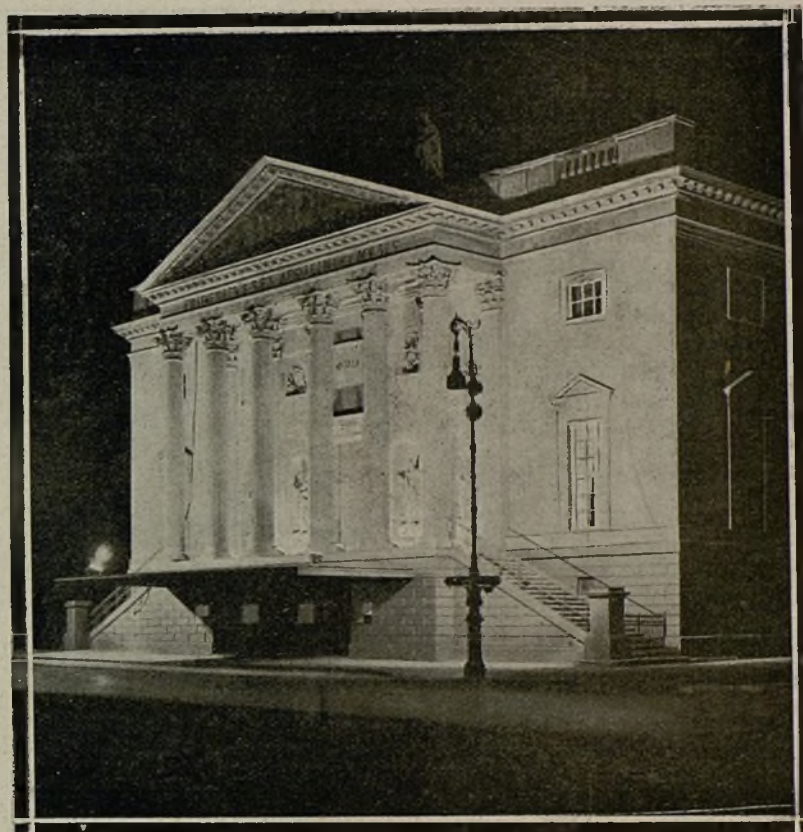
Foto E. Bieber.

En los intermedios, por costumbre muy arraigada, ciertos caballeros y señoras van sacando del bolsillo infinidad de chucherías y alguna que otra salchicha, que comen con visible satisfacción, por aquello de que la música no alimenta, y también por lo muy largos que resultan algunos de estos espectáculos, defecto general del arte nacional de Alemania. En los teatros de revistas, la parte espectacular predomina aún más, siendo también frecuente que lo que se vió en París se vuelva a aplaudir en Berlín, en compensación de tal o cual novedad berlinesa hábilmente explotada en el Moulin Rouge o en el Casino de París.

El realismo exagerado de los alemanes choca con nuestras costumbres, y se ha llegado, en el Deutscher Theater, representando *El Burlador de Sevilla*, cuando el Rey de Nápoles entra con un candelabro en la mano y sorprende a Don Juan con Isabela—para dar idea de cierta situa-



Anita Dorris. Bellísima artista de la pantalla, que actúa en las principales casas alemanas.



Berlín.—"Fiesta de la Luz". Fachada del Teatro Nacional de la Opera.

ción—a hacer oír lo que la decencia no puede permitir que vea, mientras que a nuestro Tirso de Molina le bastó con esta frase:

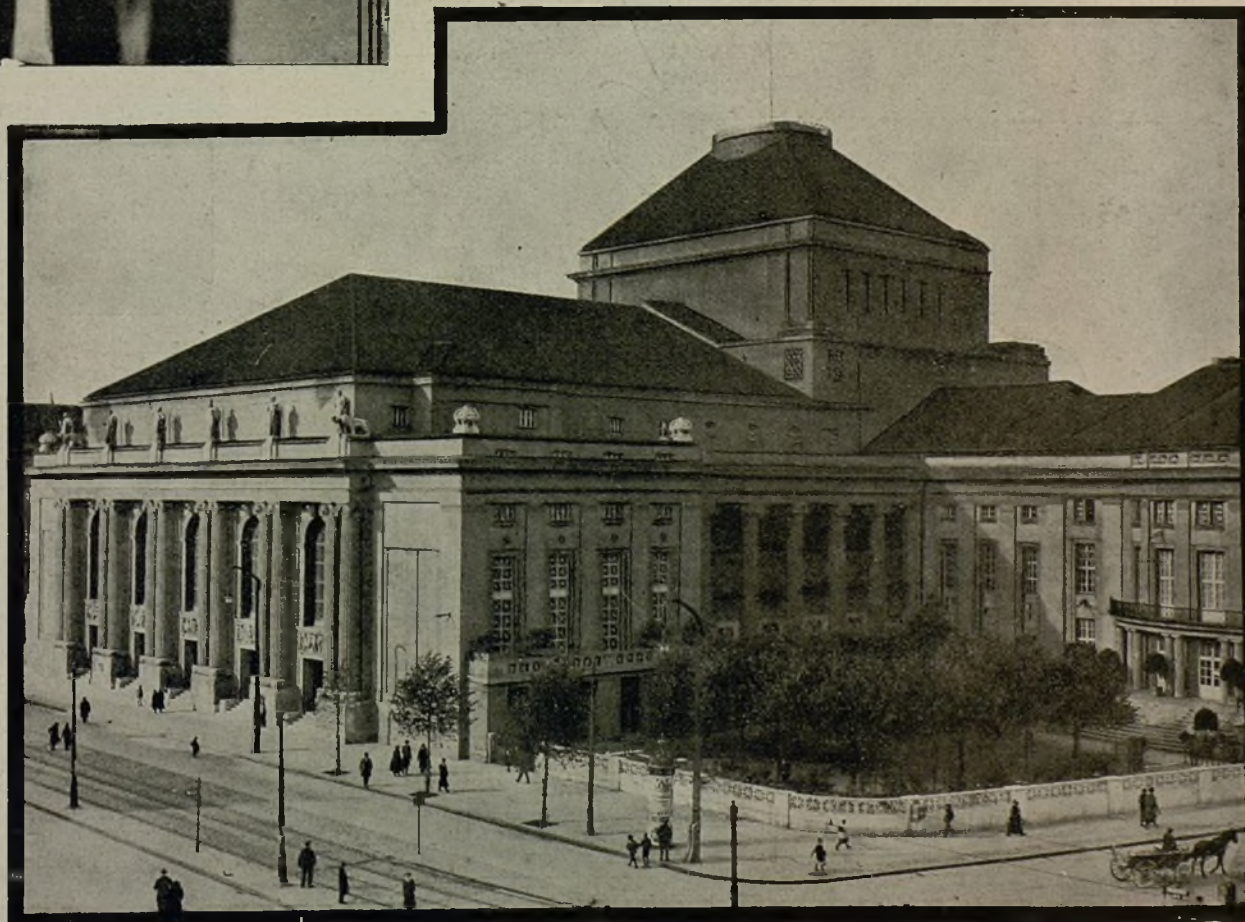
—¿Quién eres?

—¿Quién ha de ser! Un hombre y una mujer.

El teatro, y sobre todo el cinematógrafo, es centro de reunión de las bellezas alemanas, que si no abundan como en España, son dignas de admiración en ciertos ejemplares de la raza.

ANTONIO MUÑOZ PEREZ

Fotos E. Bibber.



El gran Teatro de la Opera Alemana en Charlottenburgo.



NO COMPRAR
NADA A CIEGAS



ermeto
MOVADO

EL MOVIMIENTO DEL RELOJ **ERMETO**, DE UNA PRECISION PERFECTA, AL ABRIGO DE LOS CHOQUES, DEL POLVO Y DE LA HUMEDAD; ES EL RELOJ IDEAL DEL HOMBRE Y DE LA MUJER DEL SIGLO XX, DEPORTIVO, ELEGANTE Y PRACTICO

EL MAYOR STOCK DE RELOJES ERMETO LO PRESENTA LA JOYERIA Y RELOJERIA

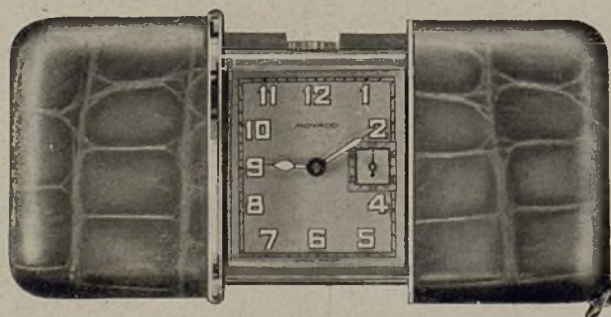
LOPEZ Y FERNANDEZ



Ermeto-Baby



Ermeto-Normal



Ermeto-Master

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 8 y 10
Teléfono 16.925.—**MADRID**

BELLA Y SERENA

NOVELA
INEDITA

Por LUIS DE ARMIÑAN

DESDE la terraza del Casino Municipal de Biarritz, en una tarde estival, Gonzalo Monterde atalayaba el espléndido panorama de la villa alegre, tendida suavemente ante sus ojos.

Toda la comba de la playa, rodeada de grandes hoteles y suntuosos edificios, asomábase al oro de las arenas, en las que se quebraban entre rizadas espumas las olas del mar. La inquieta multitud abigarrada, gozadora, lo invadía todo: paseos, calles, jardines; y por encima de ella, y al mismo tiempo, vibraban, confundidos, los sonos de veinte orquestas, formando un conjunto discorde y ensordecedor. El *jazz-band* del Casino imponía, como más cercano, sus disonancias, mientras las parejas bailaban entre un corro de espectadores que ocupaban las mesitas situadas por todas partes. El ir y venir de las gentes; la movilidad de los grupos, tan pronto unidos como dispersos, daban al conjunto la impresión de un hormiguero que andaba, bullía y se fraccionaba en todas direcciones, corriendo los unos hacia la sala de juego, los otros hacia la calle, y muchos hacia las amplias terrazas. El espectáculo de aquella bulliciosa turba extendíase por todo lo que alcanzaba la vista, y en lo hondo, en la inmensa playa ocupada por centenares de personas, se entremezclaban bajo el anchor de los azules cielos, gozando del paseo a la orilla de un mar sereno y apacible.

Gonzalo Monterde, un poco triste y emocionado ante aquel panorama, contemplaba la bola de oro del sol que se hundía en el mar, y el cálido atardecer refrescábase por la brisa marina, que le acariciaba dulcemente. Paladeando el aroma picante de su cigarrillo, con los ojos ensimismados ante la belleza del crepúsculo y los oídos turbados por el confuso rumor de los sonidos, respirando a pulmón pleno, sintióse un poco menos desgraciado, como si el fuego violento del vivir, que es en la juventud una gran fuerza, le consolara de sus tristezas. ¡La juventud en plena posesión de su sagrado y misterioso encanto! Era aquella la vez primera que Monterde se encontraba solo, absolutamente dueño de sí, en el ancho escenario del mundo. Sin padre desde los primeros años de la vida, hijo único de un matrimonio opulento, su madre, viuda, hizo del niño la única razón de su existencia. Criólo a su lado con el codicioso afán del que esconde un tesoro. No pensó Eulalia Campuzano en otra cosa que en la de hacer de su hijo Gonzalo un hombre honrado, ni tuvo otro afán que el de acrecentar con una severa administración y con un constante ahorro la fortuna cuantiosa que heredaría el niño; y con sus medidas austeras y sus constantes sacrificios, consolidó más y más el caudal, todo él en buenos cortijos y olivares, acumulando las rentas con porfiado empeño, para adquirir nuevas fincas y riquezas en títulos mobiliarios y acciones bancarias de positivo valor.

Creció Gonzalo regaladamente bajo el maternal cobijo, esmerándose en darle educación brillante, pero sin pensar un momento en arrojarlo al frío desamparo de los colegios. Eulalia llevó a su casa los más discretos maestros, eligiendo los profesores, y ante sus ojos vigilantes fué recibiendo su hijo los estudios y conocimientos que ella estimaba bastantes para hacer un hombre de provecho. No le acuciaba la ambición de ver a Gonzalo

convertido en un ingeniero ilustre, ni en un oficial brillante, ni en un médico famoso, contentándose con verle abogado, al fin de que obtuviese un título académico, pero dando a la educación alicientes artísticos y conocimientos de lenguas, para hacer de él un correcto caballero. Gonzalo, de naturaleza delicada y sensible, fué la cera blanda que se amoldaba dócil a la voluntad de su madre, obediéndola ciegamente, más por la fuerza de un entrañable afecto que por otra razón ninguna. Tenía, como ella, un fino temperamento nervioso, un espíritu delicado y cierta predisposición a un sentimentalismo romántico. Desde muy pequeño se le vió alejarse de los juegos violentos y de las fuertes emociones en las que viven los niños de la tierra donde él naciera. Ni la caza, ni los deportes del caballo y del *auto*, ni las aficiones taurinas, le interesaban ni seducían. En la vieja andaluza ciudad donde nació y creció, tendida sobre la ancha vega llena de olivares, que cortaba el río plateado, corriendo entre bosquecillos de adelfas y ventiscos, la vida era plácida y tranquila. Grandes propiedades formaban la principal riqueza, sembradas de cortijos y alquerías, en cuyos jardines y huertas florecen esas rosas espléndidas y trepan los copudos jazmineros por entre los muros, abriendo sus corolas de cera los verdes y fecundos naranjos.

La ciudad conserva ese tipo noble y rancio de los pueblos antiguos, con calles tortuosas de moruno aspecto, plazuelas solitarias limitadas por conventuales tapias, con viejas casas de paredes claras y anchos portales, en cuyo fondo los frescos patios de marmóreas columnas ven correr meses y años en un apartamiento lejano que tiene algo de adormecedor nirvana. Los días son claros y largos; las horas, calladas y tranquilas, y las noches todas esplendorosas y llenas de un misterioso y aplanado encanto.

La casa de los Monterde, en el centro de la ciudad, casi ocupando entero el mediodía de una plazoleta, es una de las más grandes y de aspecto más señor de toda la villa. Llena ella sola un gran espacio que recortan retorcidas callejuelas que desembocan en la plaza. La fachada principal, de dos pisos, con grandes balcones aventanados, ostenta anchurosa puerta encastrada en un arco de piedra, al que corona un viejo blasón, y bajo el escudo una hornacina ampara la imagen de una Virgen del Rocío. Toda la curva del arco es de bellísimas proporciones y está labrado con esa labor de gusto barroco que apunta en los edificios del siglo XVIII. Armoniosa y sencilla, la lima de la fachada cobijase bajo un ancho artesonado de roble, sobre el que descansa el rojizo tejado. Estas nobles mansiones andaluzas, de patios cuidados, con jardines amplios y corralones, graneros y cuadras al fondo, recuerdan el buen tiempo del señor campesino, que aun vive en nuestros días de los restos de riquezas que sus antepasados acumularon codiciosamente.

La ciudad agrupa su caserío alrededor de un cerrete en que aun perduran los ruinosos muros y los bastiones de un castillo moruno, en cuya torre albarrana anidan por millares los vencejos cuando llega la primavera, y por entre las casas apretadas se levantan las torres y campanarios de iglesias y de conventos, elevándose por encima de todos el cua-



drado minarete de la Mayor, un día mezquita, que construyó Ali-Kasen, el valí famoso de los grandes califas cordobeses. En la casa de esa ciudad corrieron apacibles las horas de la niñez del señorito Gonzalo, sin conocer las penas ni los dolores de la vida, hasta que en un día sombrío una rápida y violenta afección cardíaca mató a su madre con la inesperada rapidez del rayo.

Fué aquél el primer negro de su vida. Esos grandes e inesperados dolores dejan al más templado espíritu sumido en espesas sombras. Gonzalo sintió la violenta mordedura del drama, y durante largas e interminables jornadas pasó sumido en un letargo desolador. El correr de sus lágrimas fué calladamente aquietando la violencia del choque, y cumplidos todos los filiales deberes postreros, el campo alegre de su tierra, la ciudad tranquila de su cuna y su propio caserón hidalgo cayeron sobre él como las losas de un sepulcro, de tal modo, que, huyendo de todo, un día, casi al rayar el alba, abandonó su pueblo y corrió frenéticamente hacia la corte, buscando en el bullicio cortesano un alivio a sus penas y un compañero de su soledad.

Tenía Gonzalo Monterde en Madrid un su pariente lejano y adinerado, y a él advirtió su decisión telegráficamente. "Mañana, a las nueve, llegaré en el expreso. Le ruego busque una habitación cómoda en un buen hotel y me haga el favor de recibirme en la estación. Agradecido. Abrazos. Gonzalo."

Efectivamente, apenas el expreso se detuvo en la estación del Mediodía, y por entre las gentes que acordonaban el convoy, distinguió a su pariente y amigo don Rafael de los Ríos, que cariñosamente le recibía en sus brazos.

—Hiciste muy bien en avisarme. No te hubiera perdonado el olvido.

—¿Me buscó usted mi hospedaje?

—Sí—contestóle don Rafael—; te esperamos en casa mi hija y yo.

—Le agradezco su generosa acogida; pero no obstante...

—Tú harás lo que yo te diga, Gonzalo.

Y dicho y hecho: poco después instalaba don Rafael a nuestro forastero en cómoda y confortable habitación del piso primero en que vivía en una de las más anchurosas calles del barrio de Salamanca, y momentos más tarde, en el amplio y claro comedor de la casa, conocía Gonzalo a la que había de entenebreecer toda su juventud.

Era María Teresa de los Ríos una esbelta mujer en todo el esplendor de sus años juveniles y con una belleza que causaba arrolladora sugestión. Hija también única de un padre viudo, habíase refugiado en el paterno hogar después de dos años de infortunio y de escándalo, pasados bajo el poder de un marido que, sin saberlo siquiera, la hizo la más desgraciada de las mujeres. El matrimonio de María Teresa había sido uno de esos casamientos fulminantes, al que la llevaron sus ingenuidades e inexperiencias de niña y la debilidad y el cariño ciego que su madre le profesaba. De pronto, sin saber cómo, el marido de María Teresa, el apuesto capitán Narciso González, fué arrojado del Ejército por un tribunal de honor, a causa de hechos inconfesables y oscuros, de cuya trascendencia no pudo darse cuenta la esposa hasta que el brillante oficial de artillería desapareció de Madrid, avergonzado, sin duda, de su propia ignominia. Desde una lejana república americana, pasado algún tiempo, pedía a su mujer perdón por su conducta y le rogaba piadosamente el olvido. Herida en lo más hondo de su dignidad, María Teresa no quiso ni pudo perdonarle, y como esas desgraciadas que ahogan al nacer el fruto de sus entrañas, ella ahogó su cariño abandonando Sevilla, donde los esposos residían, y viniendo a Madrid, deseosa de borrar para siempre, escondiéndose en la populosa ciudad. Don Rafael de los Ríos, que por debilidad había contribuido al infortunio de su hija, dedicóse por entero a la curación de sus penas. El se había equivocado con aquella boda, sin jamás suponer siquiera el funesto final. Se propuso no hablarle nunca ni de su marido ni de sus dolores, y siguiendo los afanes bursátiles y su cómoda vida de rentista, no pensó en más que en rodear de atenciones delicadas y de cuidados extremos a su nena, como él decía.

Este gran escándalo y la separación del matrimonio lo supo Gonzalo en su apartado retiro, pero lo supo por conducto de su madre, que aderezó con veladuras el caso, y así, poco curioso él, olvidóse prontamente de todo.

Ahora, al encontrarse repentinamente ante María Teresa, al verla tan lozana, tan linda, no pudo resistir el fulgor de sus grandes ojos negros, comprendiendo de un solo golpe la magnitud del desastre.

Era su prima una de esas rubias de tipo veneciano, con finas cejas oscuras, largas pestañas en comba, óvalo perfecto, pequeña y aquilina nariz y carnes de magnolia en cuerpo de venus.

Acogedora y risueña, le dijo al verle, con palabras afectuosas:

—Esta es tu casa. Mi padre y yo te recibimos en ella con sincera efusión. Hemos participado de tu dolorosa pérdida. Yo conocí a tía Eulalia, cuando fuisteis a Sevilla a consultar la enfermedad de tu padre con el famoso doctor Robles. Entonces eras tú un bebé de ocho años y yo una chiquilla de doce... ¿Te acuerdas que me rompiste una muñeca por mí preferida y que tu pobre madre tuvo un disgusto enorme y me regaló al día siguiente otra espléndida?... Ahora la verás; porque la conservo; voy por ella.

La música de su voz, la movilidad de su rostro y el fuego juvenil de sus ojos, tenían a Gonzalo entre atontado y suspenso, y fué don Rafael quien, con cariño de padre regalón, le interpelló diciéndole:

—¿Qué te parece tu prima?

Volvió a los pocos momentos María Teresa, con una de aquellas lindas muñecas de cara de porcelana, oscuros cabellos de paje y ojos grandes e inexpresivos.

—Mírala, Gonzalo—dijo—; te la presento porque tu madre fué su madrina. —Y luego, con ademán resuelto de casera, le añadió bondadosamente: —Ahora te voy a servir el desayuno. —Y con la tetera llenó la taza, añadiendo: —Aquí tienes con qué acompañarlo.

Todo aquel invierno lo pasó Gonzalo en Madrid, en la casa de don Rafael, y día por día fué acomodando su vida a la de ellos, encantado de vivir cerca de aquella María Teresa, señora y reina absoluta y agradable y expresiva tirana. Desde los primeros momentos sintió por ella

una de esas afecciones hondas e indecisas que, al embargar todas las potencias del alma, apenas dejan lugar al comentario de los hechos. Como su riguroso luto no le permitía asistir a teatros ni a fiestas y no se sentía atraído por el bullicioso divertimento callejero, dedicóse a recorrer Madrid, acompañando a su prima siempre que podía, y luego, atraído por la necesidad de movimiento, adquirió un precioso y rápido Renault y se hizo diestro en su manejo, dedicándose a expediciones que alcanzaron a esas ciudades castellanas tan sugestionadoras: al Toledo imperial, a la vieja Segovia, a la murada Avila y a Burgos, todas llenas de monumentos que recuerdan lejanas historias, hombres y mujeres que pasaron, y entre cuadros, retablos, verjas y marmóreos sepulcros, dió expansión a su vida y aliciente a sus curiosidades. Notó que sin que María Teresa dejase de ser para él la más amable y cariñosa de las compañeras, procuraba no repasar un discreto apartamento, y esto hizo que sus excursiones se hicieran menos frecuentes, como si, satélite de aquel sol, sólo se sintiese contento cuando estaba sugestionado por el encanto indefinible que su prima le inspiraba.

Nunca supo como entonces apreciar el sentido y el valor de la música, y como su madre lo había hecho un buen aficionado, se acogió a esas musas para confortar su espíritu. Apasionado y con alma de artista, dejóse correr por el sendero florido de los grandes magos, y largas horas sentado frente al Steinway, Mozart y Chopin, Schumann y Wagner, Bach y Beethoven, diéronle largas horas de ensimismamiento y de encanto. Si su mecanismo como pianista no era ni mucho menos el de un virtuoso, sabía expresar, sin embargo, limpiamente los indecisos efectos que la música extraña, y tras del genio de los grandes poetas de la armonía, tejía él la tela de oro de su vida espiritual, como esas arañitas que en rincones oscuros hilan sus cendales y se mecen y columpian satisfechas ante los rayos del sol. Su fino temperamento de enamorado inconsciente vertía, pulsando las teclas, sus recónditas impresiones, y la caja sonora se las devolvía como chorros de luz.

En las largas veladas nocturnas, mientras el señor De los Ríos, con las gafas en la punta de la nariz, en una mesita manejaba sus papeles y revisaba los periódicos, Gonzalo, en el piano, recitaba su romanza sin palabras, mientras María Teresa, silenciosamente, labraba labores de punto. Los scherzos y las sonatinas iban diciendo cosas extraordinarias, y él, dueño del pedal y del teclado, dulcemente pasaba sobre las páginas de los viejos ruiñesores de la más inefable de las artes.

Como él de espaldas tocaba y don Rafael en sus papeles se entretenía, ella mientras, sin que lo sospechase nadie, algunas veces detenía el inquieto laborar de sus dedos y quedábase sumida en una meditación larga y torturante, y de pronto, al sentirse acongojada y triste, interrumpía al pianista con palabras de vulgaridad y de indiferencia estudiadas:

—Pero, hombre, ¿no te cansas de ese interminable rumiarse entre clásicos cantores? Toca, por la Virgen Santa, algo menos sabio y latoso.

Y haciendo sobre su propio espíritu un violento esfuerzo, añadía, con soberano dominio de sí misma:

—Algo nuevo: ese *Fox de los abanicos*, que tanto gusta.

Gonzalo, al oír su voz, dejaba de tocar repentinamente, y con cierta amargura contestaba:

—Les aburro a ustedes. Perdónenme; ya no lo haré más...

—Quita allá—decía entonces don Rafael, interrumpiendo sus lecturas—; no hagas caso de lo que te dicen; cada vez tocas con mayor emoción y mejor técnica.

Y volviéndose a su hija, entre sonriente y regañón:

—Pero, mujer, parece mentira; si es un encanto cómo toca este muchacho.

Ella, con un ademán de niña mal criada, replicaba irónicamente:

—Es que me da pena, padre, que este muchacho, como tú dices, joven, libre, rico, no sepa aprovecharse de sus años y se encierre en esta casa como si fuese un greñudo romántico... Deberías viajar, ver mundo; hacer lo que a tu edad hacen todos. ¿Qué esperas?

—Me iré, me iré; no te apures—contestaba Gonzalo, desorientado y confuso.

—¿Pero es que acaso—replicaba el viejo—vas a hacer caso a esta loca? ¿Por qué se ha de ir, si está bien en esta casa y no es hombre de ajetreos y de maletas?

Y casi siempre terminaba la velada en parecida forma.

Cuando Gonzalo se marchaba a la cama y sus pasos se perdían por el pasillo, el señor De los Ríos se quedaba ronzando la misma copla.

—Acabarás por aburrirlo y porque se vaya. No me explico por qué le atosigas; si no nos conociera sobradamente, creería que es un huésped que te molesta.

Volvió don Rafael a su lectura, y cuando su padre no la miraba,

María Teresa quedábase fija en la sombra, y en sus ojos grandes y brilladores una nube velaba el fulgor de sus pupilas, y como si quisiera estallar en el pecho el corazón, que latía con violencia, con sus manos lo apretaba cual si fuera un pájaro que quisiera volar.

Y desde entonces, una lucha incesante, un forcejeo de todos los momentos, una angustia diaria, se entabló entre aquel pobre corazón de mujer, arrastrado por una corriente de irresistible amor hacia un hombre digno de ser amado y la voluntad férrea de María Teresa, dispuesta a perder la vida antes que entregarse a su triste destino. Era la lucha de todos los que la vida empuja hacia la pasión, y el prejuicio, el pensamiento director se empeña en desviar de su derrotero. La primera contienda fué consigo misma, culpando al regalo de su cuerpo y a la violencia de su sangre de un impulso que ella temía pudiera conducirla a nuevas y dolorosas vejaciones y a renovados y tristes sacrificios.

Cuando, acabada la velada y el trajín diario, ella se refugiaba en su alcoba, entregábase a un escrupuloso examen de conciencia. Comprendía que la presencia de Gonzalo en su casa, respirando el mismo aire, viviendo bajo el mismo techo, era la mayor causa de su daño, y como el pobre sediento al que se condenara a ver correr bajo sus ojos las claras linfas mientras las entrañas se resecaban de sed, abominaba de la miseria de su hermosura y se creía la más pecadora, despreciable e indigna de las mujeres. Los temperamentos fuertes y sanguíneos tienen estas grandes reacciones contra su propio ser. Fiscal implacable María Teresa de sí misma, su amor propio de mujer vencida por un accidente fatal, separada de un marido despreciable por el huracán de su orgullo, de su educación y de su casta y todos los prejuicios de la educación de la mujer en España, que muchas veces prefiere la amarga cadena del martirio antes que liberarse de su estéril fanatismo, condenaba a la infeliz separada de ese claro camino del divorcio, aceptado ya en todas las sociedades, libertador de los infelices que, buscando la felicidad, se extraviaron por los senderos del matrimonio, y, sobre todo, único medio de que las mujeres honradas no dejen de serlo cuando por una imprevisión se sujetaron a lazos perpetuos que otros se encargan de romper. Los hombres aun encuentran en la vida hipócritas medios y recursos extraordinarios para evadirse de la atroz condena. Ellos contraen libremente relaciones nuevas, aman como polígamos a otras mujeres, y de hecho queda disuelto el vínculo;





pero ellas no pueden sin deshonor hacer lo mismo: tienen que soportar su vida estéril, trunciando el destino, como si el amor santo y reproductor fuera un peligro, un estigma... Y cuando María Teresa buscaba en el fondo de su alma a la religión como el último asilo, se encontraba que el alma suya no le correspondía. Frio el altar, mudos los libros, ausentes y lejanos los dioses... Y entonces se culpaba de torpeza y de lascivia y sentía horror hacia su juventud y despego por aquella su hermosura de mujer, búcaro que esperaba el regalo del ramillete fragante.

Culpábase además de que un hombre casi niño, sin haber intentado siquiera conquistarla, sin aires de seductor y sin esfuerzo ninguno, hubiese llegado con su juventud a su corazón, como la flecha que lanzada del arco hiere fatalmente. ¡Ah! No era exactamente culpable él; era ella, ella sola, la antojadiza, la caprichosa, la pecadora.

Adoptó las precauciones más extremadas, los cuidados más exquisitos, para no descubrirse. Mientras él lo ignorase todo; mientras creyera que le era absolutamente indiferente; mientras no sospechase lo que pasaba, el peligro no era inminente. A un hombre experto en las contiendas de amor hubiera sido muy difícil ocultarle la realidad, porque la audacia y la acción en éstos hacen inútiles todas las precauciones. La naturaleza pasiva de la mujer, cuando ama, no resiste el impulso avasallador del hombre; pero Gonzalo, en su juventud y en su inexperiencia, desconocía su influjo y no podía aprovecharse de sus medios. En sus pensamientos solitarios envenenábase con el propio tóxico que trataba de evitar, y, por otra parte, la desgraciada creía que rindiendo a su amor un culto íntimo, manteniendo en su corazón cerrado la santa reliquia, evitaba los daños futuros. Y en las largas horas de su soledad y de su martirio se entregaba a su enervadora pasión como el morfinómano que se guarda de la vista de las gentes.

Haciendo verdaderos e inauditos esfuerzos, aparentaba en presencia de Gonzalo unas veces el mortal fastidio, otras el despego indiferente, y en ocasiones se acogía a actitudes extrañas y empleaba la ironía como un arma contra las inclinaciones del joven. Cuanto más él se mostraba delicado y extremoso, ella le acogía con mayores desplantes, con más diversos exabruptos. El ramo de claveles que le traía era arrojado indiferentemente sobre el primer mueble, y el *bibelot* encantador o el libro dilecto dejábalos sin fijarse en ellos, como si fuera imperturbable ante sus agasajos.

—No sé para qué te gastas el dinero en estas tonterías...

Y al verle demudarse ante la inmerecida repulsa, tenía que hacer un grande esfuerzo para no gritarle con toda su alma: "Perdóname, porque todo cuanto hago es hijo de un horrendo disimulo."

En un día y en una tarde de esos tristes, tediosos del invierno, en los que cae la lluvia densamente, viéndose desfilan por las calles llenas de barro la fila interminable de los paraguas, con los que se resguardan los transeúntes apresurados, reclusa en su gabinete y cansada de sufrir, cometió la locura de intentar obtener un poco de paz bebiendo éter, disimulándolo en terrones de azúcar. Reclinada sobre el almohadón la dolorida cabeza, creyó en los primeros momentos encontrar el artificial paraíso que la alejara de la pena; pero presto sintió sus sienes invadidas por un frío sudor, turbósele la vista como si girara todo a su alrededor, y una angustia indefinible hizo que tocara insistentemente el timbre llamando a la doncella. Acudió Lola, y al encontrar la muchacha a su ama insensible, fría y distendida, cual si estuviera muerta, gritó asustada, y Gonzalo, que desde el despacho oyó gritos confusos, corrió presuroso.

—Señorito, mi señora está muy mal; yo no sé qué le ha dado.

Llegóse Gonzalo rápidamente, y al penetrar en la habitación de su prima percibió el acre y penetrante olor de la droga y vio a María Teresa inanimada sobre la cama turca. Con varonil esfuerzo, colocando su brazo por bajo de la cintura, con enérgico movimiento trató de incorporarla, mientras que con fuertes fricciones de colonia le frotaba la frente.

Abrió ella los ojos, y al contemplar su cara tan cerca de la de su primo y percibir el aliento del hombre, equivocó el sentido del auxilio; pero al verle angustiado, lleno de sobresalto y de pesar, de pronto una alegría inmensa, un placer vivo y enervante la invadió de tal modo, que tuvo necesidad de hacer férrea flexión sobre su voluntad para no echarle los brazos al cuello y ofrecerle el fruto tibio de su roja boca.

Sentóse prontamente, y le dijo:

—¿Qué haces aquí? Esto no es nada. ¿Quién te ha llamado?

Y súbito, como si su pobre corazón estallara de angustia, se puso a llorar callada y mansamente, como una niña que sintiese una gran pena.

Entonces, Gonzalo, con una lástima infinita hacia la pobre María Teresa, y creyendo que el rastro de su vida y el gran infortunio de su matrimonio eran la causa de aquel y de otros pesares, trató de consolarla con palabras alentadoras.

—Haces muy mal en llorar así, María Teresa, y en martirizarte tan cruelmente. No procedes razonablemente... Me doy cuenta de tus amarguras, de tus grandes dolores, y créeme que si con mi vida pudiera volver a tu espíritu la tranquilidad y la paz, no vacilaría un instante en sacrificarla. Desde que los míos se fueron he concentrado toda mi atención en ti y te rindo un extraño afecto, que no es el de un hermano, y que yo mismo no sé sino que es digno de mí y digno de ti... Pero mira: todas las cosas tienen remedio cuando una voluntad se dedica a buscarlos... Si tú quisieras, si tú me autorizaras, yo podría serte útil... Por encima de las tristes miserias de tu vida, tu corazón lo ama—aquí la voz se hizo opaca y tremolante—; yo soy libre y rico y a nadie tengo que rendir cuenta de mis actos... Si tú me autorizaras, me marcharía a América y hablaría con él.

María Teresa, que lloraba plácidamente, de pronto, como agitada por un choque eléctrico, enjugándose los bellos ojos y sorbiéndose las ardientes lágrimas, le interrumpió:

—¿Qué locuras me dices? ¿Qué disparates te imaginas? Me ofendes. Yo no lloro por él... No me creas tan baja, tan miserable, tan indigna, que rinda el tributo de mis lágrimas ante el recuerdo de un hombre que hizo de mi vida un trazo sucio... Asesino y ladrón, le perdonara; pero de sus infamias y de sus indignidades será Dios el único que le absuelva, porque yo no puedo.

Fué Gonzalo Monterde entonces el que se sintió poseído de un gozo inefable, y acercándose violento, vibrándole cálida la voz, como si rezara, arrojó sobre ella, cual si fueran ascuas encendidas, estas palabras de revelación:

—Pues prométeme no sufrir, no llorar; porque tú eres, María Teresa, el cielo mío, y yo sufro como un condenado.

Afortunadamente, quisieron los dioses interponer un hecho vulgar entre los amantes, y Lola, la doncella, entró con una taza de cordial, que puso fin al idilio.

En aquel día y en aquella hora habían pasado por un supremo y fugitivo instante de peligro y de prueba.

La primera noticia del desgraciado accidente la tuvo don Rafael de los Ríos por un telegrama del alcalde del Espinar, en las inmediaciones de cuyo pueblo había volcado el automóvil. Decía lacónicamente: "Ocu-

rrido aquí vuelco del *auto* que conducía esta tarde su sobrino. Afortunadamente sufrió sólo conmoción, habiéndose fracturado el brazo derecho. Está perfectamente atendido. Me dice se lo comunique a usted, rogándole que lo oculte a la familia."

El telegrama, puesto en el Espinar a las cinco y media, se lo entregaban a don Rafael cerca de las ocho y al entrar en la Peña.

La emoción que sufrió al leerlo fué muy viva. Perplejo, vacilante, tuvo que sentarse, vencido e inerte. Pronto reaccionó, y con resolución se dirigió a la puerta, y al detener el primer *taxi* que pasaba, indicóle al chofer el número y la calle de la casa en que vivía el doctor Peñalver, renombrado cirujano madrileño. Dió cuenta al médico del caso, requirió su auxilio facultativo, y le añadió que inmediatamente iba a su domicilio, y que volvería por él para seguir, sin pérdida de momento, hacia el lugar del suceso.

Procurando dominarse y decidido a quitar importancia al caso, penetró en su casa; pero María Teresa, que le vió balbuceante y tímido, arrebatándole el telegrama de la mano, lo leyó en un segundo. No hizo otra cosa que palidecer intensamente, cerrando los ojos, como si perdiera el conocimiento, y el padre tuvo que sostenerla para que no se desplomara.

—Cálmate, mujer; esto, por suerte, no es lo que ha podido ser... Los malditos *autos*, la manía de correr... Ahora mismo me voy a por el doctor Peñalver, al que he hablado, y dentro de dos horas estaremos a su lado.

—Voy con vosotros—le contestó su hija.

—Mira, nena, ¿no sería mejor que te quedaras?

Ni siquiera le oyó María Teresa, y a los pocos momentos comparecía con sombrero y abrigo, dueña absoluta de sus nervios.

Llegaron al Espinar cerca de las once de la noche. Un hombrecillo los condujo a casa del alcalde, y éste los acogió generosa y hospitalariamente.

La noche era fría, serena, espléndida. Entre sombras atisbaron la casona lugareña, en la que reinaba la curiosidad y el movimiento, entre diversas gentes de tipos parduscos y ordinarios. En la cocina grande y bajo la ancha campana de la chimenea ardían gruesos troncos. El médico del lugar, un vejete pequeño y calvo, con grandes espejuelos, les informó con rapidez.

—Fué recogido por un peón caminero, que presencié el vuelco. Bajaba la cuesta del Cristo a gran velocidad, y, de pronto, al ceñir una curva, desgarrapó el coche y volcó sobre la cuneta. Le extrajeron sin conocimiento, y vinieron en una caballería a avisarme a mí y al señor alcalde. Mi primera impresión, cuando le reconocí sobre la cama del caminero, fué desesperada. Lo sangré; pude hacer que recobrara lentamente el sentido; le hice la primera cura, y lo hemos traído aquí como hemos podido. La fractura está vendada, y ahora lo verán ustedes dolorido, magullado, pero a salvo de complicaciones graves, según mi modesta opinión.

Al tiempo que el médico rural contaba el suceso, y entre tanto que Peñalver requería sus aparatos y sus vendas y que don Rafael, como azorado, miraba a derecha e izquierda, María Teresa, que vió una pina escalera que, arrancando de la cocina, conducía al piso alto, ascendió por ella con esa rapidez que prestan la juventud y el ansia, y a una mujer que atisbaba en la baranda, le preguntó:

—¿Dónde está?

—Aquí, señorita; es esta alcoba de al lado.

María Teresa penetró en el cuarto. Una media luz, que tamizaba la pantalla de una lámpara de petróleo, proyectaba el resplandor sobre la cama, y en ésta veíase a Gonzalo Monterde, en alto la cabeza, sostenida por muchas almohadas, extendidos los brazos, y uno de ellos, el derecho, vendado y rígido.

El la vió llegar con los ojos ardientes, y ella, con ternura de madre, posando la mano pequeña y acariciadora sobre la frente, le dijo, temblorosa la voz y brillante la mirada:

—Gonzalo querido, ¿cómo has cometido esta locura? Tú, tan dueño de ti, tan razonable...

Y él, como si sus dolores fueran gozos, contestó:

—Ya estás tú aquí. Estos chichones no merecen la pena... Con sólo haberte visto me basta.

Y al tiempo que ella deslizaba tiernamente su mano sobre la faz, él la besaba en silencio.

Entraron todos. Peñalver desató las vendas, descubriendo el brazo magullado; palpó hábilmente, y al ver reducida con acierto la fractura, procedió, con su compañero, a hacer la cura completa del herido.

Ordenó salieran de la habitación, quedando el enfermo solo y al cuidado de una persona. María Teresa, sin vacilar, quedóse a su lado.

Sentóse al borde de la cama la enfermera, y, entretanto el otro la miraba ansiosamente, llevando el índice a los labios impuso el silencio.

Su alma de mujer, acongojada aún, se estremecía ante el peligro por que había atravesado el hombre querido, y entre labios rezaba calladamente, pidiéndole a Dios perdón y dándole gracias por haber salvado la vida de Gonzalo.

Creíase ella la causante, y en su fanatismo incierto estimábale tal su influencia, creyendo que aquello era un castigo a su callado amor, y pedía con toda el alma perdón por sus culpas. "Ha sido—pensaba—la sombra protectora de su madre la que veló por el hijo en peligro. Desde la región de las tinieblas, donde los muertos duermen, ellos interceden a veces por los seres queridos..." ¡Ah los tiernos, hondos, efusivos sentimientos del corazón de la mujer que ama! Y para entretener al enfermo, al que habían recomendado que procurara no dormir, se puso a hacer el itinerario encantador de un viaje que debía emprender Gonzalo en cuanto se encontrara completamente restablecido.

—Te vas a ir a París, y allí tienes labor para divertirti durante dos largos meses. Tú aun no conoces todo el esplendor de la vida moderna en esas grandes ciudades, y aun cuando Madrid está muy bonito y tiene ya sus cosas de capital, no te puedes imaginar el encanto de la villa alegre y luminosa, el poderoso exorcismo que ejerce sobre los espíritus delicados un pueblo que tiene tan larga historia como el nuestro, pero un sentido de narcisismo que halaga. Claro es que yo no te hablo de las emociones de los *cabarets* y de las tabernas, con sus borracheras y locuras... Eso es propio de rastacueros. Un hombre joven, inteligente y de vida espiritual como tú tiene en París ancho margen para disfrutar de momentos deliciosos y de largas emociones muy útiles. A ti, que tanto te gusta la música y que muestras predilección por las cosas de arte, has de encontrar allí ocasiones de complacerte y a la vez de gozar de una vida intensa y fuerte. Afortunadamente hablas el francés, y tu madre supo darte una educación adecuada al turismo moderno... Después que hayas disfrutado de París, vas a hacer una escapada a Londres, esa gran cosmópolis populosa y rica. Allí los goces son más íntimos, y la vida, cuando se posee un poco el idioma y se tienen los medios con que tú cuentas, permite una porción de atracciones, de *sports*, de alegrías, a que la vida inglesa se presta como ninguna otra... Después te vas a marchar a Italia...

—Y pensar, María Teresa—interrumpió el herido—, a que todo ese viaje tan bonito que tú señalas le va a faltar una cosa indispensable para hacerlo... Porque yo te aseguro que no salgo de Madrid ni amarrado. Yo soy un hombre al que la agitación, las caras extrañas, le producen cansancio, y eso que no he salido, como quien dice, ni a la puerta de la





RENAULT puede mantener sus precios económicos a pesar de las actuales circunstancias

PIDAN PRUEBAS Y DETALLES EN LA
SOCIEDAD ANONIMA ESPAÑOLA DE AUTOMOVILES

RENAULT

MADRID

Dirección, Depósito y Talleres: Avenida de la Plaza
 de Toros, 7 y 9.
 Salón Exposición: Avenida de Pi y Margall, 16.

SUBAGENCIAS

Manuel Angulo, calle de Lista, número 77.
 Santiago Mollinedo, calle de Serrano, número 14.

SUCURSALES

SEVILLA: Martín Villa, núm. 8 (en la Campana).
 GRANADA: Gran Vía de Colón, 38 y 40.
 VIGO: Velázquez Moreno, 14.

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

VENTAS A CREDITO EN LARGOS PLAZOS

Ayuntamiento de Madrid



calle... Mira, muchas veces pienso que el dolor y la alegría son dos hermanos gemelos a los que cuesta distinguirlos en muchas ocasiones.

—¿Por qué dices eso?

—¿Que por qué lo digo? ¿Ves esta casuca solitaria, en medio de un pueblo frío y triste? ¿Ves esta cama con cuatro colchones y estas paredes encaladas y esa ventana y esta habitación tan modesta y tan pobre? Pues a mí me parecen un palacio encantado, y los dolores que estoy sufriendo aquí son las alegrías más grandes de que gocé en la vida.

—¿Alegrías estas emociones?

—¿Quieres que te sea franco, sincero, leal? Pues óyeme la verdad. Tu presencia, tus bondades, el acto de venir a verme, todo esto es para mí muy dulce...

Y como al decirlo todo su cuerpo se estremecía en la cama, y tal se agitaba que era como si quisiera ponerse en pie, se adelantó ella gritándole:

—Cuidado con tus movimientos. ¿No estás viendo que el brazo derecho le tienes roto?... Gonzalo, por Dios, que te vas a hacer daño. Así, estate quieto, estate quieto, hombre...

—Bueno; pues siéntate ahí enfrente, y que yo te vea.

Sobrevino pausadamente en la casa el silencio y la calma; cerca de las dos subió el señor De los Ríos, y en puntillas se acercó a su hija para decirle que se acostara. Ella se negó resueltamente, y el padre tuvo que salir por donde había entrado, sin conseguir entablar el diálogo, porque María Teresa, muy callandito, señaló la cama del herido y dijo:

—Descansa.

Cesaron los ruidos. En la paz augusta del campo los pueblos reposan, y la noche, silenciosa y encalmada, es un gran paréntesis abierto para el sosiego de las gentes. Los pueblos duermen un sueño tranquilo, y sólo en las grandes ciudades, nerviosas, agitadas, de sueño inquieto como el

de las cortesanas, el ruido no cesa jamás, y ora el paso de un automóvil, ora el grito de un borracho, acusan constantemente el inquieto velar.

Transcurría la noche, y los gallos cantaron y la campana del reloj de la plaza extendió el sonido metálico de sus horas.

El enfermo dormía; la casa se quedó también dormida, y sólo el corazón de María Teresa, como maquinita viva de la emoción y del amor, siguió latiendo acompasadamente mientras su dueña soñaba.

Sobrevino aquel año, de pronto, una de esas tempranas primaveras, que son casi siempre precursoras de prematuros hielos y de fríos intensos, como si en la Naturaleza ciertos fenómenos fueran soñadoras esperanzas que destruye la realidad.

Era como si el sol quisiese poner un final rápido al duro invierno, y anticipando sus cálidos efluvios, vertía sobre la tierra un calor suave que despertaba los agentes invisibles; un manto finísimo de verde grama cubría las pardas lomas, y el mágico prodigioso, tocando con su varilla de oro los brotes hinchados, hacía que estallaran en los castaños de Indias las canastillas que encerraban las esmeraldinas hojas. Sobre los almendros llovieron nieve y rosa, y el rojizo lomo de las tierras aledañas de El Pardo y de la Casa de Campo, de la Moncloa y de los Viveros se tocó con tintas verdequeantes en un barniz de vida, mientras el alto Guadarrama, coronado de alburas, semejaba como si pudiera ser alcanzado con la mano.

A Gonzalo no le quedaban otros recuerdos de su accidente automovilista que el de llevar el brazo derecho encabestrillado sobre el pecho sujeto, dándole la apariencia de un soldado que procurase el restablecimiento de sus heridas. Empeñábase el señor De los Ríos en acompañarle de un sitio a otro, para que gozara de la estación alegre, y un día iban a la recién inaugurada Exposición de pintura, otro a las famosas corridas de toros o a las carreras de caballos. Y para la tenaz resistencia con que rehusaba Gonzalo no encontraba mejor medio de obligarle a divertirse que el de llevar a María Teresa como acompañante y como espectadora. Entonces, sí; entonces su admiración era extraordinaria, desaparecía la pereza, el espíritu juvenil se despertaba ávido y las nostalgias se borraban como por ensalmo, quedando convertido en un galante y gentil compañero de su dama. Le rendía un callado culto de delicadas atenciones y solícitos cuidados, pendiente siempre de los deseos de aquella mujer, adivinando su voluntad y hasta presintiendo sus pensamientos, sin forzar jamás su actitud, con una sencilla naturalidad demostradora de los sentimientos de su corazón.

Una tarde fueron a las carreras de caballos. En esas fiestas de selección, en las que por ser día de trabajo las pobres gentes del pueblo y de la clase media quedan descartadas hasta de la curiosidad de presenciarlas desde lejos, y sólo son participantes el gran mundo de la aristocracia y del dinero, que derrochan el lujo de sus elegantes toaletas y muestran la gala de sus ricos trenes y atavíos, destacándose sobre el *stand* las mujeres más bellas de la corte, que pasean en grupos, deteniéndose a charlar con amigos y admiradores, revisándose con los ojos y comentando el suceso del día.

María Teresa, espléndida de juventud y de belleza, airoso y altiva, con su fina cabecita erguida, se sentía satisfecha al lado de su esbelto compañero, marchando solos por entre los grupos, parándose de pronto para contemplar los caballitos cuando galopaban en busca de la meta. Gonzalo le preguntaba por cuáles deberían apostar, y ella escogía los colores de las blusas de los jinetes como norma que guiase al azar; y cuando acertaba, llevando el triunfo de la colocación o del premio, razonaba la suerte como si dependiese ésta del color y de la forma.

—Ya te dije que el azul que montaba el caballito alazán tenía necesariamente que ganar.

—No sé por qué. Has acertado porque montaba el caballo de más bríos un jinete hábil.

—Estás equivocado; mírales a todos, y a ver quién les conoce, como no sea uno de estos martingalistas del *sport*... El azul ganó porque era estéticamente el que tenía que ganar.

Y cuando volvía él con el dinero cobrado, partían la cantidad peseta a peseta, entretenidos y contentos.

De pronto, un incidente lamentable vino a enturbiar la alegría de los jóvenes. En uno de sus paseos se acercaban, dando el frente, tres o cuatro caballeros, y al emparejarse casi con María Teresa, uno de ellos, mirándola fijamente, dijo de un modo que fué claramente oído por Gonzalo y por su compañera:

—Mirad—y al mismo tiempo, con su gesto, señalaba a la joven—. La bellísima casadita, viuda *in partibus*—del gran Nicasio González. Se

conoce que ha encontrado ya sustituto que la distraiga de su inconsolable desamparo.

Sintió ella la injuria, como si aquel bárbaro le hubiese escupido en la cara, y casi instantáneamente Monterde colocóse de un salto enfrente del charlatán y, sin alzar la voz y con ademán tranquilo, le dijo:

—No le abofeteo a usted aquí, públicamente, por respeto a la señora que acompaño, ¡mal caballero!

Y cuando el otro, reaccionando ante la injuria, quiso alzar el brazo, el puño de Gonzalo no le dió tiempo, estrellándose en la cara del imprudente. Dió éste media vuelta en redondo, sin poder resistir el choque. Gritaron los amigos, y el barullo fué fenomenal, aglomerándose alrededor la gente. Monterde dirigióse a uno de los acompañantes del contusionado y, tendiéndole su tarjeta, sin inmutarse, le dijo:

—Ruego a usted, señor, que para que sepa ese hombre quién es el que le ha pegado, haga llegar a él esta tarjeta, donde constan mi nombre y mi casa.

Entretanto, María Teresa agitada, inquieta, le esperaba un poco más alejada, y cuando él se acercó a ella, le reprendió con términos severos:

—¡Qué disgusto! ¡Qué cosa más extemporánea y más estúpida! ¿Por qué has hecho eso, Gonzalo?... No te has fijado en mi situación... ¿Ves por qué yo no quiero ir a ninguna parte? ¿Y mi padre, dónde anda mi padre? Búscalo, vámonos.

—Tu padre no se ha enterado de nada: estaba en el peso viendo los caballos que van a correr ahora. Perdóname; yo te lo suplico con todas las veras de mi alma. No me he sabido dominar. ¡Ese bárbaro! ¡Esa injuria!

—Ellos iban hablando entre sí. Lo que no se dice para ser escuchado, es como si no se dijera. Además, debemos perdonar las injurias, hacernos superiores a esos bajos impulsos de nuestra naturaleza...

—No eres sincera al hablarme de ese modo... No has estado en el caso. Yo me contenté con llamarlo mal caballero; creí que tolerar que esos hombres dijese lo que yo oí, sin mi protesta, era rendir un tributo indebido a la calumnia, al asqueroso agravio; y cuando intentó levantarme la mano, entonces, sólo entonces, le abofeteé como merecía.

—Pues hiciste mal; los hombres, ellos entre sí, se creen con derecho a esas crueles infamias, y sus conversaciones tienen ese aspecto injusto y grosero.

—No, los hombres no; algunos, muy pocos, son los que hacen esas cosas, y ellos tienen más de rufianes.

—Bien. Calla, allí viene mi padre. Por si no hubiera notado nada, hagamos como si con nosotros no hubiese ido la cosa.

Efectivamente, el señor De los Ríos había apreciado sólo el tumulto, y les preguntó por qué corrió la gente, arremolinándose alrededor de ellos, y María Teresa, con toda tranquilidad, le contestó:

—Unos hombres que disputaron con gritos y promovieron ahí un escándalo.

Ya en casa, impuso a su padre de lo sucedido en el Hipódromo.

—Has hecho mal, como te ha dicho ésta, Gonzalo, dejándote arrebatar de tu carácter. Es preciso que las personas equilibradas nos pongamos siempre por encima de esos incidentes, que dependen de la educación. De otro modo, a pesar de las condiciones que tienes y precisamente por ellas, serás desgraciado en el mundo... Además, piensa que te has colocado por tus actos en una situación desventajosa, porque me supongo que ese hombre vendrá con las tonterías y con las reparaciones y con las monsergas de los padrinos y de los lances.

Entonces fué ella la que salió decididamente en defensa de Gonzalo.

—No, padre, no; eres injusto acusándole. La osadía, el cinismo de ese trasto provocaron la reprensión y la hicieron necesaria.

Y olvidándose de lo que a su primo había dicho anteriormente, añadió, resuelta.

—Si yo hubiera sido hombre, habría procedido lo mismo.

—Hubieras procedido tan mal como él. El tópico es aplicable en estos casos. No ofende quien quiere, sino quien puede.

—Sí, papá, eso es verdad; pero en este caso, Gonzalo castigó la procaacidad y amparó la desvalidez de una mujer.

El señor De los Ríos se marchó, sin duda, a averiguar en los círculos quiénes eran los tales, y ellos se quedaron solos. María Teresa, pensativa y como indiferente; Gonzalo, reconfortado y satisfecho. Buscando un recurso para desviar la conversación, acercóse al piano, disponiéndose a gozar de su placer favorito; pero ella se dirigió a él y, cerrando la tapa del Steinway, le dijo, retratado en el rostro un interés y una preocupación:

—Oyeme, Gonzalo: necesito hablarte.

Dió una vuelta en redondo a la banqueta y, enfrentándose con ella, contestó:

—Dime lo que quieras.

—Pues escucha. No des a mis palabras mayor alcance ni más trascendencia de la que ellas tienen y quieren tener. ¿Has meditado sobre el desagradable incidente de esta tarde? Si yo fuera una de tantas mujeres que, en uso de su derecho, disfrutando de una posición, hacen como casadas, como solteras, la vida de sociedad, y cuentan con amistades y con relaciones en esos círculos de los elegidos, mi nombre correría a estas horas de boca en boca, y la especiotra que ese hombre me lanzó al rostro sería repetida por muchas lenguas, satisfechas con lo picante del cuento... Afortunadamente, soy una desconocida, una mujer que no tratan y no les interesa. No puedes dudar, Gonzalo, de lo que yo te estimo y de lo que tú eres para mí. Como has visto, mi pensamiento lo he expuesto ante mi padre tal como él es. Tu acción ha sido noble, y tu gesto, el de un hombre de bien. Pero vengo meditando en la situación que uno y otro nos hemos creado. La vida se va tejiendo con hechos, con acciones, que, sin querer nosotros y sin descender de nuestra voluntad, van dando a las apariencias, muchas veces, el color de la realidad. Empiezo por confesarte que tus delicadezas, la noble manera con que me tratas y las cualidades que tienes, han conquistado, no ya mi estimación, que ésta la tenía desde hace mucho, sino todo mi afecto... Algo más aún: mi profundo reconocimiento; porque a mí, que era una pobre derrotada por las cosas de mi vida, me has venido a dar aliento, y, como si dijéramos, has contribuido a que mi conciencia de mujer se sienta reconfortada... Cóntete así, no lo dudes nunca. Mis desengaños no me gusta manosearlos...; ciertas intimidades son parte del pudor, y la mujer que quiere ser, y es, altiva, serena, debe vivir con arreglo a lo que ella considere digno de sí... Pero yo vengo meditando desde hace tiempo, y el incidente de hoy me precipita a decirte, como la mujer que no se reserva, que lo pasado es una advertencia, un aviso, que me decide a rogarte si crees tú que, dada tu situación y la mía, tengo yo derecho a aceptar este *flirt* peligroso en que vivimos.

Y la pobre mujer, atenazando su corazón como una argolla, dominando valientemente sus inclinaciones, deshojando el encanto de una nueva vida, como si fuera una rosa viva que apretara entre sus manos, añadióle con una emoción que llevaba a su garganta palpitaciones de sollozos, y a sus ojos veladuras de lágrimas.

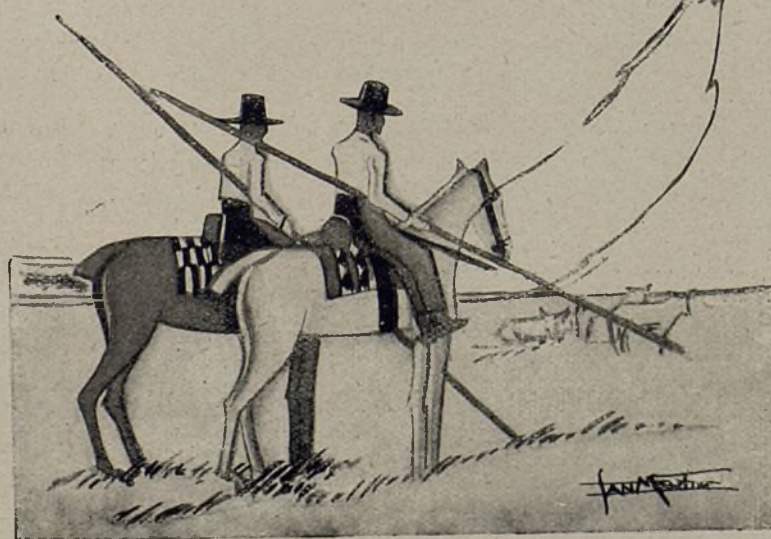
—Sepárenos.

Al oír la palabra, que venía a cortar como con una guadaña todas las ilusiones y los encantos que florecían en el alma de él, Gonzalo quedóse como si el mundo se desplomara sobre su cabeza. Por unos instantes no supo qué decir: sentía un vivo dolor casi físico, que le presionaba el pecho, y la amargura, la amargura negra, se derramaba en su corazón como un tintero que hubiera caído sobre un blanco papel. Después de un largo intervalo, le contestó solamente:

—Se hará lo que tú ordenes.

Ella sintió piedad infinita, una ternura materna, afán vivísimo de consolar a aquel hombre tan bueno, tan espiritual, tan fuera del prosaísmo y de la vida presente, tan digno de ser amado, y por su corazón corrió un fuego de renunciación; y pensó si la vida, las consideraciones sociales, las costumbres heredadas, merecían el horrendo sacrificio, y sin poder dominarse, habló de esta manera:

—¿Qué otra cosa más alta para ti y para mí que este pequeño o grande sacrificio que yo te exijo?



Y al verle silencioso, sombrío, anonadado, desbordándose en el afecto, como si rotas las conveniencias dejara hablar a su alma, de prisa, nerviosa, mordiendo las palabras entrecortadas; tal como lo sentía, añadió:

—Te aseguro que a ti te debo mucho más que la vida, porque desde hace tiempo soy más buena, más mujer que lo era antes. Mis nostalgias, mis tristezas, mis dolores, que iban humillándome, acabando conmigo y cercenando todas las cosas grandes de mi espíritu, los has barrido tú con tu conducta. Por eso te pido el sacrificio de separarnos. Tan doloroso hoy y tan amargo, como pródigo mañana de íntimas satisfacciones...

De pronto él, interrumpiendo a María Teresa con una voz firme y apagada, en la que vibraba la emoción, exclamó:

—Yo no he de oponer nada a tu voluntad. Nos separaremos; es decir, te separas tú de mí, pero yo no me separaré de ti jamás... No te veré, pero te veré siempre; no te oiré, pero me hablarás constantemente... Me marcharé de esta casa, pero de Madrid, no; y si te fueses tú, a donde tú fueras, te seguiría. Llevo cinco meses aquí, y de ellos cerca de cuatro en una inquietud, en un silencio, que tengo que romper, porque es necesario que yo hable y que tú me oigas. Desde que te vi, fui esclavo tuyo...

—Gonzalo, ¿qué vas a decirme?; calla..., ¿qué estás diciendo?

Y él, sin poderse contener, de pie, acercándose poco a poco a ella, como atraído por su poderoso imán, sugestionándola con la voz, con el gesto, con la actitud:

—Soy un hombre que te respeta profundamente y que no debiera respetarte. ¿Por qué? No lo sé. Te respeto y te quiero y me abraso y sufro... No, no es la codicia de tus encantos de mujer adorada, de tu belleza sugestionadora y radiante, que enciende en mis ojos y me hace vibrar; no, no; es más que eso, mucho más que eso... Te juro que ni tú misma, ni tu despego, ni tu desprecio, pueden hacerme variar de como soy. ¿Cuáles son los obstáculos que se oponen a que yo sea lo que pueden ser tantos...? ¿Qué es lo que me separa de ti? ¿Otro amor?, ¿tu orgullo herido?, ¿tu altivez serena? Me separa de ti el que tú no sientas lo que yo, y voy creyendo que no lo sentirás nunca. Las leyes se vencen o se tuercen; las preocupaciones y los prejuicios se apartan, y nadie, María Teresa, nadie, si tú me quisieras, podría oponerse a lo que Dios manda.

El desborde caudaloso de aquella declaración espontánea llevó al ánimo de María Teresa una depresión, un desmayo, una timidez y una angustia abrumadores. Se sintió débil, vacilante, sobrecogióla un pavor y un miedo, y en lugar de huir, le dejó llegar, y sugestionada, inclinó la cabeza sobre su pecho y mansamente le dijo:

—Calla, Gonzalo; calla, por Dios...; te lo ruego por la memoria santa de tu madre muerta.

Y en el preciso momento en que este idilio culminaba en caricias, sonaron timbres, oyéronse pasos, y ellos se separaron con rapidez.

El criado tendióle en la bandeja una carta diciéndole:

—Piden que el señor firme el sobre, que reclama el que lo ha traído.

Rasgólo Gonzalo; firmó con su estilográfica, devolviéndoselo al criado, y éste se alejó en silencio.

La carta...

“Sr. D. Gonzalo Monterde.

Presente.

Muy señor nuestro: Le rogamos nos indique con qué personas hemos de entendernos para exigirle la reparación que pedimos a usted en nombre de D. Vicente Fernández Ortego, al que ha ofendido de obra en el Hipódromo esta tarde.

De usted afectísimos seguros servidores, que le saludan, *Fabio Aranaz* y *Juan de la Puerta*.

S/c. Carretas, 22, primero.”

Leída la carta, Gonzalo iba a guardarla, cuando María Teresa se adelantó:

—Te suplico que me des a leer ese reto que acabas de recibir.

Dudó un instante en entregársela; pero de pronto, con naturalidad: —Tómala; eso es... Comedias y farsas mandadas archivar... Nada. La leyó María Teresa, tirando el papel sobre un mueble, y dirigiéndose a Gonzalo le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Ponerme a sus órdenes esta noche misma.

En silencio ella largo espacio, sutilmente, murmuró:

—Eso se desprecia.

—Exacto. Se desprecia, pero se acata. Al fin, ese estúpido lance descargará sobre mis nervios. No hay, pues, que preocuparse.

—Es decir, Gonzalo, ¿qué piensas batirte con ese hombre?

—Sí.

—¿Y si fuese yo la que te suplicase que rechazaras ese duelo?

—Te considero incapaz de exigirme una declinación que para las gentes será una cobardía. Tú, que rindes tantas consideraciones a la vida, ¿cómo no has de consentir ésta?

—¿Y si yo, por todas esas cosas que acabas de decirme, te suplicase, Gonzalo, que por mí hicieses ese sacrificio?

La miró fijamente a los ojos. Ella, con los suyos oscuros y grandes, acogió aquella mirada investigadora.

—Si tú lo exiges, para demostrarte con el ejemplo, para adoctrinarte con la conducta, yo renunciaré a satisfacer esas leyes de un falso honor. Y con inquietud le preguntó en seguida: —¿Imitarás este ejemplo?

Y ella no dijo sí con la boca, pero lo acarició con una mirada dolorosa e intensa.

Aquella entrevista tan peligrosa, en la que María Teresa sintió flaquear todas sus resistencias, y en la que, por indeclinable y natural debilidad, se vio tan cerca de un paso fatal, atraída por el amor hacia un hombre querido, la decidió a realizar lo que estimaba necesario para salvarse de la seducción y librar a Gonzalo del femenino encanto que la vida en común le imponía.

Friamente meditó todas las consecuencias de sus actos; pensó serena en las soluciones, optando viril por aquella más digna de su grande amor y de su decoro, y se dispuso a huir del peligro, aun cuando esto le

costara el sacrificio de sus sueños, de sus ilusiones, de sus alegrías y de sus ardientes deseos.

Entregarse a su amor idolatrado era para ella una gran tentación de mujer. Amaba como nunca se creyera capaz. Atraída irremisiblemente por aquel joven de tan gran corazón y de tan rica emotividad, constituía un enervador aliciente de irresistible violencia. Su vida rota, deshecha, por un matrimonio desgraciadísimo, en el que la más humillante de las vergüenzas había sido causa de la separación, justificaba plenamente el que apeteciera un secreto cariño; y el amor del hombre leal y bueno era camino florido, lleno de caricias interminables, de satisfacciones completas, que resucitarían toda su vida moral y física; pero temía horrorosamente que pudiera llegar un instante, un día, en el que, ahito y satisfecho el placer, el joven amante sintiese el hastío de su amor y el desprecio por la mujer fácilmente rendida; y ante la sola posibilidad de que esto pudiera suceder, su espíritu escogió el áspero sendero del sacrificio, de la ausencia, de la renunciación.

“Quién sabe—se dijo a sí misma—si este martirio a que me someto y estos dolores que le impongo serán, andando los tiempos, base firme y segura de una unión indestructible. Si me ama como dice y sobre su corazón mi imagen está grabada fuertemente, el dolor apretará los nudos, y a medida que en mí más piense, más y más me querrá. Los recuerdos



serán nuevos lazos, y las impresiones fugitivas renacerán en su memoria todos los días, creando esas cadenas que hacen imperecedera la caducidad de la materia, y Dios decidirá de su destino y del mío."

Lágrimas bien amargas le costó decidirse por estas soluciones, y hubo momentos en los que acarició la idea del divorcio, que venía a resolverlo todo. "Esto es lo lógico—pensaba—, lo justo... Yo tengo pleno derecho a recobrar mi libertad. Disuelto mi matrimonio con Narciso, yo puedo ofrecerte a Gonzalo, ser su compañera, su mujer, como Dios quiere; dignificar mi vida y ser feliz en un nuevo hogar, al lado del hombre que adoro."

De tal modo estas ideas le parecieron las más convenientes, que se decidió a consultar con un abogado.

Fué la conversación detenida y razonadora. El letrado con una gran benevolencia la oyó, y se propuso estudiar a fondo aquel asunto, propicio a acometerlo y resolverlo como ella deseaba. Pero surgió una dificultad, que dió al traste con la buena voluntad del abogado y con la recta intención de María Teresa. Era preciso, para llegar a la disolución del vínculo, pruebas completas que demostraran la infamia del esposo. Y aquí empezaron las dificultades. Arrojado de su arma y de su carrera por el fallo de un tribunal de honor, se había procedido en aquel caso guardando todas las apariencias y cubriendo todas las lacas, para que al mancillar el decoro de aquel hombre no sufrieran los demás las consecuencias, y, lógicamente, se le había indicado que pidiera voluntariamente la separación del Ejército. Narciso González lo había hecho así, y al dejar de ser oficial todo se borró. Necesario era, pues, revolver aquel cieno, acudir para la prueba a la exposición de las causas, y ante este espantoso y cruelísimo martirio, María Teresa flaqueó, y el abogado, lamentándolo grandemente, le dijo:

—Sufre usted, señora, todas las consecuencias de no ser el divorcio el camino franco y expedito para el remedio de estos grandes males. Esta es la triste condición de la mujer emparedada, pobre víctima que se sacrifica fríamente en el altar de unos dioses impasibles.

Su desgracia era irreparable. Estaba visto que el fango mancharía a todos: a ella, a su nombre, a su vida, y Gonzalo no se libraría de las salpicaduras.

"Quizá la ausencia de la patria—pensó entonces—, buscando ambos en lejanas tierras un rincón desconocido donde esconderse, podría ser adecuado remedio." Pero nuevamente su amor propio se irguió indomable, sin dejarla seguir este fácil camino. Quedaba sólo la separación: huir del amor y dejar a Dios que resolviera lo que su omnipotencia estimase mejor.

Y quiso aún dar un paso postrero, que consideró necesario e inaplazable. El señor De los Ríos, además de un hombre de mundo, era un padre cariñosísimo, y María Teresa se creyó obligada a darle cuenta de sus torturas.

Dura fué la impresión que recibió don Rafael. La sorpresa, enorme. Su experiencia, una vez más, para nada le había servido en la vida. Quería a su hija entrañablemente. Era su compañera, el consuelo de sus años postreros, y se culpó de la ligereza con que había procedido. Él debió haber previsto el caso, y se arrepintió tardíamente de haber acogido hospitalario, a Gonzalo en su casa, y hasta se sintió herido y agraviado por él. Fué preciso que María Teresa le descubriera con pudorosos respetos la nobleza y honradez de Gonzalo y su exquisita corrección caballerosa. Entonces también el señor De los Ríos tanteó las soluciones y estudió los medios, sin encontrar la salida de aquel conflicto.

—Soy, padre, bien desgraciada, y no puedo oponerme a lo duro e innecesario de mi destino. Lo que siento es no tener vocación ni ánimo para refugiarme en un convento. Sería esa determinación egoísta quizá la que yo adoptara sin vacilar, si no te quisiera a ti lo que tú mereces; no quiero corresponder a tus ternuras con un abandono cruel e innecesario. Te pido sólo que en esta ocasión, como has hecho siempre, no me dejes sola y seas mi sostén y mi amparo. Viajaremos.

—Vámonos, hija, donde tú quieras; hoy más que nunca me siento orgulloso de ti.

Y el padre y la hija se abrazaron tierna y efusivamente.

Entretanto, Gonzalo comprendió que su suerte estaba decidida. No hizo esfuerzos para retardarla. En el aspecto tranquilo del señor De los Ríos y en la expresión firme de los ojos de su prima leyó la sentencia y se dispuso rápidamente a cumplirla.

Sintióse atraído por la ciudad nativa y por el hogar ausente, y preparó su viaje a Andalucía y a su casa.

La separación sobrevino con aterradora frialdad.

Todos reprimieron sus emociones, y una buena noche encontráronse Gonzalo en el asiento del expreso, mientras en el andén quedaba el señor

De los Ríos viéndole partir con ojos tristes y aspecto desolado. María Teresa no había tenido valor para bajar a la estación.

Cuando, ya él ausente, se encontró sola, refugióse en su cuarto y dió suelta a la amargura de su alma. Corrieron lentas las lágrimas, resbalando por sus mejillas como si fluyesen ardientes e inacabables. Fué un llorar de niña vencida; fué la ola de angustia negra que le subía del corazón a los ojos, y que durante una larga e interminable noche no la dejó reposar un momento. "Esto es superior—murmuraba—a mis débiles fuerzas de mujer, y—en el paroxismo de su doloroso insomnio—mañana mismo le escribiré para que vuelva. Sí, yo se lo diré con toda mi alma: sin su cariño, sin su presencia, mi vida es un infierno... Soy suya, suya en cuerpo y en alma...; soy su amante, su esclava, lo que él quiera que yo sea."

Las horas inacabables, con paso tardo, iban prolongando el dolor, y en la noche sin fin María Teresa, con la imaginación, acompañaba al hombre querido en su viaje de huida.

—Si me quisiera, se hubiera rebelado contra mí y hubiese roto con las disposiciones de todos, contra esa separación innecesaria y horrenda.

El sol de la mañana vino a sorprenderla aterida, doliente, con los ojos encendidos, acurrucada en un diván.

Entretanto, Gonzalo Monterde, sobre el rápido expreso, caminaba hacia las tierras solares. Fijo en el paso de las sombras, con la frente pegada al vidrio de la ventanilla, sentía correr el tren por los deliciosos campos en medio de la noche; únicamente cuando jadeante se detenía el convoy en alguna solitaria estación, el crujir de los hierros y el ruido de la campana sacábanlo de su sopor.

Acariciaba pensamientos extraños de un morboso sabor, y la idea de borrarse de pronto llegó a sugestionarle de tal modo que por unos instantes la acarició como un regalo. Su juventud le salvó; esa íntima esperanza que los jóvenes llevan como una gran fuerza, surgía de lo más recóndito, y el instinto de conservación se sobrepuso a todo... Acaso el tiempo diera solución a los problemas de los cuales hoy no se encontraba salida. Su juventud alentadora le inspiraba la idea de que sólo la eterna ausencia hace irreparable todas las cosas. Vió dibujarse en el negro horizonte la raya blancuzca y violácea que antecede al claror del alba: paulatinamente fueron apareciendo suaves tintas rosa, a cuyo pálido fulgor los campos empezaron a marcar sus líneas y luego vió los grises olivares que corrían ante sus ojos, los cerros distantes y toda la comarca del cielo aclararse, y al fin los primeros rayos rutilantes del sol, que venían a llenar de colores a la tierra esplendorosa... La tierra andaluza, toda llena de gracia, toda florida y verdegueante, con sus cortijadas blancas, sus alcores floridos, sus alegres horizontes, plena de esa eterna virgiliana belleza de un campo que aparece siempre bello, cual si cada mañana acabara de salir de las manos del Creador.

Y ya bien comenzado el día el tren se detuvo ante la empalizada de la estación de su pueblo. Hacía diez minutos largos que él venía reconociendo el paisaje aquel que tantas veces contemplara indiferente y distraído y que ahora evocaba en su memoria recuerdos placenteros, como si las cosas le dijeran a la vista algo agradable. Reconoció al pasar los almendros del ribazo, que, despojados ya de sus floridos *bouquets*, mostraban la gala brillante de sus hojas tiernas. El arroyo Amarguillo, que corría murmurante entre guijos por entre huertas e higueras, besando el pie de los naranjos y de los granados en plena florecencia, que exhalaban ramalazos de perfumadas bocanadas de aire, y cuando el tren se detuvo, los acacios de la estación movieron sus manojos floridos, como si le diesen la bienvenida, y a los vocingleros gorriónes, persiguiéndose por parejas entre las copas de los árboles, le cantaban albricias.

Distinguió en el andén a Salvaorillo, el hijo del señor Manuel el aporador, que interrogaba a las ventanillas ansioso de encontrarlo. Agrupáronse al pie del estribo del coche tres o cuatro personas que, afanosas, recogían su equipaje, y el jefe, mientras daba la salida al expreso, vino a estrecharle la mano, diciéndole:

—Bien venido, don Gonzalo... Cumplí su encargo, y he avisado sólo al señor Manuel, y ahí tiene usted a Salvaorillo, que ha venido con un coche a por usted, porque en el pueblo nadie sabe nada.

En esto, apresuradamente vióse correr a don Elías, el administrador, congestionado, que exclamaba:

—No les perdono a estos bárbaros que me hayan ocultado su vuelta. señor don Gonzalo... Ahora mismo lo he sabido, y gracias al caballo he llegado a tiempo.

Hasta el expreso, al arrancar crujiente y arrollador, lo despidió con un silbido agudo y prolongado, mientras se dispuso a seguir devorando kilómetros por medio de los risueños campos, en aquella alegre y radiante mañana andaluza.

Desde la carretera columbró tendido el pueblo en el centro del paisaje, y el aire se le hizo más dulce, y por los ojos se le entró una paz conso-

ladora. Cuando se encontró ante el umbral de su vieja casa, en aquel patio grande y alegre, de solería blanca y marmórea y vió mudas y cerradas las puertas de las habitaciones del piso bajo, y al fondo, sobre el tapial, el tazón de la fontana, con el jazminero que trepaba por el muro, y la ancha escalera que conducía al piso alto, con agilidad subió por ella, poseído de emoción. Aglomeráronse ante su recuerdo las memorias de los años niños y surgió una visión cual si la figura de su madre se le apareciese en lo más alto diciéndole: "Esta es tu casa".

Seguíale, resoplando, don Elías, con el manojo de llaves, y así llegaron a la habitación íntima donde la madre había muerto, impregnada aún de un acre olor húmedo, que le recordó los días de su pena. Habíase el administrador separado respetuosamente, dejando al dueño contemplar el retrato querido, y cuando le vió emocionado intervino con su charla para borrar el recuerdo:

—No ha debido usted, mi señor don Gonzalo, ordenar que se guardara silencio acerca de esta su llegada. Nada se ha preparado; la gente está en faena; ni siquiera la cama se ha hecho...

Y poco después fueron llegando hombres y mujeres, servidores antiguos, de cuyos servicios él no había prescindido. Oíanse los gritos de las comadres y las voces de los hombres, que comentaban en el patio, y la casa se llenó de vida como si se conmoviera también ante la vuelta del amo.

La gorda y canosa Frasquita se le plantó delante, y entre jipíos y gimoteos, expuso sus impresiones.

—¡Tan resalao, tan gitano y tan juncall!

Y, como si fuese el niño que tantas veces había acariciado en su infancia, añadió:

—¡Qué ganas me dan de comérmelo a besos!

Y así, rodeado de sus servidores, bajo la sombra tutelar de la casa nativa, sintióse tranquilo cual si el encanto de las íntimas cosas fueran poderoso bálsamo que endulzara los ásperos escozores de su corazón doliente.

Todas las situaciones emocionales como páginas destrozadas de un libro roto y des encuadrado en las que estaban escritas e inéditas las impresiones fugitivas de sus amores truncados, desfilaban ante el recuerdo de Gonzalo, libre, quien solo, rico y desorientado, desde la terraza del Casino de Biarritz, contemplando el esplendor del crepúsculo, sentíase herido mortalmente por su desgraciado amor, como esos incurables enfermos que llevan clavado en el corazón un mal irremediable que los empuja hacia el dolor.

Arrastrado por el torrente de la multitud bajó por la escalera, y por entre ella se dirigió a la sala de juego. Sentíase fuertemente atraído por la curiosidad del azar. Ya brillaban radiantes las luces, y sobre las cuarenta mesas los jugadores se aglomeraban sudorosos, alrededor de los pequeños altares donde se quemaban los billetes de banco ante su Majestad el Bacará. Buscó la que le pareció más cercana, y sin esfuerzo se sentó, esperando que el *tournant* llegase a él para hacer su postura. Pero casi instantáneamente su atención derivó sobre una joven que jugaba poseída fervidamente por la emoción avasalladora.

Era rubia, gentil, con ojos espléndidos del color del cielo, boca fina y rasgada y blancos dientecillos perlinos. Perdía con imperturbable serenidad. Cubría con su envite todas las posturas que salían, y luego, recogiendo los naipes con sus manos pequeñas, exangües, de uñas rosadas y brillantes, tiraba sin encono las cartas y pagaba inalterable del montón de fichas y billetes que delante de sí tenía.

La adversa suerte la fué despojando de los miles de francos, y poco a poco, como si a medida que ella aumentaba su apuesta el diablillo del juego fuera suavemente disminuyendo su caudal, en unos minutos vió que no le quedaron sino unas cuantas fichas de escaso valor.

Entonces ella levantó los ojos, que tenía antes fijos sólo en el verde tapete, y encontróse con la mirada de Gonzalo, que la contemplaba absorto.

Fué como un relámpago fúlgido que se cruzó entre ambos, y casi instantáneamente, cual si le ofreciera la mano caballerosa para salir de un mal paso, con naturalidad y en silencio, le tendió un paquete de azules billetes.

—Lo perderé todo—dijole en un castellano americanizado—. Un algo extraño me dice que no puedo ganar. De todos modos, mil gracias por su gentileza.

—Juegue usted sin recelo, porque le aseguro que ahora no puede perder.

—Entonces, jugaremos a medias. ¿Le parece, señor?

Pidió banca, tiró el contrario y ganó la postura.

La bella jugadora, al verse gananciosa, miró a Gonzalo como si se sintiera alentada por la fuerza de su compañero, y acercándose a él instintivamente, cada vez más segura de sí, puso el dinero a diestro y siniestro, con fortuna constante. Cuando le llegó la mano, ya tenía una gran cantidad. Gonzalo entonces la animó:

—Admita sin vacilar cuanto quieran hacer. Va usted a ganar.

Y así fué. Uno, dos, tres, cuatro pases cantó, y pronto un gran montón de billetes atestiguaron la singular fijeza de la suerte cuando quiere favorecer a sus elegidos.

Los puntos fueron débilmente recogiendo los envites, y, temerosos, no cubrieron casi los diez mil francos que ofreciera la banca. Dieron también este último pase, y al verse solos y vencedores, Gonzalo y su compañera se pusieron de pie.

—Ahí tiene, mi gentil amigo, nuestra estupenda ganancia. Vamos a partirla como buenos...

—Yo no he puesto más que el consejo, y ese dinero es todo de usted.

Ante el rasgo de generosidad y el gesto elegante de la dádiva, ella quedóse mirando con fijeza y emoción.

—Ah, señor—le dijo—, yo no recogeré ni un franco solo si usted se empeña en despreciar lo que es suyo.—Y con fácil y encantadora sencillez, mientras partía la ganancia, se presentó a sí misma:

—Julia Ofelia Blanco me llamo. y soy, como usted habrá conocido, una jugadora impenitente. Vea, aquí tiene: hemos ganado cerca de cuarenta mil francos. Yo me he desquitado de mi pérdida y aun me sobran tres mil... Ha sido bonito, ¿verdad? Tiene usted grandes condiciones de jugador. Esa serenidad... Ese *pálpito*...

Pero Gonzalo, firme en su deseo de hacerla dueña por entero de aquel dinero, reconociéndola el bolso, puso en su fondo, entre los pequeños *bibolots* femeninos, el fajo, como si no hubiera oído lo que ella le insinuara. Al ver el propósito firmísimo del joven, Julia Ofelia dió al lance la significación más grata a su orgullo, y con esa rápida comprensión de las mujeres galantes le dejó hacer, apuntándole con coquetería:

—Acompáñeme, si le place, a mi hotel; dígame su nombre para tener el gusto de invitarle a mi mesa y presentar a usted la persona que me acompaña. Es un hombre de mundo, que le será a usted grato conocer, aunque no sea más que porque me adora como si fuese un novio.

Y dió la casualidad que, cuando charlando se dirigían por los amplios salones del Casino hacia el vestíbulo, un hombre ya maduro, ce-trino y calvo, con apariencia un poco vulgar, se acercó a ellos exclamando:

—He venido cansado de esperarte, Julia Ofelia, bien seguro de que saldrías de la sala cuando no te quedara un franco. ¿Acerté?

Ella, sin hacer caso a las palabras dichas hondadosamente por su amigo, presentó a Gonzalo.

—Gonzalo Monterde, caballero español.—Y volviéndose a éste y señalando al recién llegado: —Próspero Laviano, mi amigo, riquísimo estanciero de Tucumán. Es mi buen amigo y me protege generosamente...



Se saludaron cortesés, y Gonzalo, deseoso de poner término a su aventura, quiso despedirse de los americanos.

Pero entonces fué ella quien con insistencia irresistible le suplicó les acompañara en la velada. Se veía que era completamente dueña de la voluntad de su protector. Hízolo insistir cerca de Gonzalo; excusábase éste sin conseguir otra cosa que hacer más violento el deseo de ella, y el estanciero, cogido de su brazo, les dirigió a la salida. Cenaron en uno de esos pequeños *cabarets* que se disputan los favores de la gran turba gozadora de Biarritz. Bellos, elegantes rincones, entre bosquecillos, en los que los blancos veladores, bajo la luz de las discretas pantallas, acogen la alegría pasajera de tantas placenteras noches. Es ése el clásico estudiado momento en el que el carácter galo se presenta más refinado y seductor. El color de las flores, el brillar de los cristales, el perfume de los vinos, el refinamiento de los manjares, la armonía de las músicas y el acatamiento rendido y fervoroso que obtiene la mujer, soberana por todos respetada, dan a esa hora del yantar una unción tan francesa y tan única, que bien pudiera decirse que si en todas partes comer bien es un placer, sólo en Francia constituye un refinado encanto.

Julia Ofelia se sintió atraída imperiosamente por aquel simpático muchacho, tan distante al modo de ser de la mayoría de los cínicos y depravados castigadores al uso. Ella, la mujer para quien el amor era una productiva industria y los hombres todos sólo cotizables por lo que producían, empezó a sentir la influencia de los actos de aquel que se iniciara en su simpatía por un rasgo de delicado desprendimiento, y al apercibirse de la consciente y desinteresada generosidad con que procediera, creyó que era el resultado del talento de aquel joven, que empezaba sus conquistas brindando, como los hombres ya maduros, a los dineros el éxito de sus amores.

Pero rápidamente se apercibió de que se encontraba ante un caso distinto. Gonzalo no la solicitaba, no exigía de ella lo que ella esperaba concederle. Y como nadie es mejor psicólogo que la mujer que observa, comprendió inmediatamente que otra ocupaba por entero el corazón de su amigo. Y como ella no comprende, cuando conoce íntimamente al hombre, que exista un largo amor sino mediante la posesión, creyó lógicamente que Gonzalo Monterde era amado, y que la que fuera le poseería en cuerpo y alma. Entonces se propuso seducirle, vencerlo, ofreciéndole su belleza.

Fué aquél la repetición de un caso que se observa frecuentemente. En las mujeres que las gentes llaman fáciles son menos naturales esas pasiones desinteresadas y ardientes, que ofrecen todo a cambio de nada, y, sin embargo, esos amores generosos, cuando dominan el caprichoso corazón de una mujer galante, pueden llegar a ser tan abnegados que pocas veces alcanzan su fervor las honradas, que no llegan ni a concebirlos ni a inspirarlos.

Gonzalo buscaba su compañía porque le parecía sentir menos el peso opresor de sus infortunios y encontraba distracción a sus pensamientos tristes y amargos. María Teresa, lejana, ausente, implacable, la recordaba sus destinos truncados, y en medio de su adoración hacía cargos sobre su conducta inflexible. Y como la soledad, la misantropía y su carácter retraído le hacían huir del bullicio y de las relaciones sin efecto, encontraba en la compañía y en el trato de la americanita un medio de olvidarse del infortunio... Es la ausencia en los amores causa de exacerbación en casos contados; no el amor, ni siquiera la muerte, que todo lo acaba, borra la huella honda de las pasiones grandes y definitivas; pero la juventud y el fuego de los años mozos, el encanto de los tiempos azules, son propensos a esas claudicaciones naturales. Es el instinto, la propia naturaleza que se impone y nos empuja, sin que nosotros mismos nos demos cuenta de la fuerza irresistible con que nos manda.

Y así, Gonzalo se sometía a un peligroso *flirt*, porque Julia Ofelia, con su encantadora amoralidad, era la Eva propicia que estaba bien segura de su hora. Ella procuraba sondear los pensamientos buceando en su alma.

—Está usted cada día más desmayado y mustio... Seguramente algunas mujeres tienen la suerte de encontrar esclavos.

Y al verle silencioso, añadía:

—No le pido cuenta de su vida. Es, Gonzalo, que me lastima su silencioso sufrir.

El gesto de él, el aire de desconfianza y casi de desagrado con que sentía el interrogatorio, ponía en guardia, y en lugar de utilizar la censura o la ironía, extremaba sus atenciones.

—Vamos—le decía—a huir de la gente. Esta enorme y estúpida muchedumbre aplana.

Y se iban a dar grandes paseos por aquellos risueños montes del país vasco, tan pulido, tan bello, que en él todo parece barnizado con un brillo de encanto. Los bosquecillos, las praderas, los caseríos, colocados para

servir al turismo y al dinero. En cualquier rincón, una rústica casita con sus pomaradas cargadas de manzanas y sus huertecillos llenos de flores; en cualquier recodo, un horizonte plácido, una perspectiva de égloga, y el mar, el mar poderoso y espléndido, bordeando la costa, penetrando con sus olas, coronadas de espuma, que rómpense en los cantiles de las peñas o vienen a morir mansamente en las doradas playas entre rizos y bordaduras.

Buscaba ella ocasiones propicias, momentos de soledad, identificándose con el temperamento delicado de su compañero, sin aludir nunca al amor, sin darse por enterada del difícil juego que practicaba, segura de sí misma, inspirándole confianza, borrando preocupaciones. Hablábale del campo, de la luz, de los árboles, de los azules mares y de la embrujadora belleza del país, y así preparó cautelosamente su celada.

Aprovechando un rápido viaje que su protector tuvo que hacer a París, y viéndose completamente dueña de sí y de su tiempo, un día pidió a Gonzalo la llevara hacia los extensos pinares de las landas.

Salieron cuando la mañana alegre se bañaba de luz y de gracia. El sol templaba suavemente, la brisa y los campos esmeraldinos prodigaban las polieromías de sus verdes. Anduvieron carretera adelante hasta penetrar en el bosque. El pinar cortaba de pronto la relación con la vida. Sentíanse como muy distantes de la alegre ciudad, de los soberbios hoteles, de las coquetonas *villas*; era la landa cubierta de esbeltos pinos la que les rodeaba por todas partes y los separaba del mundo.

En un rincón del bosque atisbaron la casita-restaurante, con sus árboles de ramas emparradas, a cuya sombra esperaban las mesas como si estuviesen allí aguardando a los enamorados o a los novios.

Almorzaron grata y vorazmente.

—Tengo hambre—decía ella—y me siento alegre y feliz... Gonzalo ¿usted no? Este país es un encanto. Parece que todo está preparado para recibirnos con halago. Si se quiere agitación, bullicio, vida intensa, emociones, juego, ese Biarritz está ofreciéndolo todo, y si, como nosotros, se busca un poco de soledad, aquí están estos pinares densos, cortados por limpios arenales, con estos rincones de espinos y estas casitas acogedoras. ¿Se ha fijado en las parejas que nos hemos encontrado?

—Son, Julia Ofelia, los que inspiran mayor envidia.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Conque ahora salimos con esas?...

—¿Acaso he negado yo nunca que el sol brilla para los amantes y la tierra se engalana para los enamorados?

—Pues hágame el favor, señor poeta, de servirme de ese viejo y rojo Burdeos, de ese Chateaux, que sabe a flores y manzanas.

Ya tarde, cuando la luz se borraba y en el cielo aparecía la luna, mientras las sombras iban desvaneciéndose el contorno de las cosas, pensaron en su situación y en el momento.

Ambos, despacio, lentamente, retardaban la vuelta. Y ella, la gentil, callada, suave y dulcemente se apoyaba en su brazo.

Julia Ofelia fué la que, de pronto, rompió audazmente con el equívoco estúpido:

—Mande a su chofer que se vuelva a Biarritz. Yo me quedo esta noche en esta casita encantada.

Y se quedaron solos, como dos recién casados, en aquel risueño albergue acogedor y silencioso.

Cuando al día siguiente Gonzalo retornaba al hotel, con un poco de amargura en los labios y de desprecio hacia sí mismo, por el final obligado de su aventura amorosa, tendióle el criado la bandeja, sobre la que que se veía un telegrama.

Abrió el frágil papelito, entre curioso e inquieto, y una indefinible angustia le atenazó la garganta.

“Ven en seguida. María Teresa, que está gravísima, quiere verte.”

Vaciló un momento, como si le hubieran golpeado brutalmente en el cráneo. Se repuso, en un arranque de energía y de vigor, y media hora después salía con dirección a España, a toda la velocidad de su máquina.

Con los ojos abiertos, moviéndose en el asiento sólo para ordenar la rápida marcha, desfilaron pueblos y riscos, llanuras y montes, devorados por el automóvil vibrante y veloz.

En medio de la noche oscura, con la mirada puesta en la cóncava y celeste esfera, muerta su fe, agostada su alma y con el corazón sangrante, contemplaba en lo alto una estrella que brillaba fulgurante, como el recuerdo de aquella mujer adorable y amada que había perdido para siempre.

Serena y bella, como el astro lejano...

FIN

DE LA ESPAÑA SEÑORIAL

EL CASTILLO DE VELEZ-BLANCO

Como reliquias preciadas del pasado, como blasones de la raza hispana, como piedras preciosas de la corona de España, quedan esparcidos por las regiones de nuestra península valiosos monumentos guerreros señoriales que son testimonio perenne de un glorioso pasado pródigo en memorables hazañas.

Allá en los estribos de la sierra María, tras el encumbrado Maymont mayor, lejos de las grandes urbes y do no llega el silbido de la locomotora, hay una pintoresca villa que los árabes llamaron Veled-al-Albiad y los cristianos Vélez-Blanco. Dominando el poblado, destaca sobre el celaje la esbelta silueta de un castillo señorial.

Para incorporar a la corona la ciudad de Cartagena, que pertenecía, en señorío, al adelantado de Murcia Don Pedro Fajardo, los Reyes Católicos, en 1503, le dieron, en cambio, las villas de Vélez-Blanco y Vélez-Rubio, pueblos mudéjares fronterizos al reino de Murcia, con el título de marquesado



Cárgola de estilo Renacimiento italiano, en mármol, representando la fecundidad.

por su lado norte. Son sus muros de imponente elevación, rematando en cubos y almenas reales que se adornan con esferas pareadas; y sobresale del conjunto arquitectónico la severa mole de la torre del Homenaje. Adosado en este cuerpo principal, edificóse por el lado sur otro baluarte exterior de menor mérito artístico para el arranque de la rampa de acceso, puente colgante y otros menesteres; y únese al castillo principal por doble arco de salvaguardia, a uno y otro lado de la puerta, que aparece a inaccesible altura. Actualmente, para entrar en el castillo, hay que introducirse por un ventanal posterior, cuya altura se salva, no sin dificultad, con una escala de mano.

Todo lo grato que resulta contemplar el esbelto monumento (de elegantes líneas y patinada sillería) desde el exterior, contrista al ánimo, por el contrario, la visita interior del recinto, a causa de los destrozos lamentables cometidos en su artístico ornamento, por lucro de unos miles de pesetas. Tras-



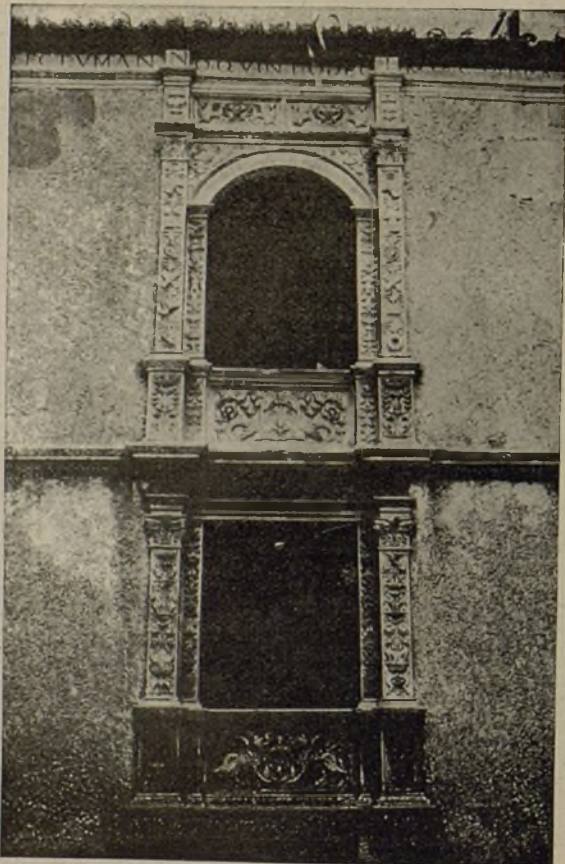
Entrada al castillo señorial del marquesado de los Vélez-Blanco.

de los Vélez (además de los lugares de Veda y Portilla y cuantiosas rentas en juro sobre las alcabalas de Murcia y de Lorca). Fué este primer marqués de los Vélez tan amante de las Artes, que, aún no concluída la suntuosa capilla de su nombre en la catedral de Murcia, a comienzos del siglo XVI, y en las postrimerías del arte gótico, ya emprendió en la morisca villa de Vélez-Blanco la gigantesca obra del palacio señorial, maravillosa obra del Renacimiento itálico, comenzada en 1506 y terminada en 1515, según reza la inscripción latina que en monumentales caracteres corría bajo el alero del patio de armas. Está cimentado sobre ruinas de un castro romano y de una alcazaba mora, de lo que apenas perduran (en extensa área) arrasados ya, sus recios muros. La actual mansión es de base hexagonal irregular que se estrecha en ángulo agudo



Castillo señorial de los Vélez-Blanco. Arquería gótica y almenado renacimiento del siglo XVI.

puesta la entrada que hubo al final de la rampa de acceso y puente, se encontraba el visitante en un gran patio de honor, cuadrado y amplio, que lucía, en dos de sus lados, galerías superpuestas de arcos de medio punto rebajados y apoyados en cilíndricas columnas; todo ello maravillosamente labrado en mármoles de Carrara; y en los otros dos lados que cerraban el patio, perforaban los recios muros ocho ventanales del mismo estilo plateresco, también superpuestos, cuatro en cada cuerpo de edificio, mostrando jambas y dinteles decorados, y sus alféizares ornamentados con blasones, follajes y variados adornos, como puede verse en las adjuntas fotografías de lo que ya desapareció. En los blasones que, a gran tamaño, se prodigaron exteriormente en todos los muros, puertas y entrepaños, torres y ventanales del exterior, así como en patios y salones interiores, alternan los emblemas de los apellidos Fajardo, Chacón, La Cueva y Silva, o sease los de los progenitores y de las esposas del fundador Pedro Fajardo, quien legó a los escudos de sus villas las tres matas de ortigas de la pieza principal. De este patio y su escalera de mármol con intradós y zócalos de azulejos antiguos de los solados de azulejería árabe de reflejos metálicos; de las puertas de nogal tallado; de los frisos esculturados; de bronce y tapices; de los fastuosos artesonados; de estatuas, pinturas y otras maravillas del señorial castillo del adelantado de Murcia, marqués de los Vélez, ya sólo queda el estuche, el esqueleto: casi el despojo; y en lugar de aquel alarde de riqueza artística y grandiosidad arquitectónica, sólo vemos, dentro de los muros, montones de ruinas, arranques de escaleras y bóvedas hundidas; y medio enterrados por el suelo, blancos fustes de columnas, rotas cornisas labradas, trozos de capiteles y otras piezas de mármol como la que pudimos fotografiar de una artística gárgola esculturada que representa la Fecundidad. No busquéis ya en el salón de tapices las preciosas telas colgadas con anillos metálicos dorados al fuego; ni en la sala de la Mitología los doce medallones esculturados a gran relieve en madera, representando la vida de Hércules; ni el fastuoso artesonado de nogal del salón contiguo, el llamado del Triunfo; ni en éste el friso del artesonado representando (en relieve) la entrada en Roma de Tito, después de la destrucción de Jerusalén—viéndose entre los guerreros del acompañamiento retratado al marqués de los Vélez, vestido a la romana y ostentando su escudo nobiliario—; y en otro altorrelieve de mármol, en la misma sala, el mismo marqués Fajardo, virrey de Nápoles, triunfando sobre los moriscos. No busquéis ya en la parte norte del muro la poterna de bronce que mostraba fundida una corona de laurel surmontada por la cruz de Santiago, teniendo en el centro las armas de los Fajardos; ni la inscripción latina del exterior del castillo, ni la del patio de armas. En lugar de tales inscripciones pudiéramos poner hoy otra sustitutiva que dijese: "Toda la parte artística que durante siglos enrique-



Balcones renacimiento italiano emigrados a París.



Patio de arquería renacimiento, de mármol, ya arrancado de su sitio.

ció este palacio, fué comprada a bajo precio, y desmantelada en 1904 por M. Colber, que la montó en su *chalet* de París." Oímos asegurar en el pueblo que tan lamentable venta de la riqueza arquitectónica del castillo hízola un copropietario del señorial monumento, a sabiendas del duque de Medinasidonia, quien no impidió que emigrasen a Francia los tesoros de arte Renacimiento de su magnífico castillo. Abro luego la historia de Vélez-Rubio, que publicó D. Fernando Palanqués Ayén, y compruebo la noticia en estas sentidas lamentaciones: "Tras de inveteradas profanaciones y verdaderos saqueos vandálicos, fueron vendidos los últimos despojos (con inclusión de una puerta de cobre puro, de más de 25 quintales de peso, soberbiamente repujada y con inscripciones alegóricas, a un anticuario parisién, por la cantidad, según dice la Prensa, de ¡16.000 duros!, siendo todo embarcado en el puerto de Cartagena con rumbo a Marsella a fines de 1904." Dicho señor Palanqués se ocupó extensamente del hecho en la Prensa de la región, cuya campaña repercutió en la de Madrid y motivó una Real orden, ya tardía, en evitación de estos abusos. El mismo autor se lamenta en su obra citada, diciendo entre otras, las siguientes frases: "¡El castillo de Vélez-Blanco!... Hermoso monumento... Soberbio emporio del poderío de una raza, cuyos ciclópeos muros y almenados torreones fueron teatro un día de maquinaciones guerreras y señoriales saraos, y hoy son desmantelado albergue de sabandijas." Esta joya arquitectónica, soberbio ejemplar del Renacimiento, poseyó una exornación escultórica en altos relieves, frisos, artesonados, etc., una riqueza no igualada quizá por ningún otro de los alcázares antiguos de España. De tan espléndidos atavíos como exornaron la mansión opulenta de los Fajardos sólo quedan ya unos cuantos torreones almenados o inaccesibles a la piqueta demoledora. Por eso quizá perduran mudos y solitarios como soberbia efigie reivindicadora de generaciones hidalgas, que al saturar de gloria los anales del noble solar velezano, legaron también una página de oro a la historia general de nuestra patria.

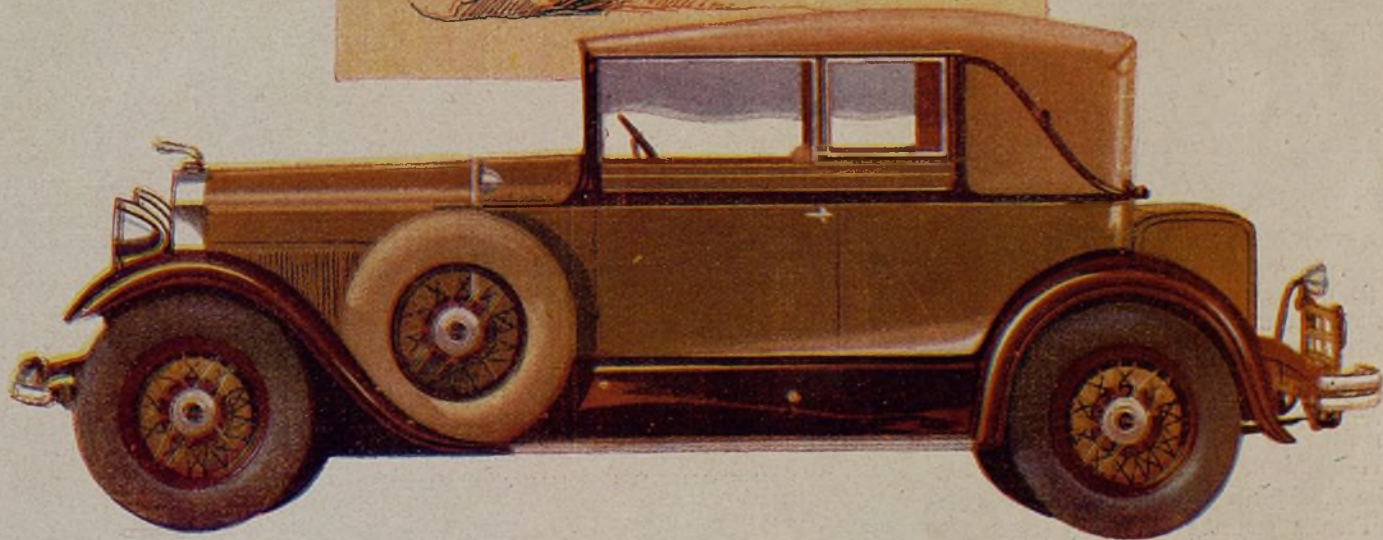
En el Levante español hay castillos tan notables como el guerrero de Sagunto, el pontificio de Peñíscola y el de Játiva, que fué prisión de estado de tres testas coronadas. De alguno de ellos diremos algo interesante a los amables lectores de Cosmópolis, si nos presta en sus columnas su hidalga hospitalidad.

CARLOS SARTHOU CARRERES.

Játiva y julio de 1928.

Fotografías del autor.

ESTAMPAS ESPAÑOLAS



Siglo XVIII. Un camino español. Caballos al galope, estallidos de fusta, nubes de polvo... Un noble pasa en su propia silla de postas, emblema de opulencia y distinción.

Siglo XX. Una carretera o una ciudad española... En nuestra época, viajar en un LINCOLN es la suprema manifestación de señorío y alta posición social.

LINCOLN

LINCOLN  FORDSON

Ford Motor Ibérica
BARCELONA

LA ESPAÑA DE

CUANDO el Fénix de los Ingenios vino a los caminos del mundo, en Madrid, el 25 de noviembre de 1562, regía los destinos de España Felipe II, y al apartarse de ellos para entrar en los de la otra vida, que dicen que es eterna, el 27 de agosto de 1635, estaba en el apogeo de su reinado desastroso y galante Felipe IV.

Tres monarcas conoció Lope en su dilatada y fecunda vida, y todos tres formaron la rampa por donde empezó a deslizarse hacia el ocaso el poderío hispano.

La mocedad de su merced se desarrolló turbulenta y fecunda durante el primer reinado, llegando a poner su espada pronta y pendenciera al servicio de la patria en dos ocasiones memorables: la expedición a las Islas Terceras y el fracasado ataque a Inglaterra con la Armada Invencible, siendo de los pocos que pudieron contar esta famosa baladronada del rey *prudente*, porque la nave en que iba Lope no llegó a salir de las aguas españolas.

La edad madura—otoño de la vida—pasóla con las mismas inquietudes de espíritu y desasosiego del cuerpo durante los miserables y pacíficos días de Felipe III. El invierno glorioso y melancólico, porque el fruto de su amor postrero se le cayó en el lodo, acabóle la vida cuando Felipe IV era el primer galán de la comedia de capa y espada que tenía por escenario la Corte del Buen Retiro, y Olivares el pícaro redomado, que se alzaba, como dicen, con el santo y la limosna.

A tiempo que el desenvuelto mancebo había de hacerse inmortal, comenzaba a ser tormento de las mujeres, iba el monarca sombrío y tétrico, que debe su mayor gloria a la fundación del Monasterio de El Escorial, desarrollando su luctuosa política, alumbrado por el resplandor de los cirios y de las hogueras de la Inquisición.

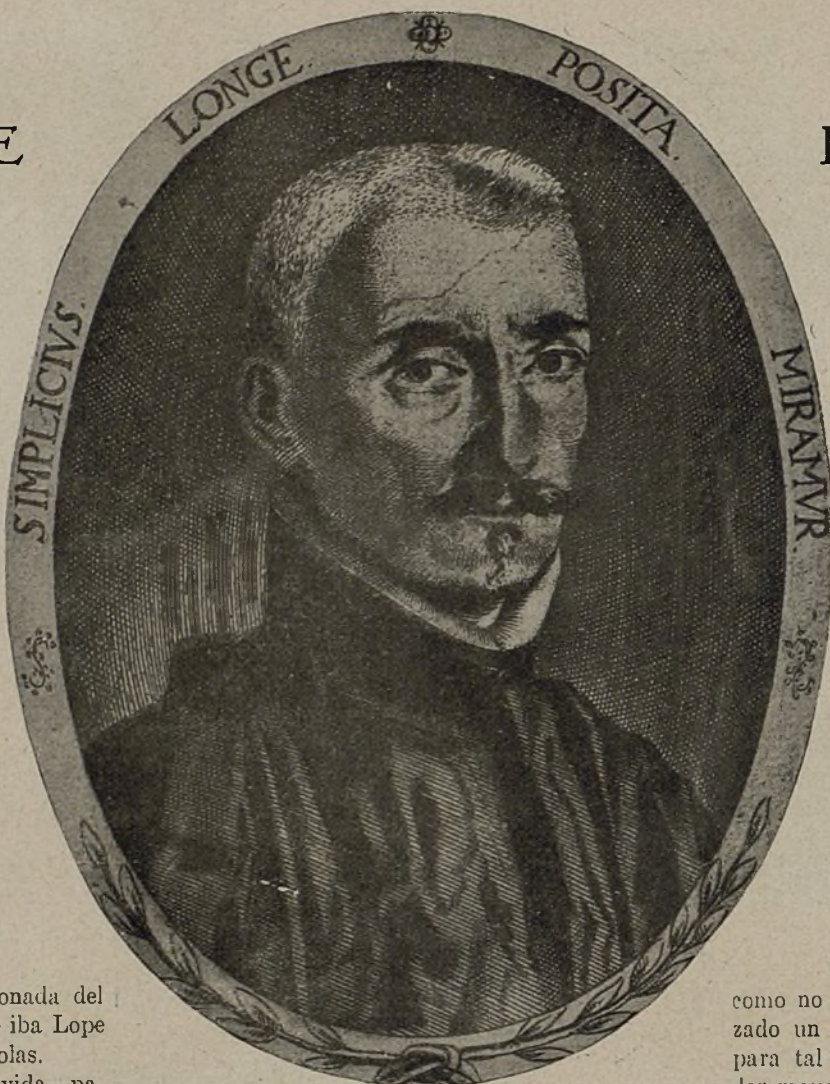
Flandes ardía como una inmensa hoguera atizada por el duque de Alba; Portugal vivía sangrientamente la absurda leyenda del rey Don Sebastián, y Francia pugnaba con todas sus fuerzas por buscarse la revancha de la de San Quintín.

Aragón pagaba con la pérdida de sus fueros y las vidas de sus próceres más esclarecidos el amparo inmerecido que diera a Antonio Pérez, y la Alpujarra se levantaba como un solo hombre contra el fanatismo intolerable del Rey y de la Iglesia.

Don Juan de Austria—más “por ser vos quien sois” que por el propio esfuerzo—se cubría de gloria en Lepanto, y Miguel de Cervantes ennoblecía las aguas de la mar con la sangre de su mano izquierda.

Cuando germinaban las primeras flores del ingenio de Lope, estaban en toda su plenitud o comenzaban a palidecer las de Fernando de Herrera, Fray Luis de León, Hurtado de Mendoza, Garcilaso, Ercilla, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. El Teatro daba sus primeros balbuceos con las comedias farragosas de Torres Naharro y Cristóbal de Virués y los pasos de Lope de Rueda y Timoneda.

A Lope estábale reservada la verdadera evolución de nuestra escena, siendo el primero que las



LOPE DE VEGA. Grabado en madera de la época.

LOPE DE VEGA

escribió en tres jornadas, quitándoles la ampulosidad y confusión que las del mismo Cervantes tenían, el cual no llegó a verlas representadas porque el público de entonces sólo mostraba afición por aquellos monstruosos autos sacramentales llamados comedias a lo divino, que tenían por escenario—sin intervención de mujeres—las lonjas de los templos.

Muere Felipe II y cae España bajo la férula del apocado Felipe III, ayudado por el aprovechado marqués de Denia—más tarde duque de Lerma—. El nuevo monarca no quiere guerras políticas; no tiene más afán que el de mantener a costa de todo el esplendor religioso y divertir las horas que le dejan libre misas, trisagios y novenas con el ejercicio de la caza, del cual no gusta que le distraigan ni aun para los asuntos más graves,

como no sea para decirle que ha sido canonizado un nuevo siervo de Dios o que se prepara tal cual fiesta religiosa, en la que para dar mayor solemnidad al acto es necesaria su presencia. Lerma es el verdadero rey. La situación económica del reino, mientras se en-

riquecen los ministros y acaparadores, es tan precaria, que es menester pedir de puerta en puerta para atender a las necesidades del Soberano.

A este tiempo ya es Lope el “monstruo de Natura” que lleva escrito un millar de comedias e infinidad de poemas y poesías. Se ha casado y ha enviudado dos veces, y pensando que ya no le esperan más que desengaños y pesadumbres, se determina a recogerse al amparo de la Iglesia; pero de allí a poco, la vida turbulenta vuelve a salirle al paso en forma de mujer, y ya, hasta el cabo de sus días, vive encadenado a tal amor y a su recuerdo, cuando éste muere, sin que se escandalice el mundo ni se querellen las autoridades eclesiásticas de que viva amancebado todo un ministro del Señor; por algo supo hacerse a tiempo familiar del Santo Oficio.

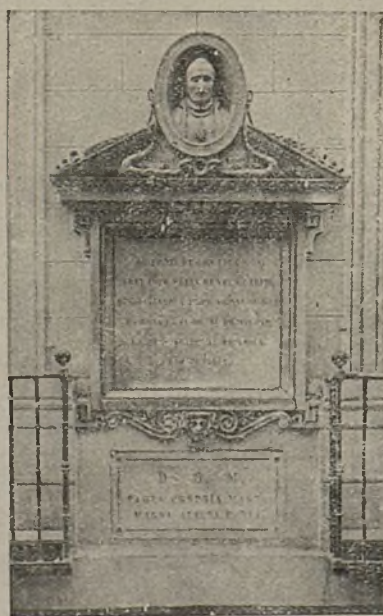
Y en aquella casa, al cabo de la calle de “Francos”, pasó el autor insigne de *El castigo sin venganza*, con su doña Marta de Nevares y la hija de entrambos Antonia Clara, los últimos años de su vida, dando días de oro a las Letras y escándalo a la vecindad.

Muerta la hermosa barragana, la llora el poeta en un magnífico poema, y desde allí en adelante no abriga más amor en su pecho que el de aquella hija, que un día, sacando la hilaza deshonesto de sus progenitores, se arroja a la cuneta de la vida abrazada a un yerno del conde duque de Olivares.

Lope entonces procura consolarse de sus amargas pesadumbres visitando diariamente a su otra hija, Marcela, profesora en el vecino monasterio de las “Trinitarias”, pasando un rato cada tarde en la librería del padre de Montalbán, y recordando, con el duque de Sessa, tiempos más felices.

Ya es rey Felipe IV. Lope ha llegado al cabo de sus días, dejando por herencia a España el inmenso caudal de su genio, que es inagotable.

DIEGO SAN JOSE



Lápida de la casa propiedad de Lope de Vega, en donde murió el 27 de agosto de 1635, mandada colocar en su honor por la Real Academia Española el año 1862.

Foto Marín.



Una iniciativa

EL día 25 de octubre del año próximo cumple cincuenta años el famoso pintor Pablo Picasso.

Nacido en Málaga, formado en Cataluña, desde los inquietos inicios de su juventud, Picasso, que es por sí solo un capítulo de la historia universal de la pintura, ha vivido lejos de España. Pero, gracias a él, constantemente España ha vivido en el mundo. Por la gloria de su nombre y la eficacia de su obra, España tiene hoy en la pintura una universalidad.

Pablo Ruiz Picasso, que está por encima de las clasificaciones, al margen del espacio y del tiempo, invariable en el propósito estético y en el ímpetu victorioso, gran artista, para quien las fórmulas artísticas no han sido nunca más que caprichos, porque todo en su arte adquiere cate-



Pablo Picasso, por Gargallo.

P I C A S S O

de «Cosmópolis»

ría de dictamen, es hoy por hoy, y como lo fué desde la primera hora de su carrera artística, la máxima figura del arte pictórico universal.

En torno a él varias veces la pintura ha dado la vuelta completa alrededor de sí misma. Y Picasso ha seguido siendo el eje inmutable, la facultad sapiente y ordenadora, la inspiración segura, el dogma inatacable.

A través de sus varias trazas exteriores y aparentes, la pintura de Picasso, íntimamente fiel a su propia autenticidad insobornable, no ha tenido jamás necesidad de atender el fácil halago, la sugestión veleidosa de las modas. Porque, en sí misma, cuajada en bloque y florecida en gracias, ha sido siempre el Modo, padre y patriarca con larga secuela de modas y modalidades.



PICASSO.—*Los segadores*. (Dibujo al lápiz, 1919.)



PICASSO.—*Maternidad*. (Gouache, 1901.)

El valor estético de Picasso de mil maneras y en mil lenguas ha sido ponderado y analizado. La actualidad ha ido perennemente uncida al carro de su fama. Su prestigio ha llenado el mundo, y ya en vida se ha derramado por el futuro. Picasso es es la más alta y legítima gloria pictórica de que puede envanecerse nuestro tiempo. Gracias a él le ha sido concedido a España su pedacito de gloria, su ración de eternidad.

* * *

Y, sin embargo, España y Picasso se conocen mal.

Aparte el estudio y la devoción de los profesionales y de los especializados, apenas las multitudes han recogido alguna vez el eco de sus triunfos.

Jamás ha expuesto el gran pintor en su patria. Y no se ha publicado en España, escrito en lengua vernácula, ningún libro consagrado a la vida y a la obra de Picasso, cuya bibliografía es ya extensa en volúmenes y pluralizada en lenguas.

Ha habido como una fatalidad de separación. Como un apartamiento mutuo, denso, de silencio oscuro.

Hasta hace muy poco, ni siquiera el nombre de Picasso sonaba a español en España.

A pesar de todo, a pesar de que la obra de Picasso ha merecido la admiración universal, el ditirambo unánime; a pesar de que España ha sido, gracias a él, incorporada a la corriente universal de la pintura. Ahora las cosas ofrecen bella coyuntura para que el fruto ya maduro se desprenda de la rama materna; ahora que ya el nombre de Picasso, reverenciado en España, consustancial con ella, despierta un eco de simpatías y de admiración en todos los españoles, parece propicio el momento para reparar negligencias y borrar distancias.

Nosotros creemos que España y Picasso deben darse un abrazo que a él le compense de pasados silencios y le sazone los pasados triunfos y a ella la reinstauren en su verdadero destino maternal.

En una palabra: COSMÓPOLIS propone la celebra-

ción, en el mes de octubre del año 1931, del cincuentenario de Pablo Ruiz Picasso.

Los cincuenta años de Picasso deben ser pretexto para que España demuestre al gran pintor la gratitud que le debe y la admiración que merece, y ocasión para que una selección de la obra de Picasso, reunida en España, pueda ser admirada por el público español que nunca ha podido acercarse a ella.

Salvemos a Picasso de la triste fatalidad de ser consagrado en su patria, después que para siempre haya cerrado los ojos. Glorifiquémosle en vida, como glorificado ha sido por el unánime asentimiento del mundo. Recoja España, en la gloria de su hijo, la suya propia, y déle, con la autoridad longeva que le procuran sus tradiciones artísticas, el espaldarazo definitivo.

Tejamos, en torno a los cincuenta años de Picasso, una corona fragante. Perfume el laurel las horas fervorosas.

Será como una fiesta y como un rito. Las obras de Picasso entrarán definitivamente en el corazón del tiempo y él y su patria habrán aprovechado y vivido una lección inolvidable.

COSMÓPOLIS tiene el honor, que cumple con temblorosa emoción, de lanzar esta iniciativa que gustosamente entrega, para su cabal desarrollo, a los españoles significados que pueden favorecerla, ayudarla y honrarla con su prestigio, y está dispuesta a llevarla a la práctica con el valioso concurso de quienes gozando de reputación e influencia quieran ayudar a esta obra.

Un año es tiempo suficiente—acaso no sobrado—para organizar lo que sea acordado realizar en conmemoración de los cincuenta años gloriosos de Picasso y en homenaje a este gran pintor.

Estamos seguros de que el propósito hallará pronto germinación y desarrollo. Y que esta idea podrá ser en octubre próximo una magnífica realidad.

Así debe ser. Porque, al fin y al cabo, en la época contemporánea, Picasso ha sido y sigue siendo la eternidad de España. En el reconocimiento a Picasso, España se reintegra a sí misma.

RAFAEL MARQUINA



PICASSO.—*En el café*. (Oleo, 1902.)



PICASSO.—*La cerveza*. (Oleo, 1902.)

LOS CINCUENTA AÑOS DE PICASSO

PROPÓSITO Y NOTICIARIO

LANZADA en el artículo adjunto, por nuestro redactor jefe, Rafael Marquina, la iniciativa de conmemorar los cincuenta años de Picasso, que se cumplen el 25 de octubre de 1931, la revista Cosmópolis está dispuesta a llevarla a la práctica, segura de que ni la voluntad del gran artista ha de oponerse ni los obstáculos han de imposibilitarlo.

Aspiramos, claro está, sin renunciar al honor de la iniciativa, a que su realización sea una obra nacional, una comunión colectiva, lo más amplia posible, en la admiración del gran artista.

Nos situamos, por tanto, lejos de toda exclusiva apetencia y apartados de todo deseo egoísta. Entregamos a los artistas y a los intelectuales la suerte de nuestra iniciativa. Reclamamos su concurso, ponemos en sus manos nuestro proyecto y suplicamos y agradecemos su colaboración valiosísima.

Repetimos que el homenaje a Picasso ha de ser una obra nacional. Propuesto por nosotros—no queremos renunciar a este que juzgamos uno de los mejores méritos de Cosmópolis—, su realización no puede, no debe estar ligada a nuestro único esfuerzo. Ha de ser obra de todos y a todos la entregamos

Fieles a este inicial propósito no podemos, naturalmente, por ahora ni esbozar siquiera un avance de programa. Este lo formulará, en su día, el Comité que se nombre.

Pero sí podemos dar cuenta a nuestros lectores de todo aquello que, una vez lanzada la idea y desde el día inmediato, empezaremos a gestionar para llevarla a la práctica con las mayores garantías y las máximas seguridades de acierto.

Primeramente nos dirigiremos a los grandes prestigios de la España contemporánea, pidiéndoles su adhesión a la idea. Esta adhesión consistirá en honrar con su firma un mensaje dirigido a Picasso dándole cuenta del propósito, solicitando su aquiescencia y su consentimiento para realizar, dirigida por él, una Exposición de sus obras en octubre de 1931.

Se constituirá un Comité en el que se hallen legítima y prestigiosamente representados todos los sectores del arte y de la intelectualidad, que cuidará de acordar y organizar los actos que deban celebrarse y que actuará durante el año en la forma que juzgue precisa para el cumplimiento de esta finalidad.

Un llamamiento especial queremos hacer a la prensa española para que preste calor y vitalidad a esta iniciativa. Esperamos de ella, en torno a este proyecto que por su carácter de revista mensual Cosmópolis no puede tratar con la frecuencia que desearía, la publicidad y el entusiasmo que la obra inmortal de Picasso merece.

Y agradecemos de antemano la inteligente cooperación de nuestros colegas, que desde luego estarán representados en el Comité aludido.

No creemos necesario añadir que Cosmópolis tendrá como un honor servir a la prensa de España todos los datos e informaciones relativos al homenaje a Picasso.

Aunque nuestros lectores podrán hallar, por tanto, en la prensa diaria y semanal, amplia y detallada información relativa al proyecto, Cosmópolis, en todos los números, publicará una sección dedicada al mismo.

También publicaremos crónicas y ensayos en los que se estudie la obra vastísima y la personalidad genial de Picasso.

Al efecto, en nuestro número próximo insertaremos un artículo del eminente crítico de arte José Francés.

Redactado ya el mensaje que se enviará a Pablo Picasso, no se hará público hasta que puedan hacerse públicas también las firmas que lo avalorarán.

Pensamos publicarlo en el número próximo, así como la lista de las personas que constituirán el Comité Ejecutivo del Homenaje a Picasso, iniciativa de Cosmópolis.

Por hoy nada más hemos de añadir.

Puesta en marcha la idea, con devota emoción ha de seguir sus pasos nuestro ánimo. Quisiéramos verla convertida pronto en un fervor nacional.

Confiamos en ello, si, como esperamos, no nos faltan la ayuda, el consejo, la adhesión de los mejores.

Que el maestro Picasso y España vivan esta gran hora, que a los dos ha de dignificar, y que dará, en cierto modo, una conciencia a dos inmortalidades que son una misma.

Así sea. Para gloria de Picasso y honor de España.



PICASSO.—La familia y el mono. (Gouache, 1905.)



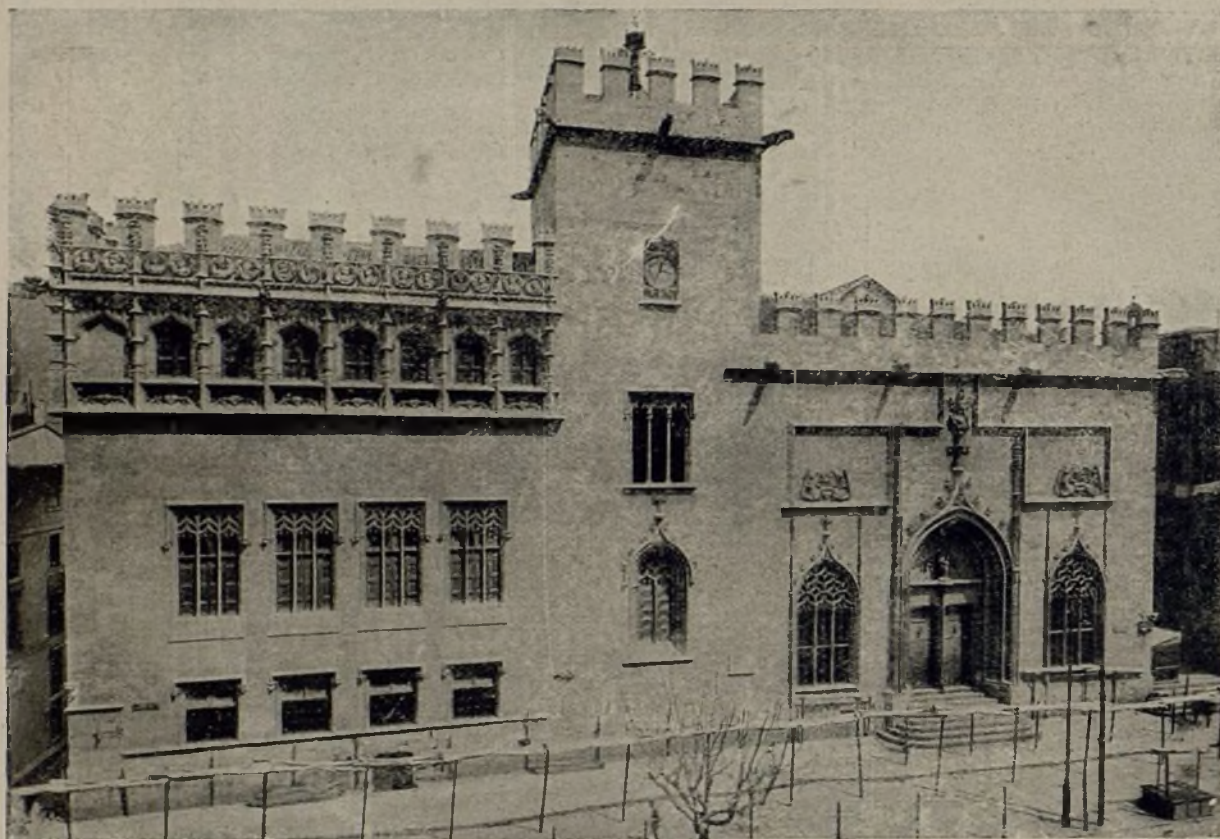
Para perpetuar de un modo, al mismo tiempo afectivo, solemne, artístico y urbano, la gratitud que San Sebastián debe a la memoria esclarecida de Su Majestad la Reina doña María Cristina, el Municipio de aquella ciudad, favorecida siempre por la predilección de la Reina madre, organizó un concurso de retratos para premiar el que debe figurar en el salón de actos del Ayuntamiento. Alcanzó



premio don Elías Salaverría. En estas páginas reproducimos las obras presentadas al concurso por don Julio Moisés (página a la izquierda) y don Timoteo Pérez Rubio (página de la derecha). El concurso ha constituido un gran éxito, del que puede sentirse satisfecho el Ayuntamiento de San Sebastián.—Fotos Pérez de León.



La Lonja de



Vista de la Lonja, desde la plaza del Mercado.

DE todos los monumentos que Valencia puede ofrecer a la admiración del forastero, ninguno tiene la grandiosidad y al mismo tiempo está tan bien conservado como la Lonja de sus antiguos mercaderes.

Fué el reino valenciano en los siglos xv y xi el emporio principal de los diferentes estados cristianos de España, hasta el punto de que el rey Pedro III concedía al comercio de Valencia el Tribunal mercantil de Consulado, adelantándose con ello a Mallorca y a Barcelona en medio siglo, y mucho más a las demás ciudades españolas, que bastantes años más tarde obtuvieron aquella jurisdicción.

Y es que Valencia, durante los citados siglos, ejercía un comercio muy intenso con las ciudades del mediodía de Francia, con las repúblicas italianas y con otros estados, y ello producía un gran impulso en el progreso de su navegación, y era causa de que contase con una flota muy importante y de que se distinguiesen sus hombres de mar, que no tenían inconveniente en arriesgarse en las más difíciles aventuras, no obstante hallarse infestados nuestros mares de corsarios y piratas, contra los cuales hubo necesidad en diferentes ocasiones de organizar cruzadas.

Tenía Valencia un edificio para sus mercaderes, que arrancaba de pocos años después de la conquista de la ciudad por el rey D. Jaime I. De esta Lonja se habla ya en las actas del Consejo general de 1314. Pero este edificio, andando el tiempo, se hizo pequeño, y además se consideró mezquino, inadecuado para la gran importancia que alcanzaba el comercio valenciano. En 1469 ya había acordado dicho Consejo general la construcción de la nueva Lonja, y en 1480 volvía a disponer dicha construcción, añadiendo que esta Lonja fuese *molt bella, magnífica y suntuosa*, para que fuera *honor y ornament daquesta insigne ciutat*. Comenzáronse las obras en 1482 y se terminaron en 1498, derribándose para ello veinticinco casas; se encargó de la construcción el maestro cantero Pedro Compte, y tan satisfecho quedó el Consejo general,

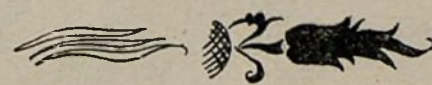
que le nombró alcaide perpetuo del nuevo edificio con un sueldo de trescientas libras anuales.

Bien hizo el Consejo con otorgarle el mencionado premio, pues a pesar de los siglos transcurridos continúa siendo uno de los monumentos de la arquitectura civil mejores que conserva España en el género ojival. Tomando como modelo la Lonja de Mallorca, pero con notas originaies que la diferencian de aquella totalmente, produjo esta maravillosa creación en los tiempos en que el género ojival había llegado a su apogeo y se iniciaba su decadencia y cuando ya en Italia apuntaba el Renacimiento clásico. Pedro Compte se dejó influir de ambos estilos, y tomando de cada uno lo que más le convino, hizo es-



Una de las puertas laterales del edificio.

e Valencia



te monumento valenciano, verdaderamente digno del grado de florecimiento a que llegó el comercio valenciano, y de albergar a instituciones tan renombradas como la del Consulado y la de la *Taula de Cambis de la Ciutat de Valencia*, cuyas operaciones estaban garantizadas por los bienes y rentas del común y en la cual habían de hacerse todos los depósitos sin excepción. La cual *Taula* marcaba también un positivo progreso en las prácticas comerciales.

No alberga hoy nuestra Lonja ni el antiguo Consulado, ni funciona el rudimentario Banco con su amplia mesa, cubierta con un tapete en el que aparecían estampadas las armas de la ciudad; pero todavía vese allí una nutrida colección de mesitas, en la que tienen su



El salón columnario.



Puerta correspondiente al patio lateral

puesto de transacciones los corredores de granos, y allí, de doce a dos de la tarde, se reúnen cientos de industriales y comerciantes, hasta llenar por completo el amplísimo salón columnario, y fijan los precios de los diferentes artículos que pródigamente cría nuestra ubérrima huerta.

No ha servido sólo para estos usos el hermoso salón de contratación mencionado. En tiempos de Felipe II se celebró en él un suntuoso sarao. Acompañado de sus hijos, el príncipe y la infanta, concurrió a esta fiesta el taciturno monarca, gastándose la ciudad en este agasajo dos mil libras. Dicen las crónicas de aquellos tiempos que en uno de los salones inmediatos se dispuso lo que hoy llamaríamos el *buffet*, y que consistía en cien grandes platos de Manises, colmados de diferentes confituras, que el rey ordenó sirviesen para ser obsequiadas las señoras que concurrían a la fiesta.

No muchos años después, en 1599, con motivo de las dobles bodas de Felipe III y de su hermana en Valencia, entre otros festejos, se repitió el baile en el salón de la Lonja, todavía con mayor brillantez y fastuosidad. Cuenta un cronista de la época que, aprobado el programa de la fiesta por S. M., salieron al centro del salón, ante el regio estrado, las parejas de baile, que eran de las familias de la más rancia nobleza valenciana, y ejecutaron una interminable serie de danzas, entonces muy en boga, y que eran conocidas con los nombres de "Alta y Baja", la "Pavana gallarda", "Morisca", "Serdameta" y "el Furioso", bailes todos de mucho movimiento y de figuras muy artísticas.

Y ahí tienes, lector, cómo al conjuro de una maravillosa obra de arte es posible armonizar el prosaísmo de la vida comercial con las exquisiteces de la vida de sociedad más selecta, y se da el caso de que la casa de los mercaderes se elija como el marco más refinado para albergar a las clases más elevadas en sus fiestas más culminantes.

T. LLORENTE FALCO.

Valencia, agosto de 1930.

Fotografías de Barberá y Masip:

VALENCIA Y LA NUEVA ARQUITECTURA

VALENCIA vive un momento de franca incorporación. Incorporación hacia lo nuevo, hacia lo joven, hacia lo que en su desarrollo evidencia un elocuente prestigio vital.

Valencia corresponde a su época, absorbiendo por los perfumados intersticios de su luerana historia todo el empuje del Arte nuevo, y también del nuevo concepto que en el sentir ciudadano va tomando la vida.

Claro que sin la descarada franqueza de esas otras ciudades que, por su posición de meridiano intelectual y artístico, cobijaron con gracia bellamente iconoclasta la vanguardia bullente y colorista de esta o aquella modalidad rebelde. También sin la ufanía, muchas veces oportunista y equivocada, de esos vocingleros grupitos, que bajo una etiqueta de inquietud conservan toda una tradición, en muchas ocasiones corrompida.

Y es que Valencia, como Toledo, como Sevilla, está demasiado cerca de su historia, de su tradicional y característica forma de ser, para que al incorporarse a una corriente sin pretérito no se sienta un tanto cohibida y prudente.

Sin embargo, ya sea por su afán de reformas urbanas, ya por su clarísimo deseo de clasificarse entre las primerísimas ciudades españolas, el caso es que Valencia va esmaltando su planicie habitada con creaciones ar-

quitecturales del más rotundo perfil moderno. Innovación que lisonjea nuestra particularísima posición en estos quehaceres actualistas, y de paso nos rinde al primor de tanta línea recta.

Porque es la cuestión que cuando nos encontramos frente a esas algarabías con pretensiones barrocas o cuando contemplamos esos juegos de proporcionalidades que tan falazmente añoran al Renacimiento, todo ello sin emoción y con artificio perfectamente visible, lo primero que se nos viene a la intención es la necesidad de un Código que castigue a tanto menestral de la Obra pública.

PROMESA.—En Arte todo es promesa. Todo es aprendizaje. Todo es posibilidad. Nada está logrado. Nada es resueltamente autóctono. Creer haber andado todos los caminos es no conocer ninguno. Creer solucionado un determinado problema estético es andarse refido con la Belleza.

Las diversas épocas que en la Historia del Arte se nos aparecen como perfectas no son más que atisbos, ensayos. Ensayos que han sido, que son precisos para la elaboración de lo inmediato, sobre todo de lo inmediatamente posterior. Y que por esta necesaria cualidad perdieron su carácter de permanencia en cuanto que lo sucedente encontró su personalidad. Personalidad que no borró lo anterior, pero que sí lo clasificó en el catálogo de los valores históricos.

Quiere decir que el artista más cercano del acierto es el más alejado del acomodo circundante. Y como la Arquitectura es de todas las bellas artes la más vulgarizada dentro del moderno palpar, enjuiciarla y enjuiciar a sus caudatarios será tanto como laborar no sólo por una estética perfectamente compatible con el sentido plano del momento, sino también acercarnos a la seguridad de que las ciudades de mañana serán lugares gratamente habitables, en vez de muestrarios de anacronismos sin alma y sin belleza.

LA ESTETICA DE UN PLANO.—En aquel instante en que las pupilas del primer curioso espectador o del primer técnico inquisitivo se prendieron en la muelle lisura de una pared, en aquel instante, se consagró

la importancia emocional del hecho plástico, que no necesitó de contorsiones ni arrequisos plateados para manifestarse.

Pero no bastaba la capacidad lírica del simple espectador ni la filosófica del fulgurante técnico. Se precisaba al artista. Alguien capacitado y capaz de suponer al plano con nativas sugerencias.

¿Fue Picasso? ¿Ha sido toda una escuela postexpresionista la que al concretar el volumen resalta la enorme trascendencia de la cosa lisa? ¿Le Corbusier... Jeanneret? Quienes fueran. El hecho es que al amparo de una visión técnica y poéticamente simplista, hemos llegado a la conclusión en que una pared que no tiene otro arte que el de su colocación, nos pone en íntimo coloquio con el eterno fundamento de la Belleza: con la Emoción.

LA BARRACA, PUNTO DE PARTIDA.—Que es adonde arribamos cuando deslizándonos por los vericuetos de la Emoción buscamos un refugio pretérito: a la Barraca.

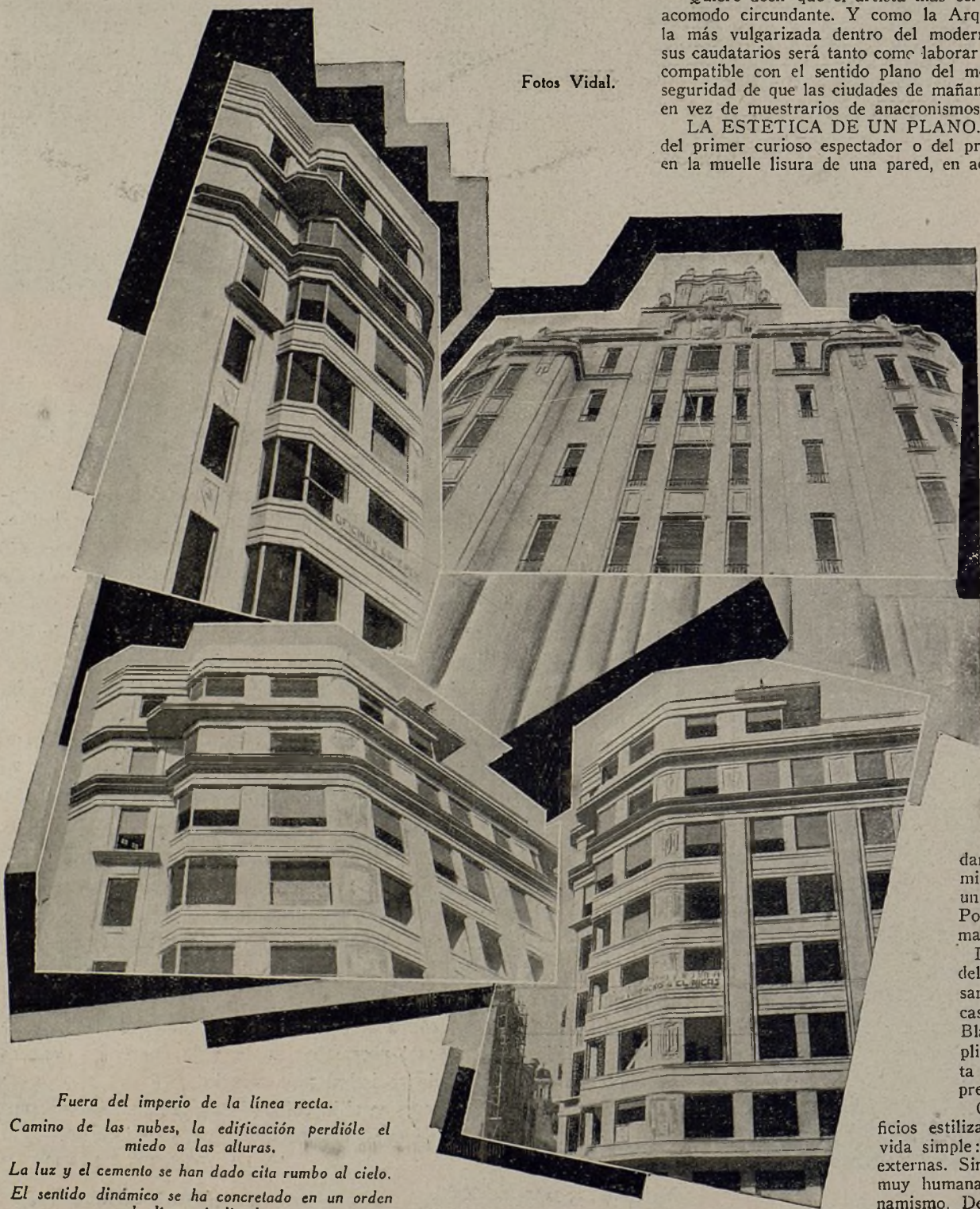
La Barraca está más cerca de la Arquitectura moderna que todas esas construcciones que buscando tal o cual estilo han dado de lleno en el de la vulgaridad. Por la misma razón que Couvine se está dando la mano con Jacomart. Por la misma que un cubista está tan cerca de un primitivo. Por el afán. Por el anhelo. Por lo que tiene de mayor posibilidad y mayor precisión.

La Barraca valenciana fué el cobijo del trabajador del campo, del hombre sano y amigo del sol, que busca en su casa comodidad sobre todas las cosas. Blancor liso. Seco enramaje. Dentro, amplitud afectiva e ingenua. Fuera, la huerta y el trabajo. Dentro y fuera, siempre, la Vida.

Como ahora. Como ahora en esos edificios estilizados para el buen vivir. Dentro, una vida simple: con baño, con ducha. Sin rutilancias externas. Sin barroquismos. Afectiva y carnal. Y muy humana. Fuera, la existencia de ahora. Dinamismo. Deportismo. Cine...

ROBERTO DE GANDIA

Fotos Vidal.



Fuera del imperio de la línea recta.

Camino de las nubes, la edificación perdió el miedo a las alturas.

La luz y el cemento se han dado cita rumbo al cielo.

El sentido dinámico se ha concretado en un orden de líneas inclinadas.

LA CALLE DE DON FULANO

NUEVAS EXPRESIONES DE LA POSTERIDAD

En Madrid, y no sólo en Madrid, sino en todas las latitudes de España, hay siempre un grupo de caballeros ocupados en buscar a quien ofrecerle el homenaje extraordinario de dar su nombre a una calle. En el fondo, esta predisposición expresa lo fácil que es nuestro temperamento a la cordialidad. Es una de las que han contribuido a la leyenda universalizada de nuestros aspectos mediterráneos o quiméricamente meridionales, cuando en realidad tenemos muy poco que ver con el mar latino. Nuestro litoral es una adherencia magnífica. Pero no influyó nunca en las elaboraciones de nuestro espíritu. Hay una España autóctona y consiguientemente general: la celta y sus derivaciones. El resto es literatura. Literatura de la Historia y literatura de la Geografía.

Pues ya que estamos acometidos de esa amplia cordialidad que nos conduce a una constante renovación de los nombres de las calles, estaría bien que tratásemos de hacer posible los modos nuevos de realizarla.

Nuestras noticias nos permiten informar a los amigos de tales homenajes de que en Amsterdam se está poniendo por obra un procedimiento novísimo realmente acertado. Parece ser que los alemanes lo hallan tan de su gusto que han principiado ya su aplicación. Desde luego que en España no es de presumir que, aun cuando se acoja como bueno, se realice con semejante diligencia. Pero por eso mismo, es decir, por tener en cuenta las premiosidades de nuestros modos, nos cumple dar a conocer éstos lo antes que nos sea posible. Ahora.

La innovación o ampliación es bien simple. Se trata de ilustrar los nombres de las calles y de las plazas con las imágenes de los que los usaron, a los que por este arbitrio se quiere enaltecer. En esta misma hoja se trasladan dos de las esquinas de las calles de Amsterdam, con dilatada ornamentación alegórica. Una de ellas corresponde a la calle de Rubens. La otra a la de Miguel Angel. Ya sé yo que para el eficaz empleo de estos modos de rotular las urbanizaciones hay que ofrecérselos a gentes de fama inequívoca y unánime. Haciéndolo así llegarán los rostros de los que se quiere honrar a hacerse tan populares como sus nombres. Esa calle de Rubens, de Amsterdam, constituye un magnífico ejemplo de ello. El rostro del gran pintor, cuyo culto es ritual en Amberes, se aparece en la esquina holandesa con toda su alegría, con todo su sensualismo y con el mismo rictus irónico que debió de alumbrarle. Yo no me he explicado jamás la razón de que este hombre viviera obseso de sus interpretaciones de los Reyes Magos. Ante la imagen de pudor de su rostro nos acomete el recuerdo de la misma absurdidad. Las dos inquietudes de Rubens fueron tal adoración mítica y los retratos de sus mujeres, que además

figuran en la más lograda de las múltiples adoraciones de Magos que pintó. En realidad el rostro que en la esquina de la calle de Amsterdam se parece es el que debió iluminar en vida después de su último matrimonio con aquella espléndida rubia a la que doblaba la edad. Yo me imagino a Rubens como la real interpretación flamenca de Don Juan

Tenorio. Y me parece muy lógica, por otra parte, esta posibilidad en un hombre enamorado de la forma exuberante y que, sin duda por su amor al Mediodía, italianizó la pintura flamenca con anticipaciones milagrosas y revolucionarias. Rubens significa la intrusión de la paganía en Flandes o, si se quiere, en la pintura flamenca, inmovilizada en un estatismo litúrgico. Pintar era un modo de hacer oración y aun penitencia, hasta que Rubens invirtió los conceptos e introdujo la paganía y la sensualidad no sólo en sus exaltaciones personales, sino en los temas religiosos.

Pero no es ésta la razón de hablar de Rubens. Ahora estamos hablando de las calles de Amsterdam, cuyas ilustraciones representan también en cierto modo nuevos procedimientos de exaltar la forma. Por eso han sido elegidos para ello Rubens y Miguel Angel. Es decir, el pintor más sensual y

el escultor de proporciones más exaltadas. Realmente, y en cuanto a Miguel Angel, armoniza como tributo a su obra ese enorme mascarón en un muro de ladrillo, mucho más que un busto en un jardín o su espíritu en una fuente. Miguel Angel es, además, de entre los hombres inmortalizados el que cuenta con menos tributos a su gloria. Está muy bien que se principie su glorificación popular en Holanda, donde todo tiene un angustioso carácter definitivo.

Como también lo tiene esta nueva prueba del tributo popular. Ilustrando los nombres de las calles con los rostros definitivos de las personas que se quiere perpetuar, es muy difícil hacer este honor a quienes no son dignos de él. La imagen del que pertenece o perteneció a quien no cumple tan alto tributo, no podrá sostenerse nunca en una fachada. Sería demasiado cínico. A despecho de su propia mala voluntad es forzoso que acabe muerto de vergüenza y que se desmorone, que es el modo de expresión del arrepentimiento entre las estatuas.

Son muy bonitas estas ampliaciones de la gloria callejera. En Amsterdam están muy bien. Pero en cuanto a nosotros, me parece de muy difícil realización. Las únicas imágenes serias que nos pueden ofrecer los muros son las de aquellos dos leones de Correos, que por la misma razón que aquí se alude, han desaparecido, posiblemente desmoronados.

CEFERINO R. AVECILLA



ULTIMOS LIBROS PUBLICADOS

POR LA

COMPAÑIA

IBERO-AMERICANA

DE PUBLICACIONES

(S. A.)



Fachada del edificio de la C. I. A. P., la Empresa editora más pujante de España, que incluye a su vez las editoriales Renacimiento, Mundo Latino, Atlántida, Estrella, Ediciones Hoy, Ciencia y Arte, Mercurio. La C. I. A. P., merced a su extraordinaria amplitud económica y técnica, edita hoy el 80 por 100 de la producción literaria española. En sus oficinas, talleres de imprenta, encuadernación, fotograbado y librerías, están empleadas unas dos mil personas.

ULTIMAS NOVEDADES

NOVOA SANTOS: *Cuerpo y espíritu*. Cinco pesetas.
GUTIERREZ GAMERO: *Clio en pantuflas*. Cinco pesetas.
RABINDRANATH-TAGORE: *El jardinero* (tela). Cinco pesetas cincuenta céntimos.
LEON BENGUA: *Labios pintados* (comedia). Cuatro pesetas.
HALMA ANGELICO: *El templo profanado*. Cinco pesetas.
ISIDORO ACEVEDO: *Los topes*. Cuatro pesetas.
T. ORTEGA: *Nuestra luz en torno*. Cuatro pesetas.
MATILDE MUÑOZ: *La virgen muerta*. Cinco pesetas.
VICENTE RISCO: *El problema político de Galicia*. Cinco pesetas.
E. ZAMACOIS: *La risa, la carne y la muerte*. Cinco pesetas.
JACINTO GRAU: *El burlador que no se burla*. Cuatro pesetas.
GREGORIO MARAÑON: *Ensayo sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*. Cinco pesetas.
JOSE SANCHEZ GUERRA: *El pan de la emigración*. Prólogo de Gregorio Marañón. Seis pesetas.
GREGORIO MARTINEZ SIERRA: *La humilde verdad*. Cinco ptas.
GREGORIO MARTINEZ SIERRA: *Cartas a las mujeres de España*. Cinco pesetas.
GREGORIO MARTINEZ SIERRA: *Eva curiosa*. Cinco pesetas.
J. FRANCOS RODRIGUEZ: *El año de la derrota, 1898*. Cinco pesetas.

RICARDO BAROJA: *Los tres retratos*. Cuatro pesetas.
ALBERTO INSUA: *El amante invisible*. Cinco pesetas.
LUIS DE OTEYZA: *El tesoro de Cuauhtémoc*. Cinco pesetas.
QUINTILIANO SALDAÑA: *La sexología*. Cinco pesetas.
CRISTOBAL DE CASTRO: *Mujeres extraordinarias*. Diez pesetas.
RICARDO BAEZA: *La isla de los santos*. Cinco pesetas.
A. MARTINEZ OLMEDILLA: *Cómo murió Napoleón*. Ocho pesetas.
CONCHA ESPINA: *Mujeres del Quijote*. Cinco pesetas.
A. HERNANDEZ-CATA: *Los siete pecados*. Cinco pesetas.
GUSTAVO PITTALUGA: *El vicio, la voluntad, la ironía*. Cuatro pesetas.
WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ: *Los que no fuimos a la guerra*. Cinco pesetas.
MARQUES DE LEMA: *Mis recuerdos*. Seis pesetas.
JOSE MARIA SALAVERRIA: *Nuevos retratos*. Cinco pesetas.
R. BLANCO-FOMBONA: *Motivos y letras de España*. Cinco pesetas.
F. GARCIA SANCHIZ: *Barcos y puertos*. Cuatro pesetas.
JOSE FRANCES: *Entre el fauno y la sirena*. Cinco pesetas.
FELIPE SASSONE: *Por la tierra y por el mar*. Cinco pesetas.
EL CABALLERO AUDAZ: *La estrella sin alma*. Cinco pesetas.
EUGENIO D'ORS: *Cuando ya esté tranquilo*. Cinco pesetas.
DIONISIO PEREZ: *El enigma de Joaquín Costa*. Cuatro pesetas.



La Librería Renacimiento, plaza del Callao 1 y Preciados 46, Madrid, donde se exhiben los últimos libros nacionales y extranjeros, y las más modernas revistas de modas.

LIBRERIAS C. I. A. P.

MADRID: Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Preciados 46 y plaza del Callao, 1. Librería Fe, Príncipe de Vergara, 42 y 44.—BARCELONA: Librería Barcelona, Ronda de la Universidad 1 y Cortes, 592.—SEVILLA: Librería Fe, Campana (junto a Sierpes).—ZARAGOZA: Librería Fe, Paseo de la Independencia, 23 y 25. SAN SEBASTIAN: Librería Fe, Avenida de la Libertad, 16.—CARTAGENA: Librería Fe, Isaac Peral, 14.—CORUÑA: Librería Fe, Real, 24.—CUENCA: Librería Fe, Mariano Catalina, 12.—JEREZ: Librería Fe, Larga, 8.—BUENOS AIRES: Florida, 251.

PARA EL MUSEO DE ROMERO DE TORRES

D. Mariano Benlliure ha hecho el busto del excelso y llorado artista cordobés

En el mosaico del jardín, lentejuelas de sol. En los árboles, laminillas verdes y oro. El otoño se filtra en este remanso de paz y de inquietudes íntimas que es la residencia de don Mariano Benlliure. "Hojas del árbol caídas..." juguetes de perros son... Los perritos de don Mariano —ocho o diez de distintas razas— juegan con ellas al *football*... *Tosquita*, la sultana del canino batallón, coquetea con un perrito lobo...

—Don Mariano está en el estudio, subido en un andamio—nos advierten. Envueltos en floresta, llegamos. Allí está el artista. Trabaja. Don Mariano trabaja siempre, porque—dice—en el trabajo encuentra consuelo y satisfacción de ansias. Nos recibe este gran caballero del Arte con una cordial indiferencia. Ha preferido no darnos la mano a seguir manejando los palillos. Actualmente, en este momento preciso, da los últimos toques al barro, que ya representa la figura de una asturiana. Reciedumbre de ejecución, fortaleza, espíritu entero y dulzura en el semblante. El artista ha dicho:

—Buenos días. ¿Qué tal?

Y ha seguido modelando, con su sombrero amerengado a la cabeza, su pantalón de legionario y su camisa de alpinista. Prosigue:

—Es para Villaviciosa. Esta figura presidirá una fuente simbolizando las excelencias de la sidra asturiana.

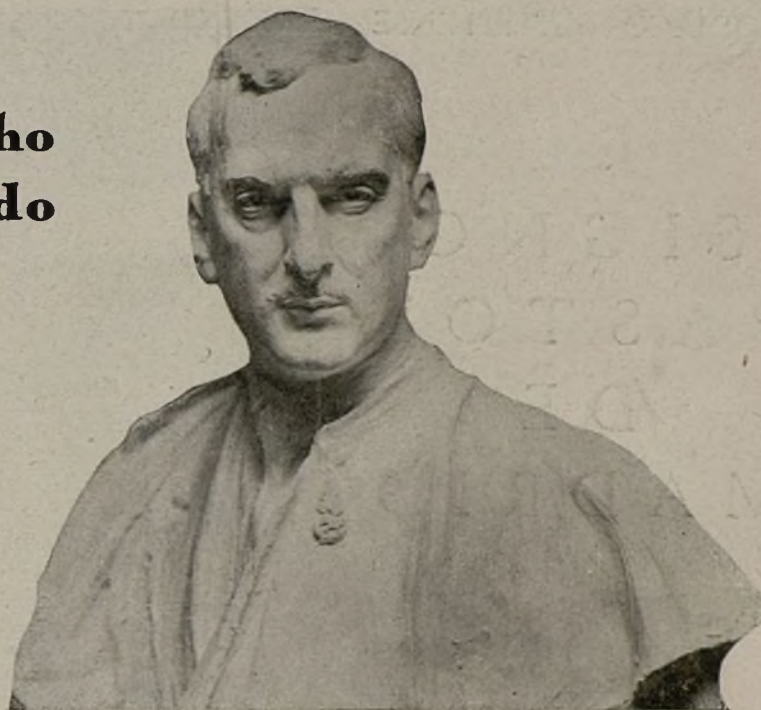
Un cuarto de hora más tarde don Mariano nos ofrece su mano. Y nos guía hacia arriba, donde encontraremos el busto, que recientemente ha terminado, de Julio Romero de Torres. Conocer esta su última obra es el objeto de nuestra visita... No se libra don Mariano de sus perros. Saltando escaleras, le siguen. Nosotros detrás.

—Ya estamos—se le oye decir.

Pensamos:

Ya estamos otra vez ante Julio Romero de Torres; ante su humanidad desaparecida; ante su recuerdo sagrado. Ya estamos entonando, en nuestro corazón, la plegaria del dolor redivivo...

Para mí, como para todos los que con la amistad cariñosa de Julio Romero nos honrábamos, su muerte era una dolorosa mentira. Fué preciso que, no hace dos meses aún, viera en Madrid, junto a mí, a su hijo Rafael con el corazón henchido de dolor, con un río de amargura en sus palabras, con un rictus de pena muy honda en sus ojos, encendidos en púrpura y diamante...



Días después, marchado a Córdoba Rafael, consideré nuevamente que la desaparición de Romero de Torres era una pesadilla. Ha sido preciso este momento—de contemplar su busto—para que la venda desaparezca de una vez de mis ojos. Porque ante esta obra de Benlliure, la idea de la inmortalidad entre los hombres acaricia mi pensamiento.

En la figura modelada está el alma de Julio: su acrisolada bondad de sentimientos, su distinción exquisita, su gesto de vencedor en la vida—que es gesto humilde y sencillo—, su espiritual estructura de artista, su temperamento todo...

No en vano es obra de este otro artista—don Mariano Benlliure—, que fué desde hace muchos años amigo íntimo del llorado cordobés.

Está don Mariano orgulloso de su obra.

—He procurado plasmar la figura del pobre Julio cuando estaba en su plenitud. Plenitud física; que en lo moral y en el arte de Romero no hubo, no podía haber decadencia...

Es éste el Romero de 1912.

—Un tipo de cordobés—dice el escultor—. Porque cordobés es el más varonil de los tipos andaluces.

Envidiamos a don Mariano Benlliure la ventaja que los años le dieron sobre nosotros en la amistad con Romero de Torres. Hacia la memoria de éste va nuestra veneración, honda y emocionada. Unas palabras, breves y sinceras, del notable escultor, se han puesto a la cabeza de nuestra plegaria por derecho propio.

—¡Pobre Julio! ¡Tantos años amigo, tantas veces bueno!...

Aun está en yeso el busto. Y el artista ha suspendido en este punto sus trabajos para continuarlos más adelante, hacia noviembre, cuando Enrique Romero de Torres y Rafael Romero de Torres y Pellicer, en un próximo viaje a Madrid, hayan visto la obra. Porque han de contribuir también éstos a dar cima al trabajo, apreciando ante don Mariano, con sensibilidad de artistas y de familiares del inolvidable Julio, los rasgos finales del busto antes de pasarlo a la cera y al bronce.

—Este color blanco es muy duro—dice Benlliure—. Hasta desagradable. De ahí que yo piense hacerlo en bronce con preferencia al mármol. Se presta mejor...

No precisa Romero de Torres que alguien le inmortalice. Ahí está su recuerdo perenne; ahí está su vida ejemplar; ahí está su obra... Tres factores que, en él, dan este total: INMORTALIDAD. Pero si Romero de Torres no hubiera sido quien fué, una obra maestra como esta de don Mariano Benlliure nos lo presentaría a través de los siglos, al correr de los años, como algo imperecedero... También Julio, en la plasmática de sus lienzos, ha perpetuado figuras y tipos. Que inmortalizar es función de artistas inmortales.

Dice el escultor:

—Este busto, que es tributo mío a la memoria de Julio Romero, al artista y al amigo, figurará en el Museo que en Córdoba llevará su nombre...

Luego de contemplar la escultura por todos los flancos y a distancias varias, con el recuerdo fijo en el gran cordobés, descendemos hasta el estudio.

En los talleres, una gran parte de la obra de don Mariano nos rodea. Un busto del doctor Marañón, que se fué a Washington, está a nuestra izquierda. A un lado el modelo del *Toro de oro*, de linda estampa y vigoroso nervio... Su autor recuerda esta frase del *Guerra*:

—Mariano, tu ganadería es la más cara y está siempre agotada.

Y salimos al jardín. El sol nos espera. Más fotografías. Cuando nos despedimos, don Mariano, que galantemente, con gran gentileza, nos acogió y nos ha considerado en esta visita—que le ha quitado una hora de trabajo—, se muestra obsequioso. Nos hace pasar al *hall* de su residencia señorial. Sobre una mesa hay una fotografía del general Primo de Rivera, dedicada pintorescamente a don Mariano. Tan pintorescamente, que empieza: "Al ilustre picapedrero..."

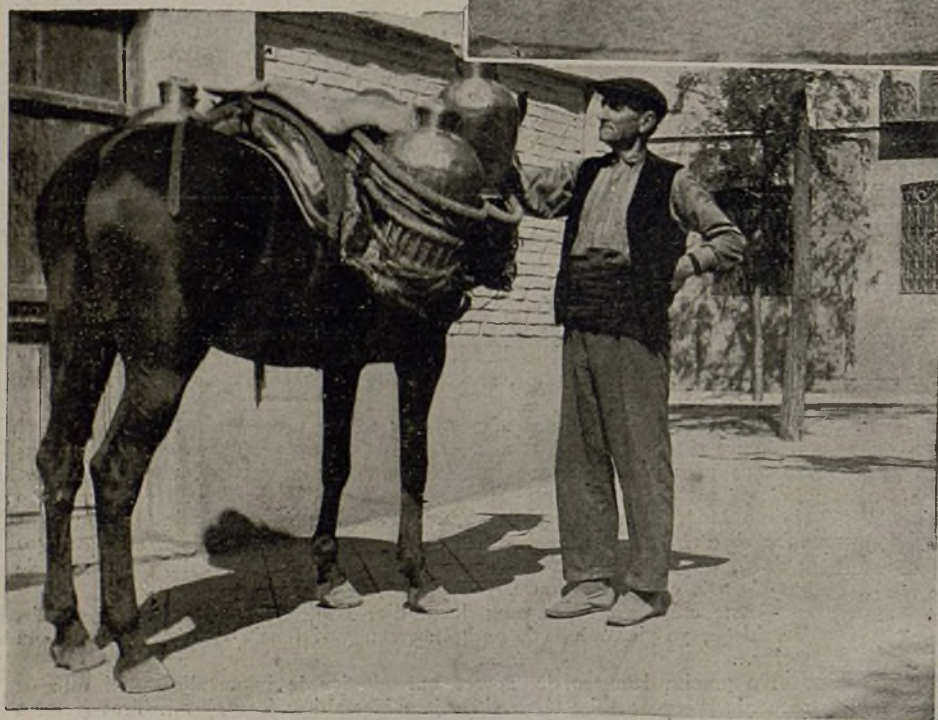
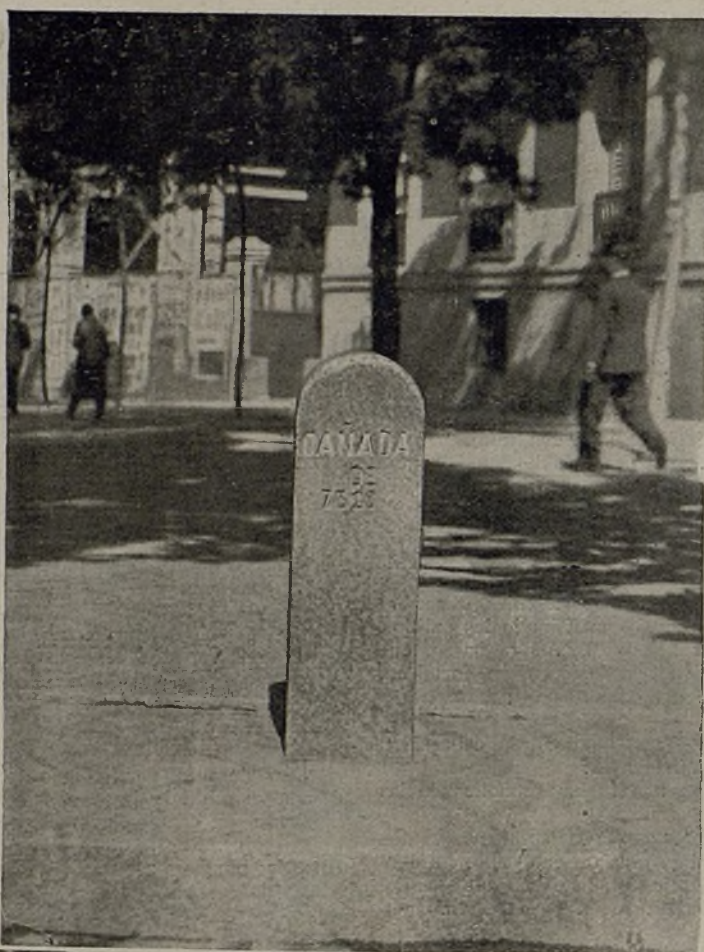
R. DIAZ-ALEJO



El insigne escultor distrae sus ratos de ocio acariciando a sus perros favoritos en un rincón de su versallesco jardín.

ZODÍACO MATRITENSE

EL SIGNO PASTOR DE MADRID



El vaquero serrano, proveedor de la real villa, señor de la cañada.

Un menhir de granito en plena plaza de la Independencia, es el signo pastor...

La calle de Alcalá y la calle de Alfonso XII son cañada real. En pleno corazón de Madrid, en la plaza de la Independencia, un menhir de granito nos recuerda que nadie puede oponerse al paso de los ganados por las vías encharoladas, brillantes del *polissoir* de caucho de las gomas de automóvil.

Todas las madrugadas, durante el otoño y la primavera—las dos estaciones propicias del pastoreo—pasan por estas calles rebaños de merinas, piaras de potros, puntas de ganado bravo.

Pasan, finos como porcelanas, esos toros ibéricos “morenos, ágiles, nobles, medianos de cuerpo, severos de estampa”, toros de friso, toros para decorar vasos sagrados, como los vasos micénicos de Vafio. Y, con ellos, pasan hombres morenos de España maravillosamente plantados a caballo, con un aire viejo y señorial. Para montar a caballo así, hacen falta muchos siglos de aprendizaje. Toros, caballos, galgos, merinas, potros, vaqueros morenos y finos como faraones, despaciosos, so-

CUANDO usted cruza, lector, la calle de Alfonso XII, tan solemne y aristocrática, sobre los cimientos de palacios filipenses, no se da usted cuenta de que huella un viejísimo camino de España.

De España, pueblo de pastores.

Y como España sigue siendo un pueblo pastor y el mayor número de españoles están agrupados en el Honrado Concejo de la Mesta, resulta que nos imponen sus caminos y signan el pecho de la corte con el hondo trazo de sus cañadas.



La calle de Alfonso XII, trazada sobre ruinas de palacios filipenses, es camino propio del Honrado Concejo de la Mesta.



lemnes, estilizados, producto purísimo de civilizaciones milenarias. Esto es la calle de Alfonso XII en las madrugadas, cuando duermen en sus cuadras de azulejo los pobres caballos mercenarios de los ricos y las limusinas charoladas, apagado el motor, frío y yerto.

Este Madrid maravilloso, este Madrid pastor no ha merecido todavía un cronista.

Ramón Gómez de la Serna, desde su torreón de la calle de Velázquez, ha debido de sentir, muchas mañanas, el dindón de los ca-



bestros, las voces de los mayores, el bígaro de los zagales, el rumor del casco breve y de la pezuña caliente sobre los granitos carpetanos de la calzada. Era que pasaba una oleada de España por un camino de siglos. La diástole ibérica en el corazón. En Madrid.

He aquí una cosa viva y palpitante que ocurre entre nosotros todas las mañanas.

Yo le pido a RAMÓN que aplique su estetoscopio ultrasensible sobre ella.

VÍCTOR DE LA SERNA

Por esa calzada, los productos del pastoreo—leche espumosa y aromática—vienen a la corte.



BOURJOIS

PARFUMEUR — PARIS

CRÉATEUR DE "MON PARFUM", "CENDRE DE ROSES", "ROUGE MANDARINE", ETC...

Agencia General para España: PERFUMERIA DE LUJO, S. A. — 255 bis, Calle Napoléon — BARCELONA

ADIOS AL VERANO

YA quedan sobre la playa pocas casetas de baños. Alguna tal vez se hincha con el viento, como un pecho que va a gemir. Desaparecieron, frente al mar, el bullicio y la clara desnudez del deporte. Callaron las cosas y se apagaron todos los símbolos ardientes sobre el vaivén perenne de la mar.

"Ni un barco en toda su extensión; ni un alma en la playa desnuda. Ha llovido. Silba un viento oscuro, son las cinco y media de la tarde y se adivina que alguna cosa muy bella entra en agonía."

Con estas palabras sutiles y penetrantes como una brisa marina, Eugenio d'Ors, el autor de *La Bien Plantada*, describe, en este libro bellissimo, la desnudez de la playa solitaria al iniciarse el otoño. Porque esa "cosa muy bella que entra en agonía" es el verano.



Un grupo de bañistas en la playa "Chambre d'Amour".

Ahora el verano acaba de tomar su último baño de mar. Recatadamente, de puntillas, silencioso y manso, el otoño se ha llegado a la orilla misma del mar y le ha puesto al verano el albornoz.

Terminaron las ágiles alegrías desnudas bajo la caricia del sol y en la libertad de lo infinito. Se apagó el último eco de la última risa, que había quedado temblando en el aire, como un cascabel que resbaló sobre el cristal.

Ya los últimos bañistas se fueron, y reintegrados a su propia so-



Nadía de Rosarine. Miss Rusia 1930. El "canon" de belleza europeo se modifica apartándose del tipo "maniquí" y volviendo a las líneas clásicas.

ledad, la playa y el pueblo sienten su abandono. Las playas de moda, los lugares famosos, aquellos espacios donde todo fué hasta hace unos días jocunda libertad gozosa, meditan bajo la gravitación de su caducidad.



Tres originalísimos modelos de pijamas.

Foto: Marín.



Susana Seaber, la conocida belleza argentina, "en pijama".

Como en el libro de *Xenius*, unas sirvientas han venido acaso a desmontar la postrera caseta de baños, paloma blanca que se quedó en la playa cuando las demás alzaron el vuelo... "Ahora las sirvientas la desmontan, con cierta inhabilidad, pero saliendo del paso." Hay como

una cierta liturgia funeral. Es el responso al verano, que se fué con todo el bullicio de sus cascabeles y con la alegría casta de su desnudez.

"Han callado todos los otros rumores, y la voz de las olas se ha hecho más sorda y suspirante, como el gemir inacabable de un cautivo. El mar gigante dice de su queja, de aquella queja tan vasta y misteriosa que, aun siendo casi humana, nadie ha llegado a entender jamás."

Las playas de moda han quedado desiertas. Adiós al verano. En algún lugar quedó prendido un pañuelo que, palpitador y tembloroso, solo en la desierta y arenosa playa, parece una mano que se agita en despedida. Y allá lejos, en el trafagoso jadeo de la ciudad, su dueña gentil, sentada en un corro, entre el risueño alboroto de las amigas y de los amigos, cruza una pierna sobre otra con la misma casta libertad que si estuviese desnuda. Como en la playa.

En su infinito y perenne oleaje la vida empuja y arrastra las estaciones. Pero algo deja—espuma o despojo—sobre la



Un descanso entre baño y baño.

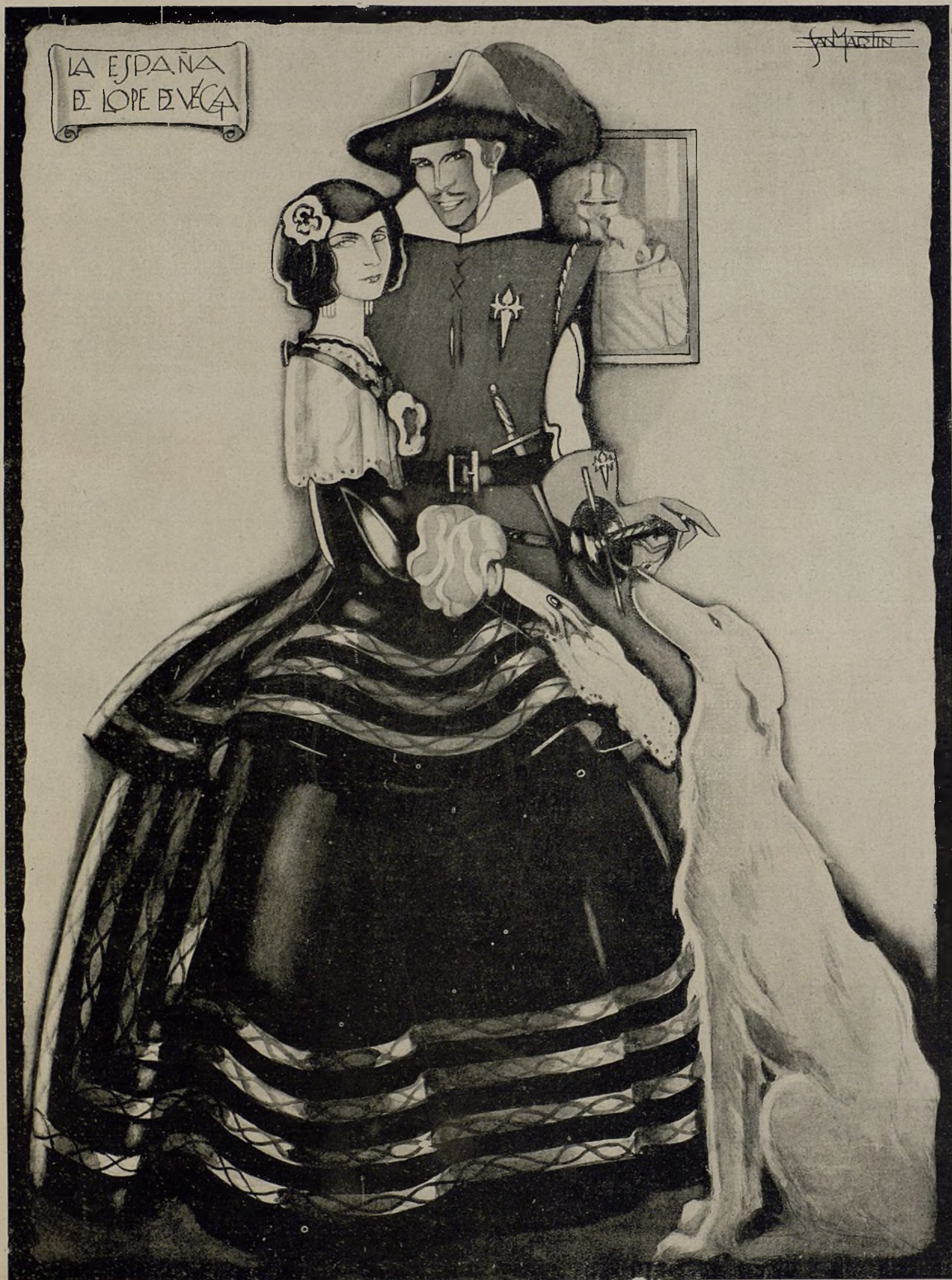


Junto a los toldos de la playa "Chambre d'Amour", que recuerdan con sus pintorescas tonalidades de color las tiendas de campaña de un "ballet" ruso.

arena. Y este verano de 1930 el mar nos ha traído, con graciosa blancura de salud y de vigor, la libertad del deporte, el deporte de la libertad, la desnudez de la gracia y la gracia de la desnudez.

Biarritz, por ejemplo, ha sido —y las crónicas lo han comentado— como un compendio de las nuevas maneras.

He aquí, en haz selecto, algunas muestras. Véase en ellas cómo ninguna mojigatería arcaica puede prevalecer contra la limpia y honda solidaridad humana.



"La España de Lope de Vega." Interpretación de San Martín.

Unión de Olivicultores

**Primer grupo de la Cooperativa Nacional
de Productores de Aceite puro de Oliva**

El grave problema que ha atravesado la riqueza olivarera española, tenía forzosamente que despertar a los productores del aceite de oliva de la indiferencia con que veían mediatizado este importante factor de la riqueza nacional. Se argumentaba por los intermediarios de este negocio que el problema era de imposible solución, por tratarse de una superproducción imposible de colocar en el mercado mundial—nada más lejos de la realidad—.

Entregada la exportación española en manos de un corto número de casas exportadoras que, como es lógico, sólo atendían a su personal interés, estaban limitadas a seguir la ruta abierta por los comerciantes italianos sin preocuparse de crear nuevos mercados a nuestros aceites, desconocidos casi totalmente en toda Europa, y consumidos únicamente por un número reducido de clientes en América. La provincia de Jaén, la primera productora de aceite de oliva del mundo, tenía que ser por instinto de conservación la primera que levantara bandera en defensa de los olivos españoles, creando la Unión de Olivicultores, Primer grupo de la Cooperativa Nacional de Productores de Aceite puro de Oliva, para lanzarse decididamente a la conquista de nuevos mercados y ampliar los existentes, dando a conocer en todo el mundo el exquisito producto de nuestros olivares y reconquistando para nuestros aceites puros de oliva el gusto de los consumidores, adulterado actualmente con las mezclas de aceites exóticos que habían llegado a poner nuestros ricos caldos confundidos con los aceites de semillas y orujo refinados, desprovistos casi totalmente de sus propiedades alimenticias y medicinales. La creación de la marca ORO ESPAÑOL viene a llenar la necesidad sentida por los consumidores de una marca de aceite puro de oliva, que reuniendo todas las garantías de pureza y exquisita calidad sea accesible a las posibilidades económicas de los compradores, que serán los primeros beneficiados en la supresión de los intermediarios, que le encarecían.

Exija a los vendedores aceite puro de oliva

“ O R O E S P A Ñ O L ”

HOLANDA PINTORESCA

En tierra de molinos

País de molinos, de vacas, de diques extraordinarios y de niñas adorablemente pintorescas bajo sus grandes cofias blancas, largas sayas y ruidosos zuecos. Venecia del Norte, con sus viejos puertos, sus casucas centenarias y sus complicados canales. País ultra-moderno en lugares como La Haya y el puerto de Amsterdam. Nación de rudos marinos y familias patriarcales. Paraíso de los ciclistas, que por millares y millares corren por carreteras que no conocen los baches, construídas con ladrillos puestos de canto, en el sentido de la altura, tan estrechamente unidos, que no dejan solución alguna de continuidad y que permiten todas las fantasías acrobáticas. En Holanda, la

Venecia del Norte, con sus viejos puertos, sus casucas centenarias y complicados canales.

El centenario y pintoresco molino, siempre admirado por alguna vaca sentimentalmente amante del paisaje.



Cielo límpido, aguas serenas, calma de las almas y del ambiente.



bicicleta es algo así como el bastón o el sombrero. La criada va a la compra en bicicleta, el médico recorre la clientela en el hipogrifo de acero, el vendedor de periódicos la utiliza con provecho, el pescador la carga con sus redes, y el sacerdote que va a decir la misa cruza digno y rígido en su larga levita, tocado con un ancho sombrero de alas planas que haría volver la cabeza a la gente de cualquier otro sitio.

El molino holandés, recortado en un fondo tranquilo y casi siempre contemplado amorosamente por una de esas miles de vacas holandesas, enormes y con idéntico pelaje de manchas blancas y negras, es algo tan característico, que se diría haber brotado allí antes que el país mismo. ¿Es el molino quien se complace en la compañía del holandés, o, por el contrario, es el holandés quien ama el molino? Ciertamente, este último, el molino, se recrea más hondamente en la contemplación de las amplias perspectivas de los campos poblados por gentes pintorescamente ataviadas. El holandés es menos sentimental que el molino, y si lo utiliza con tanta preferencia, es porque encontrará en él un motor cual ninguno económico. Como en todas las tierras llanas, el viento sopla con regularidad y



A la bicicleta, que es el vehículo normal y natural en Holanda, han venido a unirse, con el imperativo refulgente y deslizante de los hielos, el trineo y el patín. La tierra baja, inundada por el agua, en amorosa fusión que se hace sólida en la tersa dureza, es propicia al deporte y utilizable para todos los fines. He aquí a un padre que, antes de iniciar sus tareas, acompaña a su hijo a la escuela en trineo.

de forma continua en Holanda, y las grandes aspas no tienen sino el trabajo de desperezarse y tornar para ganar el sustento de sus dueños.

Si no fuere por los restos de un prestigioso pasado, que rezuma la grandeza y melancolía castellana, Holanda presentaría una uniformidad monótona en sus construcciones recientes. En sus pueblos más modernos, alinéanse las casas de Nacimiento, todas iguales, con sus ventanas y batientes pintados de verde y sus diminutos jardinillos de anémonas.

Los holandeses, que, como los antiguos araucanos enaltecidos por Ercilla, son

*"... robustos, desbarbados,
bien formados de cuerpo y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos",*

se complacen en dormir en lechos de niño, en emplear servilletas diminutas como pañuelos de damisela y en cultivar tulipanes.

Mas esta raza patriarcal se nos apa-

rece, a través del tiempo, tenaz y heroica en su amor a la libertad. Mezcla de bondad y de indomable energía, hasta el mismo suelo que la sustenta es, en su mayor parte, conquista ciclópea que arrancó al más bravío de sus costas, rendido a tanta perseverancia.

Cuando tras un pintoresco viaje por este país nórdico nos alejamos hacia otros lugares con el corazón henchido de agradables recuerdos, saludados por diminutas damiselas calzadas de enormes zuecos, y que nos despiden con graciosas reverencias, experimentase la sensación de abandonar unas tierras geográficamente muy cercanas a nuestra patria, pero nebulosas y excesivamente alejadas de nuestro espíritu.

A. M. P.



Y he aquí, frente a la silueta esbelta de un molino, a unos holandeses de estampa patinar con diestra y ágil alegría, mientras en el fondo, entre la gasa tenue de una neblina sutil, el sol apaga su fuego. Hasta la hora vespéral, insinuante y amorosa, patinan los holandeses.

Avezados ya al deporte del hielo, lo convierten en pura delicia, que es la manera de elevarlo a categoría de arte. La última moda holandesa, en punto al ejercicio del baile, es la de valsear sobre el hielo, con experta acrobacia de patines, mientras un músico arranea a la pequeña armonía la polifonía de sus sonos. Todo ello en la paz de un paisaje manso y quieto.

Fotos "Supplied Central News".





DOÑA JUANA

I

DOÑA JUANA, MATILDE Y LUIS

LUIS.—(Saludando.) Buenas tardes, señora.
 DOÑA JUANA.—¡Hola, Luis!
 L.—¿Qué tal, Matildita?
 MATILDE.—(Desabrida.) Perfectamente.
 L.—¿Hace mucho que llegaron?
 D. J.—Un ratito.
 L.—(A Matilde.) ¿Qué te pasa? Tienes cara de pocos amigos.
 M.—Nada.
 L.—¿Vamos a bailar?
 M.—No.
 L.—¿Que no bailas?
 M.—Ya has oído que no.
 L.—Entonces, ¿se puede saber a qué has venido?
 M.—A verte bailar a ti.
 L.—Tanto honor me confunde, chica.
 M.—No te mereces tú menos, hijo.
 L.—¡Reconocidísimo!
 M.—Es hacerte justicia.
 L.—Pues iré a bailar para darte gusto. Has-
 ta luego, pichona.
 M.—Adiós, pichón.

II

FLORITA Y LUIS

LUIS.—(Acercándose.) Florita, ¿hace este shimmy?
 FLORITA.—¿Pero no lo baila usted con Matilde?
 L.—No, no ha querido.

F.—¿Y eso? ¿Están ustedes de monos?
 L.—¡Pchs! El tiempo. Con tanta tormenta tiene los nervios de punta. Matilde es tan sensible a la presión atmosférica, que parece un barómetro. Pero ¿vamos?

F.—Vamos, aunque, la verdad, eso de ser plato de segunda mesa...

L.—Para mí usted lo es siempre de primera, Florita. Plato finísimo el suyo, para paladares exquisitos. ¡Manjar de dioses!

F.—¿Qué galante está la tarde! A ver si lo oye Matilde.

(Salen bailando.)

III

MATILDE Y NARCISO

MATILDE.—Oye, haz el favor, Narciso.
 NARCISO.—(Aproximándose.) ¿Qué quieres?
 M.—¿Adónde vas tan aprisa?
 N.—Aprisa no. Iba en busca de un asiento.
 M.—¿No bailas?
 N.—Como todas las muchachas bonitas estás acotadas...
 M.—Pues yo estoy sentada.
 N.—¿Pero no bailas con Luis?
 M.—Ya ves que no.
 N.—Entonces, ¿quieres bailar conmigo?
 M.—Andando.
 (Se lanzan al baile.)

IV

DOÑA JUANA, MATILDE, FLORITA Y LUIS

LUIS.—(Sentándose junto a Matilde.) ¿No decías que no querías bailar, Matildita?
 MATILDE.—Cambié de opinión, Luis.
 L.—Al fin veleta, como mujer.
 M.—Y tú pirámide, como hombre.
 L.—¿Pirámide?
 M.—Pirámide, sí. Símbolo de la estabilidad, de la duración, de la constancia. Por eso todas tus cosas resultan piramidales.
 L.—¡Fres ciclópea, chica!
 M.—El ciclópeo lo eres tú. Yo soy una ligerísima veleta. (Florita se acerca y permanece un momento de pie entre los jóvenes.)
 FLORITA.—¿Subió ya el barómetro? ¿Siguen anunciando tempestad?
 M.—¿Qué barómetro?
 F.—Luis que me decía que con este tiempo tormentoso tenías los nervios de punta, porque como un barómetro eras de sensible a los cambios atmosféricos.
 M.—¡Veleta! ¡Barómetro! Pues nada, soy casi un observatorio meteorológico.
 F.—¿Te ha llamado veleta? No le hagas caso. Desde el romanticismo hasta nuestros días todas las mujeres somos veletas. Es un tópico de los más gastados y de los más desacreditados.

M.—¿Yo hacerle caso? ¿Por quién me has tomado?

F.—Bueno, chica, me marchó. Veo que estorbo una reconciliación y las reconciliaciones dicen que son cosa sabrosa.

M.—Tú no estorbas nunca, rica.

F.—Gracias, preciosa.

L.—No se vaya tan pronto, Florita. Si se marcha volverán los truenos.

M.—¿Truenos? No. Buen tiempo, calma en-cha. Eso acusa mi barómetro. Los elementos no se alborotan porque lo prediga cualquier astronomillo de guardarropía.

F.—Nada, nada, decididamente me marchó. ¡Haya paz entre los príncipes cristianos!

M.—Pues adiós, Florita.

L.—Hasta la vista.

(Se va Florita.)

M.—¿Por qué no la has acompañado?

L.—Porque me gusta más estar a tu lado.

M.—¿De verdad? ¡Me lo voy a creer! Pues si ibais tan amarteladitos mientras bailabais... ¡Temperatura de fusión!

L.—¡Baja un poco! Tu termómetro no debe marcar bien.

M.—Algún aparato había de tener poco preciso en mi observatorio.

L.—¡Preciso y preciosa, tú!

M.—¿Qué ocurrente!

L.—¡Vamos, no seas niña! ¡Cuando me tienes que hasta dormido hago números por ti!

M.—Eso cuéntaselo a Florita. Quizá lo crea. Casi estoy por asegurar que está deseando creerlo.

L.—Pero ¿a mí qué me importa Florita?

M.—Tú lo sabrás.

L.—Pues porque lo sé te lo digo. Para mí, Florita y un guardia de la porra ya son dos.



MATILDE

METEOROLÓGICO



M.—Baja la porra, hijo.

L.—¿Para qué?

M.—Para que siga la circulación, para que pase esa bola... ¿Que no te gusta Florita? ¡Eres de una "frescura" que asombra!

L.—¿Frescura? Cuando digo que tienes estropeado el termómetro. Pero, vamos a ver, ¿no me dijiste que no querías bailar? ¿No me indicaste que deseabas ver cómo bailaba?

M.—Sí; quería admirar tus primores coreográficos.

L.—¿Entonces?

M.—Y porque yo no quiera bailar, ¿has de bailar tú con Florita? No veo la precisión.

L.—No querías bailar conmigo, pero con Narciso bien que has bailado.

M.—Porque tú estabas bailando con Florita.

L.—Pero si me despediste con cajas destempladas.

M.—No te despedí, no es cierto. Te dije, sencillamente, que no quería bailar, para que bailases con Florita.

L.—¿Tú sabías que, de no bailar contigo, tenía que bailar con Florita?

M.—¡Claro que lo sabía! Mira como ha sucedido.

L.—Pues eres de una clarividencia pasmosa. ¡Al fin astróloga! Yo mismo no lo sabía. Cuando me marché de tu lado iba furioso.

M.—(Interrumpiendo.) Tila.

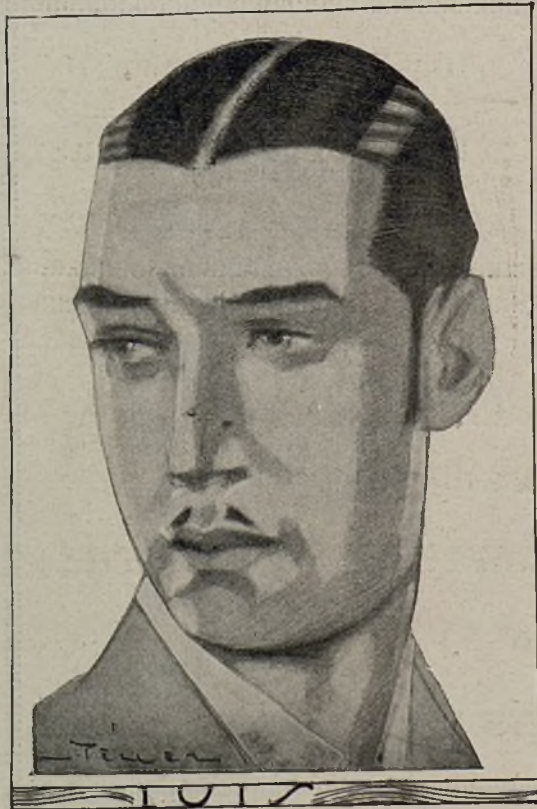
L.—Reparé en Florita porque estaba sentada.

M.—Había muchas sentadas.

L.—Pero la primera en que me fijé fue en ella.

M.—Natural.

L.—En alguna me tenía que fijar.



M.—Naturalísimo.

L.—Continúas con ganas de bronca. ¿No decías que tu barómetro señalaba buen tiempo? Pues sigue metido en agua.

M.—Abre el paraguas.

L.—Ni con paraguas y "trinchera". Con este chaparrón no hay quien no se moje.

M.—Te vas al lado de Florita y en seguida te secas... ¡Irradiáis tanto calor que se evaporará a escape el agua de la mojadura!

L.—Se iba a llenar esto de vapor de agua. ¿Tienes hidrómetro en tu observatorio?

M.—Tengo otra cosa que vale más.

L.—¿Otras muchas!

M.—¡Tengo dignidad!

L.—Indudable. Pero lo que no tienes es amor, a lo menos para mí.

M.—¿Para ti? ¿Lo tienes tú?

L.—¡Y me lo preguntas!

M.—Sí, para Florita.

L.—(Con impaciencia.) ¡Deja ya a Florita en paz! Mi amor es tuyo, sólo tuyo, todo tuyo...

M.—(Interrumpiendo.) ¡Sí, mío! ¡Mío y has llegado diecisiete minutos después de la hora en que te dije que llegaría al baile!

L.—(Consternado.) Diecisiete minutos! ¡No es posible! Me retrasé un poco, pero tanto como diecisiete minutos...

M.—Diecisiete justos y cabales. Tengo un cronómetro de precisión, exactísimo, en mi observatorio. Es lo mejor del "establecimiento".

L.—Permiteme que lo dude.

M.—En esto no admito contradicción.

L.—¡Ni en nada! Pero aunque fuese así, ¿y cuando tú me das un plantón de dos horas? No ha sido la primera vez.

M.—No es lo mismo.

L.—Claro que no lo es, mas se parece como una gota a otra gota de agua.

M.—¿Me quieres y has llegado con diecisiete minutos, ni uno menos, de retraso?

L.—Matildita, por los clavos de Cristo, sé razonable. Me encontré a Tomasito en la calle cuando venía para acá, y me paró. Ya sabes que es un pelma. Acabé por tener que dejarlo con la palabra en la boca.

M.—¿No sería una Tomasita?

L.—(Malhumorado.) Eres imposible, hermosa. Comprende que con tantos y tan infundados celos eres capaz de agotar la paciencia al mismísimo Job.

M.—Si no me dieras motivos.

L.—¿Dónde están los motivos?

M.—¡Ay, qué inocente! Llegas tarde: diecisiete minutos; bailas con Florita... ¿Te parecen pocos?

L.—Yo creía que lo del baile con Florita estaba ya explicado...

M.—Explicado a tu manera.

L.—A la única: a la de la verdad. Hubieras tú bailado conmigo y yo no hubiera bailado con Florita.

M.—Exacto. No eres ubicuo. Pero con tus ganas te hubieses quedado.



L.—Contigo no hay modo de razonar. Me voy.

M.—Porque eres un ingrato. (A punto de llorar.) Di luego que me quieres.

L.—¡No te pongas así, tontuela! Si te quiero más que a mi vida. No llores, alma mía.

M.—¡Sí lloro, sí!

L.—Pero ¿por qué lloras?

M.—¡Porque quiero llorar y he de llorar! Pero no te vayas a creer que lloro por ti; ¡nada de eso!

L.—Matildita, por Dios te lo pido, no llores, que te van a ver y vamos a hacer gentes.

M.—¡Déjalo que me vean! ¡Ya te he dicho que quiero llorar!

L.—(Rabioso.) ¡Bueno, pues llora, hija! Mañana el pluviómetro de tu observatorio marcará doce centímetros de altura de lágrimas.

Doña JUANA.—(Interviniendo.) Hazme el favor de enjugarte esas lágrimas. Vas a dar un espectáculo. Además, eres una necia; no hay hombre que merezca ese llanto... y menos cierto badulaque que yo me sé.

M.—Mamá, por favor, que no es Luis el causante de mis lágrimas.

D. J.—¿No?

M.—Es que me he impresionado con el argumento de una película que me estaba refiriendo.

D. J.—¡Qué corazón de oro tiene esta hija mía!

L.—(Por lo bajo.) Gracias, Matildita, amor mío. Alguna cosa buena había de tener tu observatorio.

M.—¿Cuál?

L.—¡El pararrayos!

Dibujos de Aristo Téllez.

NORMANDY HOTEL
ENTRE OPERA Y LOUVRE

RUE DE LA PAIX AVENUE DE L'OPERA

EL HOTEL PALA-
CE CON PRE-
CIOS MODICOS.
RESTAURANT-
BAR DE PRIME-
RA CLASE-200
HABITACIONES
CON TELEFONO
200 CUARTOS
DE BAÑO

DIRECCION
TELEGRA-
FICA: NOR-
MANDY, 111
-TELEFO-
NO: OPE-
RA
04-80-85

PARIS
7 Rue de l'Échelle
(AVENUE DE L'OPERA)

RUE DE L'ECHELLE L'OPERA

RUE DE RIVOLI LOUVRE



MAQUINAS
DE
ESCRIBIR

**CONTINENTAL
PORTATIL Y DE OFICINA**

Compárese el trabajo de la MAQUINA CONTINENTAL con cualquier otra marca y se convencerá que es la mejor y más completa de las máquinas de escribir. Pídala a prueba a los agentes exclusivos

FERNANDEZ, LANGA Y C.^a, S. L.

Pi y Margall, 18.-MADRID

Muebles prácticos para oficinas

PIDAN PRESUPUESTOS PARA
INSTALACIONES COMPLETAS

ACCESORIOS PARA TODA
CLASE DE MAQUINAS



CAMISERIA

NOVEDADES



Rivero

10, CARRETAS, 10

MADRID

TELEFONO NUM. 16399



VINOS TINTOS

DE LOS HEREDEROS
DEL

MARQUES DE RISCAL

ELCIEGO (Alava) ESPAÑA

PEDIDOS: Al administrador, D. Jorge Dubos,
por Cenicero, Elciego (Alava)



C. L. A. S. S. A.

Líneas aéreas diarias a

Sevilla, Barcelona y Biarritz

Semanales a

París y Canarias

GRAMOLA UNIVERSAL CON LA MUSICA A OTRA PARTE...

P A N O R A M A Y R E S E Ñ A

MARÍA Muñoz de Quevedo cumple en Cuba una labor musical y musicógrafa de la más alta importancia y de toda excelencia.

Directora de la revista *Musicalia*, una de las mejores que se publican en español en la materia, dirige también con singular competencia el Conservatorio Bach de La Habana.

En aquella misma ciudad ha dado la cultísima musicóloga, en la Institución Hispanocubana de Cultura, una conferencia verdaderamente notable, en la que, bajo el título "Música de hoy y arte de siempre", trazó el panorama vasto y sutil de la música contemporánea en Francia, Italia, Rusia y España.

Matizada con la agudeza de finas observaciones personales y el acento de atinados juicios, la cultura de que dió muestras la conferenciante mereció los aplausos del público y el elogio de la crítica.

A propósito de esta disertación brillantísima, la excelente publicación cubana 1930—*Revista de Avance*—, ha dicho lo siguiente:

"Alemania fué omitida, sin duda *ex profeso*. Son tantas y tan diversas las tendencias que se conjugan hoy en la tierra de Schoenberg e Hindemith, que resulta arduo—si no imposible—reducirlas a esa unidad de localización que exige la visión panorámica. Pudiera decirse que la música europea de hoy se divide en dos grandes porciones: la música alemana de un lado y de otro lado toda la música restante. Francia e Italia, Rusia y España aportan contribuciones específicas, perfectamente diferenciables entre sí; pero homogéneas en más de un aspecto o, por lo menos, susceptibles de ser enfocadas bajo un mismo ángulo. Alemania, paciente y ensimismada, ajena al concierto europeo y hasta un poco desdeñosa de él, ensaya otras fórmulas y otros caminos como si gestara una nueva "música del porvenir", con ese fervor mesiánico que necesariamente tuvo que dejar en el genio musical germano la obra de Wágner.

No puede exigirse a un panorama ni fijación pormenorizada ni cala hasta el hueso. Ha de satisfacernos como tal si los perfiles son netos, precisos los puntos de referencia y claramente distinguibles los accidentes del paisaje abarcado. En estos sentidos la señora Muñoz de Quevedo ha hecho un fino trabajo. Ni fatigosas excursiones a la biografía, ni enumeraciones prolijas, ni clasificaciones dogmáticas, ni intentos de caracte-

rización por el "poco más o menos" tan socorrido de nuestros críticos."

Respecto a la música española y a las aseveraciones de la disertante al juzgarla, la mencionada revista disiente en algún punto. No recoge-

mos con extensión los comentarios opuestos, porque, en realidad, disintimos de unos y otros. Si, en efecto, no podemos compartir del todo la asimilación—en calidad, se entiende, no en méritos—de Turina a Granados, que parece haber hecho la señora Muñoz de Quevedo, tampoco podemos estar conformes con la afirmación de que "Granados es el músico frustrado", en el que "hubo siempre una intención trascendente, fracasada por la falta de recursos expresivos", que formula la revista 1930.

Son temas estos que ahora nos llevarían lejos. Y no hemos querido con estas líneas más que rendir un tributo a la ilustre conferenciante.

Hace unas semanas, y ya sexagenario, ha muerto, un poco apartado del vaivén mundano y olvidado de las gentes, el gran violinista húngaro Leopoldo Auer.

Reintegrado a Europa, después de una larga residencia en Norteamérica, donde ejerció con profusa e inteligente generosidad su magisterio musical, Auer ha muerto alejado de su arte.

Además de ser un ejecutante y concertista eminente, Auer fué sobre todo un excelente maestro. Entre la legión innumera de sus discípulos son muchos los que han alcanzado las cumbres de la celebridad. Bastará aportar algunos nombres: Efrem Zimbalist, Zsacha Heifetz, Kubelik, etcétera.

Todo ello proclama la excelencia de las facultades artísticas y docentes de Leopoldo Auer (que en paz descanse).

Después de recorrer el mundo en plena carrera triunfal, la bailarina



"Siria" la bailarina.



María Muñoz de Quevedo.



Leopoldo Auer, el
insigne violinista
recientemente fa-
llecido.

Siria vuelve a su país nativo, al ardiente y maravilloso Méjico, "tan antiguo y tan moderno".

Siria es una gran bailarina que tiene una indiscutible personalidad propia. Cruce de temperamentos, coincidencia de opuestas civilizaciones ancestrales, su arte es la clasificación de étnicas aspiraciones cuajadas en la gracia y el ritmo de la danza.

Mejicana de profunda autenticidad racial, se siente orgullosa de serlo. "Yo nací en Méjico—ha dicho recientemente—, de abuelos mejicanos. Ni en París, ni en Rusia, ni en Asia he negado mi origen ni mi sangre. Cada día me siento más mejicana."

Y comentando estas declaraciones, un cronista de *Nuestra Ciudad*, la popular revista mejicana, ha escrito: "Hubiera sido la mujer de cien canciones si en la época revolucionaria viviera en Méjico."

Vuelve Siria a su patria ceñida la frente con los laureles de la victoria. Su arte ha merecido la aprobación universal. Ha sido considerada en todas partes como una gran artista, llena de brío y originalidad. Se la ha considerado y elogiado como una bailarina extraordinaria.

"Extraordinaria—dice un cronista de *Le Figaro*—, porque siendo tan admirables sus bailes, ella es, al mismo tiempo, admirable. Extraordinaria, porque no baila, como tantas otras, los pasos aprendidos al compás de la música, sino porque ella pone un ritmo a su danza, un ritmo en el que los ojos, el cuerpo, los pies y las manos corroboran la cadencia central, el tema de la música. Como *Pastora Imperio* y como la *Argentina*, Siria ejecuta los bailes y los hace suyos, personalísimos. Y es que—como os decía—esta mujer es de una raza de seres apasionados, de mujeres rientes y hombres soñadores, en la que el Viejo y el Nuevo Mundo se unieron, aportando el primero sus savias milenarias, y el segundo sus jóvenes brotes. Una raza de guerreros y de amorosas y mansas mujeres dió este producto espléndido, esta mujer

que es única en las tablas de Europa." Con añadir que este tono casi diti-rámbico es casi normal en la crítica al hablar de Siria, queda hecho su mejor elogio.

Número de varietés. Casi una chuscada circense, que en la vida bien puede llegar a ser, con hondo y grave patetismo, una pirueta trágica. Algo así como el triple salto mortal.

Lo ha intentado con aguerrido brío, impropio de sus años, el famoso empresario teatral Juli Gatti-Casazza, *manager* general del Metropolitan Opera Company, de Nueva York. No tiene más que noventa años y acaba de cometer una calaverada de cadete. Con su longevidad a cuestas y, sin duda, estimulado por el ánimo gozoso que se expande al dominar las cuestas, nevada la cabeza, aureolado el rostro con la blancura de las barbas niveas y solemnes, el venerable Gatti-Casazza se ha casado. Así, sencillamente: se ha casado.

Más grave: se ha casado con una bailarina del cuerpo de baile del mencionado teatro.

Más grave aún: la bailarina, Rosina Galli, es joven y guapa.

Más grave aún: actúa con extraordinario éxito y es popularísima.

Al desear a los recién casados una provechosa y beatífica luna de miel, no podemos dejar de subrayar, con cierta admiración no exenta de envidia, los briosos arrestos del nonagenario valiente, que de tal modo ha sabido destacar con su gesto, en la frialdad yanqui, la fogosidad italiana de su meridionalismo.

CASSANDRINO



En Londres triunfan, en un "cabaret" de los más concurridos y lujosos, las famosas bailarinas americanas Tiffany Twins, cuya excentricidad original y pintoresca afirma con gracia una positiva nota de buen gusto, que es quizá la mayor causa de su éxito. La juventud ágil de estas dos danzarinas tiene una acentuación erótica y risueña, que actualmente ha prendido en la simpatía del público londinense.

Rosina Galli, la bella bailarina que en Nueva York, y en plena juventud, ha contraído matrimonio con un nonagenario.



RICARDO VERDUGO LANDI

EL GRAN MARINISTA

El excelente pintor, recientemente fallecido, en su taller terminando una de sus famosas "marinas", género en el que logró merecida fama.



Una de las obras más celebradas y características de Ricardo Verdugo, que supo interpretar el himno del mar; ese "himno gigante y extraño" que cantó el poeta y que él hizo realidad y luz en sus lienzos.



La presidencia en el entierro de Ricardo Verdugo Landi, que fué una sentidísima y enorme manifestación de duelo.



CERRADO ya este número de COSMÓPOLIS, llega a nosotros la triste noticia de la muerte del gran artista Ricardo Verdugo Landi. Aunque esperábamos el fatal desenlace de la terrible enfermedad que aquejaba a nuestro querido amigo, no hemos podido sustraernos a la emoción que en nosotros ha causado.

Amigo nuestro desde hace bastantes años, lo conocíamos lo suficiente para darnos cuenta de las excelentes dotes que atesoraba el artista genial que, siempre dispuesto al favor y a la amistad, era uno de aquellos espíritus propensos al bien que nos reconcilian con la Humanidad.

Buen amigo, buen compañero y excelente camarada, no había quien recurriese a él que no le hallase propicio al generoso consejo, a la ayuda decidida y al auxilio solicitado de él, que siempre optimista, bondadoso y ocurrente, era, como ya hemos dicho, un buen compañero, que muere con la conciencia tranquila por no haber hecho mal a nadie.

Descanse en paz el querido amigo, el glorioso pintor y el artista admirado, tan unido a todos los que vivimos en el periodismo y nos sentimos ligados a Ricardo Verdugo por vínculos fraternales.

La Redacción de COSMÓPOLIS se asocia al dolor que embarga a su familia en estos momentos, y muy especialmente al de su hermano don Francisco Verdugo Landi, director de *La Esfera* y de *Nuevo Mundo*.

SANTA MARIA DE LA RABIDA

FIESTA
Y FASTO

HE aquí cumplido, por obra y gracia del arte de Daniel Vázquez Díaz, un perenne prodigio conmemorativo. He aquí que la Raza tiene ya plasmado, en los frescos del monasterio de Santa María de la Rábida, el poema de su inmortalidad, la epopeya de su gloria.

El gran pintor, en su decoración mural del monasterio famoso, donde, en cierto modo, se incubó una nueva creación, ha



Daniel Vázquez Díaz pintando "El poema del descubrimiento".

DE
LA RAZA

sabido no sólo realizar una bella obra de arte, de grandes alientos, de vastas proporciones, sino interpretar admirablemente, con singular y certero poderío, el alma de la raza.

Hogaño es apoteósica la Fiesta porque allá, en la Rábida, el sueño de Colón ha vuelto a tomar carne real de eternidad.

Las pinturas al fresco de Vázquez Díaz, realizadas con un fervor que arranca de la



"La nave". Fragmento final del "panneau", lado oeste de la sala.



"Panneau" de "Los heroicos hijos de Palos de Moguer".



Lado izquierdo del "panneau" titulado "Las naves", en el que el genial artista ha representado el momento del embarco.



hora nativa y al que su pueblo — Nerva — ha sabido rendir el gran homenaje merecido, son el desarrollo vigoroso y sutil a un tiempo, brioso y delicado, de cinco grandes temas que, juntos, constituyen la totalidad del poema inicial del descubrimiento de América:

- 1.º El pórtico de las dos Edades. El Navegante y el Monje.
- 2.º El pensamiento de Colón.
- 3.º Las conferencias.
- 4.º Los heroicos hijos de Palos de Moguer.
- 5.º Las naves.

Vázquez Díaz ha sabido—y las fotografías adjuntas dan de ello aproximada idea—realizar un vasto empeño de arte que en la intención y el modo le ha dado ocasión de demostrar con excelencia magistral sus altas dotes pictóricas.

Desde ahora, la Fiesta de la Raza tiene, en España y para todos los pueblos hispánicos, un monumento, un altar, un templo

donde cumplir sus ritos. El arte de Daniel Vázquez Díaz, llegado a la dorada sazón de su plenitud, lo ha alzado en el monasterio de Santa María de la Rábida, en el mismo lugar en el que los sueños de Colón fecundaron un mundo.

La labor cumplida por el gran artista, digna de él, es, tanto por la belleza del vasto intento impulsivo como por el rotundo acierto de su técnica, una obra que para siempre proclamará el mérito y la genialidad de Vázquez Díaz. Y, al mismo tiempo, una perpetuación del genio de la Raza, conmemoración perdurable y constante entre la miscelánea variable de las fortuitas conmemoraciones.

Por esto cabe señalar con jubiloso orgullo patriótico, tanto como con justísimo elogio estético, la obra de este pintor que ha dado al concepto, hasta hoy un poco huero y retórico, de la Fiesta de la Raza, un contenido de arte sin apartarla de su racial significación auténtica.



"Las conferencias". Así titula Vázquez Díaz este fragmento de sus pinturas murales, en el que quizá se acentúan más las cualidades de sobriedad en la composición y energía en el dibujo.



LOS TEATROS



Aurora Redondo, la admirable actriz a la que puede calificarse como una de las más bellas artistas contemporáneas.

EXITO, franco éxito el de *Papá Gutiérrez*, comedia estrenada en el teatro Alkazar, da nueva actualidad a la figura del periodista y autor dramático señor Serrano Anguita, que en la temporada anterior obtuvo un triunfo resonante con su otra obra titulada *Manos de plata*.

El señor Serrano Anguita demuestra en sus últimas obras que es un escritor que se ha encontrado a sí mismo después de varias tentativas literarias y teatrales.

Ya cuando estrenó una de sus primeras comedias en el teatro Infanta Isabel demostró las excepcionales cualidades que tenía para el difícil arte dramático, arte que, pese a sus detractores, es un género superior no ya por el rendimiento que da a los que lo cultivan, sino por las condiciones que el teatro requiere en quienes se dedican a él.

Si grande ha sido el éxito del señor Serrano Anguita como autor de *Papá Gutiérrez*, grande y muy legítimo ha sido el de Bonafé, protagonista de la mencionada obra y autor notabilísimo y genial que ha hallado una obra en la que lucir sus excepcionales aptitudes de gran comediante.

Los distintos matices que tiene el personaje fundamental de *Papá Gutiérrez* dan lugar a que Juan Bonafé ponga de manifiesto sus dotes privilegiadas de gran actor, que lo mismo da la nota cómica que la patética.



Grupo artístico de uno de los "ballets" de Loie Fuller.

Este es el mérito principal de Bonafé, que siendo el más significado cultivador del género que se ha dado en llamar astracanesco, es al mismo tiempo actor que se distingue por sus admirables e indiscutibles éxitos en el teatro que podríamos llamar serio.

Así lo ha demostrado en diversas obras, y así lo han reconocido la crítica y el público, entre los que Bonafé es una de las figuras indiscutibles y excepcionales de nuestra escena.

Por lo mismo que no es frecuente en estas crónicas teatrales hablar de actores, tienen más valor nuestros elogios a Bonafé, cultivador glorioso de nuestro teatro y actor que desde hace varios años mantiene su bien lograda reputación.

Su triunfo en *Papá Gutiérrez* ha sido personalísimo y excepcional. Así lo reconocemos de acuerdo esta vez en la mayor parte de la crítica y de acuerdo con el público.

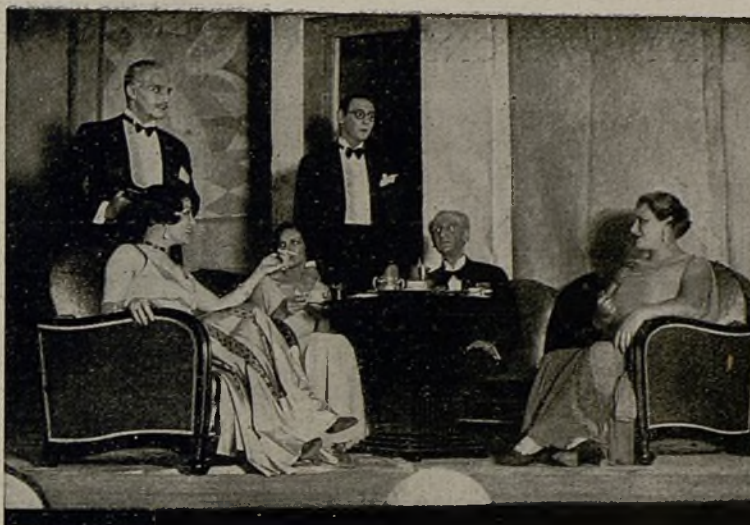
Y ya que hablamos de éxitos no debemos dejar sin mención el obtenido en el teatro de la Comedia por los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández con su obra *La Perulera*, que estrenada en Barcelona al mismo tiempo y en el mismo día que en Madrid, por la Compañía de Irene Alba, constituyó un nuevo triunfo para tan aplaudidos



Fantástica escena de otra de los "ballets" de Loie Fuller.



Una escena de "Olimpia", estrenada con gran éxito por María Tubau en el teatro Infanta Isabel.



"Paso a nivel", comedia estrenada en el Infanta Isabel por la Compañía de María Tubau.

autores, que empezaron con fortuna y suerte la serie de sus estrenos en la temporada actual.

También ha sido del agrado del público y de mucha parte de la crítica la obra titulada un poco arbitrariamente *Me caso en la mar*, del señor Franco Padilla y el maestro Penella, estrenada en el teatro de Maravillas.

¿Quieren decir estos éxitos que acabamos de señalar que la escena española cuente con obras que merezcan el extenso y minucioso análisis de la gran crítica? Sinceramente creemos que no, aparte de los méritos circunstanciales que tienen algunas de las obras que hemos citado. El teatro español necesita otras obras más consistentes y sólidas para mantener su prestigio y seguir la corriente moderna del teatro mundial. Bien están los juguetes cómicos sin trascendencia, bien están las comedias más o menos blancas y más o menos ligeras que vemos en nuestros escenarios; pero al mismo tiempo se echa de menos la obra consistente y sólida que responda a la inquietud contemporánea y refleje el estado de espíritu de las generaciones de nuestros días.

No todo es ligereza y frivolidad en el alma de las gentes. Hay algo muy hondo, muy serio y muy grande que late en el corazón de todos, llenándoles de inquietudes y tormentos. Nunca tuvieron las preocupaciones del *más allá* más arraigo que en nuestros días; nunca hubo un estado de conciencia colectiva como el que hoy existe; nunca hubo tampoco más espiritualidad como en nuestros tiempos, a pesar de la aparente despreocupa-

ción que muchos creen ver en el alma de las nuevas generaciones.

Por consiguiente hace falta la obra que responda a este sentimiento que reina en todos los que esperan emociones estéticas que despierten en sus espíritus nuevas idealidades y nuevas orientaciones.

Pensamiento y corazón son los factores predominantes en nuestra época, que no se caracteriza por su frivolidad precisamente. Cuando se ve a un público popular emocionado y emocionado sinceramente ante un *ballet* como los de Loie Fuller que se representa en el cine de Price, es cuando se da una cuenta de la elevación intelectual de las multitudes que buscan en todo algo simbólico, y recogen las más ligeras palpitaciones del ideal que se les ofrezca.

Hablando de estos *ballets* originalísimos—nos referimos a los de Loie Fuller—señalaremos sus bellezas y el éxito que han obtenido entre nosotros, que acogemos estos espectáculos exóticos con el cariño, la simpatía y el aplauso que merecían tener nuestras obras en el extranjero.

Hay un poco de amargura en esto que decimos, fijándonos en que mientras nosotros abrimos las puertas de nuestra escena al teatro extranjero, este mismo teatro permanece cerrado para nosotros en una obstinación inexplicable que no responde a la generosidad en que nosotros procedemos en toda clase de espectáculos extraños.

JUAN LOPEZ NÚÑEZ

Fotos Ciap.



Una escena de la obra titulada "El crimen de Juan Anderson", estrenada en el Reina Victoria.

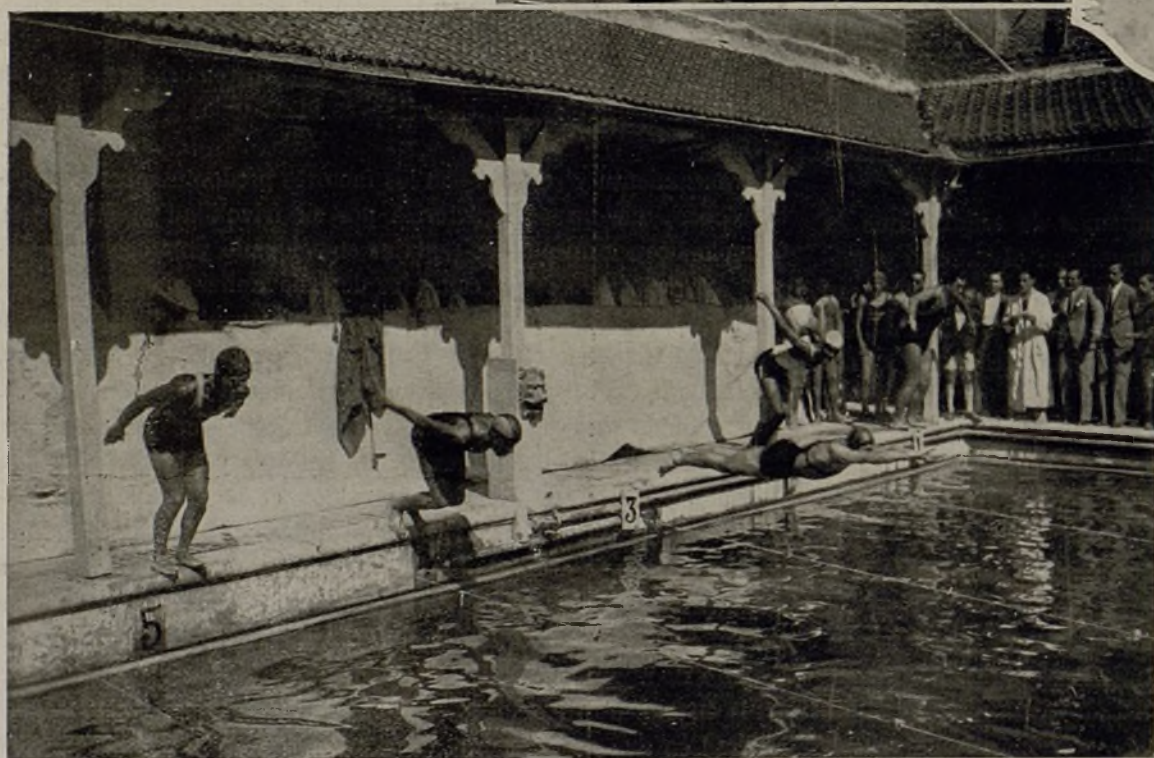


Una de las escenas más culminantes de "La prudencia en la mujer", estrenada en el Español.

LAS NUEVAS ONDINAS

LUCINDA MOLES

ESTA SEÑORITA NADADORA
ES CATALANA, ES BACHILLER
Y ADMIRA A CLARA BOW



Carrera

EL agua dormida de la piscina tiene un tornasol verdiclaro, y cuando algo la turba se riza en unas ondas largas que mueren sobre los azulejos del rectángulo que la aprisiona. Treinta y tres por treinta y tres. Madrid—internacional—, que oigo decir a un técnico.

¡Alló! ¡Alló! Adelante.

Se juegan esa mañana, en la palma tersa de aquella agua tranquila, los campeonatos de natación de Madrid. Y sobre la superficie que el vienteillo apenas inquieta hay unas guirnaldas de cáñamo fino en cuerdas salpicadas de tre-



cho en trecho por unos pequeños corchos de abalorio. Esas cimbras flotantes señalan las calles por donde han de salir y seguir lanzados los participantes de las pruebas.

Ya han terminado dos tandas de hombres fibrosos su carrera. Y de pronto la voz del "speaker" anuncia:

—¡Señoritas nadadoras!... ¡A sus sitios!

Y una, dos, tres, cuatro, hasta seis señoritas, bajo la rueda policroma de sus "mail-lots", se alinean al borde sur de la piscina.

—¡Atención, señoritas nadadoras! ¡Que doy la salida!

Y al rodar de un silbato rápido, las seis señoritas se lanzan ágiles al agua.

Una de ellas va avanzando, "tomando cabeza" sobre el resto. Sus brazos, en doble "orror", sobre la espuma de su paso, son como dos surtidores bulliciosos. Hay gritos y aliento en las orillas:

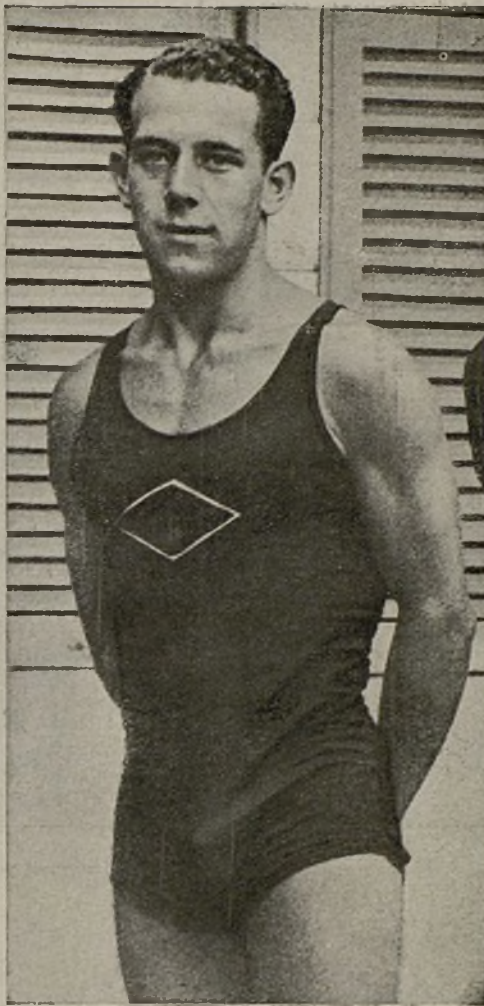
—¡Eh, Lucinda!

—¡Bravo, nena!

La prueba ha terminado. Y el "speaker" anuncia:

—¡Primera! Señorita Lucinda Moles, en...

Sobre la piscina estremecida hay como un batir de mil alas de paloma. Los aplausos revuelcan sobre la cabecita roja de la vencedora.



Ella Ramón Artigas, ganador de la travesía a nado del puerto de Barcelona.

Ella es la señorita Lucinda Moles. Morena, bien trazada, gentil y gentil sobre la gloria de sus veinte años.

Al acercarme está desprendiendo su pequeño gorro. Unos rizos negros le llueven húmedos sobre las sienes. Digo yo y dice ella. En diálogo fácil, vivo como el remar de sus brazos finos.

—Qué interesante está una mujer así. Como usted. Con pintura de agua pura y clara sobre el rostro perfecto.

Ella se pasó dos dedos largos, en pinza, sobre el perfil del óvalo sereno, y responde:

—Yo no me pinto nunca.

—No le hace falta.

—Gracias.

—Las que salieron triunfadoras de la piscina.

—¿He nadado bien?

—Como nadaría un pez espada que fuera después mujer.

—Tengo una gran afición.

—¿Nada usted aquí?

—¿En esta piscina? Es la primera vez.



Las señoritas Almacellas y Torrents, ganadoras de la primera y segunda categorías de femeninas en la travesía del campeonato a nado del puerto de Barcelona.

—Más meritoria la hazaña. ¿Aprendió usted en el mar?

—Y en el río. Allá en el Segre, en Lérida, ¿sabe?

—Ya.

—Y en el mar. En Asturias. Por San Antolín de Bedon. En el mar abierto. Es hermoso.

—¿Es usted castellana?

—Soy catalana. De Barcelona.

—Bien. El rasgo mediterráneo...

—¿El qué?

—El rasgo mediterráneo en el ángulo facial. Angulo recto. La astucia fenicia y la vehemencia...

—Todo se lo dice usted.

Y la señorita Lucinda se arroja entre los pliegues amplios de su albornoz rameado.

—Lucinda, ¿no?

—Lucinda Moles...

Y un poco impaciente:

—...De Barcelona, de veintidós...

—De veintidós años. Siga.

—¿El qué?

—¿Es usted estudiante?

—No, señor. Soy bachiller.

—¿Y aficionada al cine?

—Me encanta.

—¿Y se cambiaría usted por alguna "star"?

—Según con cuál.

—¿Con cuál?

—Con Clara Bow.

—Muy buen gusto.

La voz del "speaker" suena de nuevo:

—¡Nadadoras de cuatro por doscientos, relevoooo! ¡A sus puestos!

La señorita Lucinda se levanta, sacude una pequeña mano sobre los cabellos huecos.

Y pregunta:

—¿Aún más?

—Como quiera.

—Es que van a nadar.

Se sienta en la orilla del rectángulo verdidoso y con un pie desnudo chapotea en el agua. ¡Chas, chas!

Y unas sendas largas, anchas, van a morir con suave reflejo, sobre los azulejos del rectángulo limpio.

—Pues nada más, señorita Lucinda.

R.

Fotos Marín.

VIDA CICLISTA

LA VUELTA AL PAÍS VASCO



Cañardó recibe la ofrenda por su triunfo, después del supremo esfuerzo, y A. Magne llora la pérdida del primer puesto.

UN NUEVO TRIUNFO DE MARIANO CAÑARDÓ

AUN sin la participación de los grandes "ases" que otros años dieron a la prueba una emoción desbordada, la Vuelta Ciclista al País Vasco celebrada este año ha sido un nuevo éxito para su organizador, el rotativo deportivo "Excelsior".

Toda Vasconia—incluso la parte de la zona francesa incluida—ha vivido durante unos días pendiente de los pedales de los "routiers".

Era Ricardo Montero el favorito de la prueba, por acuerdo

tácito con Mariano Cañardó, el otro "as" español que podía inquietarle cara a la meta de las victorias; pero el designio acordado por los hombres no quiso el Destino que se viera cumplido. Todo el peso de una desgracia obstinada y cruel cayó sobre los recios músculos de Montero hizo que éste abandonara su aspiración de "premier".

Fué entonces cuando la fibra alerta del francés Antolín Magne se lanzó entusiasta por un triunfo puesto al alcance de su mano.

Pero todo en vano. Que también el temple acerado de Cañardó vigilaba y era el que al fin había de alcanzar el supremo trofeo.

Esfuerzo titánico, explosión de todas las potencias de la voluntad, derrame definitivo de todas las energías vitales sobre la cruz inviolable de su manillar.

Y Cañardó logró para España y Cataluña la brazada de gloria que la prueba tenía reservada al vencedor.



Un momento de la emocionante Vuelta al País Vasco.

COMPRAMOS EN TODOS LOS PAISES



Las primeras materias para la fabricación de las máquinas de escribir Royal son tan múltiples, que necesitamos acudir a muchos países extranjeros para nuestras necesidades. Es imposible concebir un examen más riguroso que el que hacemos de los materiales que adquirimos. Escogemos lo mejor de todos los países, cualquiera que sea su origen, para utilizarlo en nuestra fabricación, que, como siempre, es de la máxima calidad.

ROYAL TYPEWRITER COMPANY, INC., NEW YORK
TRUST MECANOGRAFICO, S. A.

Avenida del Conde de Peñalver, 16, enfresuelos.-Teléfono 16010.-MADRID

SUCURSALES

ALBACETE: Carmen, 1.—AVILA: Plaza de Santa Teresa, 17.—BADAJOZ: Echegaray, 11.
BARCELONA: Diputación, 251.—BILBAO: Gran Vía, 14.—CARTAGENA: Canalejas, 3 y 5.—CASTELLON: Mayor, 65.—CEUTA: Primo de Rivera, 57.—GIJON: San Antonio, 23 y 25.—GRANADA: Acera del Darro, 56.—LA CORUÑA: Real, 48.—LEON: Ordoño II, 33.
MALAGA: Duque de la Victoria, 3.—MELILLA: Prim, 2.—SEVILLA: Rioja, 4.—TARRAGONA: Conde de Rius, 13.—VALENCIA: Paz, 17.—VALLADOLID: calle de Santiago, 5.
ZARAGOZA: Don Jaime I, 42, principal.

OBTIENE LOS MAS ALTOS PREMIOS EN LAS EXPOSICIONES
DE BARCELONA Y SEVILLA

LAS GRANDES FIGURAS DEL DEPORTE

El hombre que se juega la vida sobre su corcel de hierro

MOTORISTA, ESQUIADOR Y JUGADOR DE HOCKEY SOBRE HIELO. TODO ESTO ES ANGEL VICENTE ARCHE

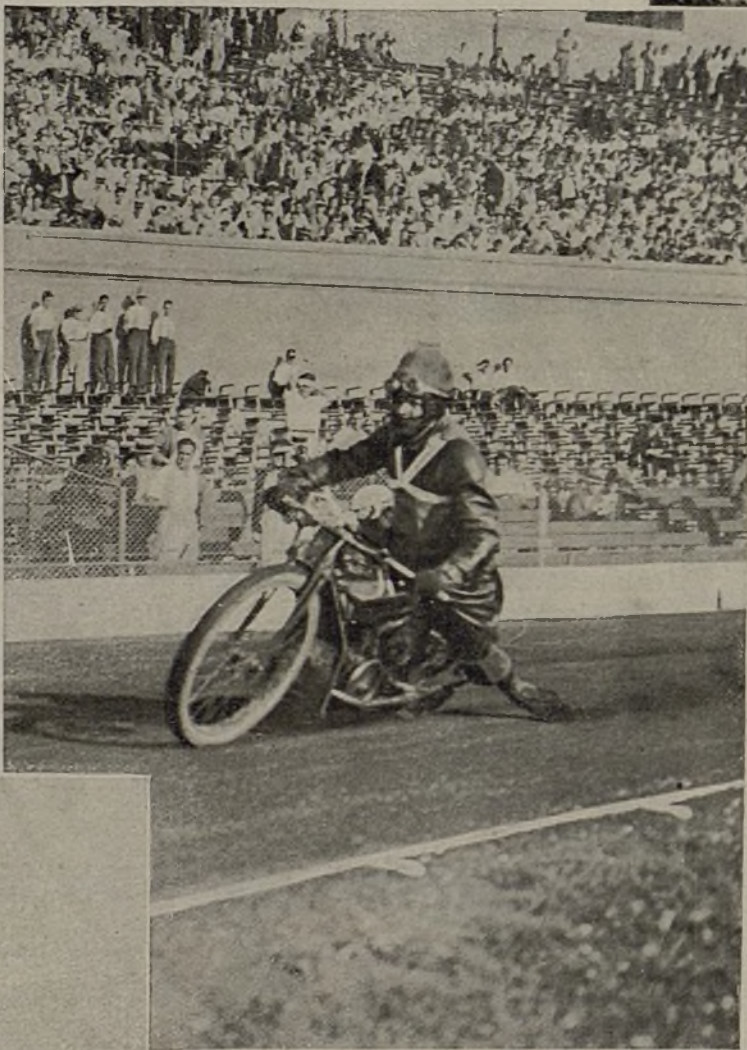
Frente a la pista de ceniza

LA gente se ha levantado unánime, en masa, como movida por un resorte.

Las gradas del Stadium trepidan de esa emoción nueva que levanta a su paso la velocidad sobre la pista de ceniza. Es noche de "Dirt-Track", el deporte recién importado de Australia. Arche pasa envuelto en polvo y humo sobre la recta. Sobre la grupa de su corcel de hierro es como una centella negra en mitad de la zona emblanquecida por la luz.

Pegado a su rueda avanza Blake, el inglés, imperturbable ante el peligro.

Se va a tomar la curva. Arche busca el contrapeso de su cuerpo sobre la máquina, que se inclina, que da la sensación del accidente próximo. Y la ro-



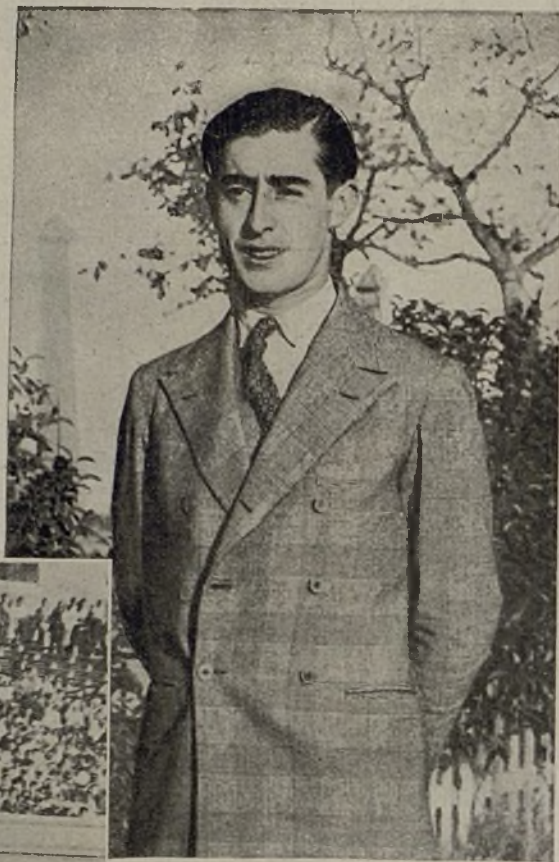
Arche en uno de sus emocionantes virajes.

—El público te ha jaleado. Y ese homenaje unánime...

—Ya lo he oído.

—¿Lo oíste corriendo?

—Usted no sabe. Los aplausos, los gritos de aliento, cuando uno corre, se oyen detrás, pegados aquí en la misma espalda, como si fueran alas.



Angel Vicente Arche, estudiante de Derecho.

dilla pica la tierra removida abriendo un surco oscuro y largo. Es el freno de la carne sobre la pista, ese freno que, para el heroísmo del "Dirt-Track", no tiene más válvula que la del propio corazón.

El codo a codo entre los dos "ases" llega a su momento cúspide. Sólo quedan unos cientos de metros hasta la cinta suspirada del éxito. Y Arche se encoge sobre su sillín, se hunde en el peligro ciego de un lanzamiento decisivo.

—¡Ah!... ¡Ah!

—¡Hip, hip!

Hay un clamoreo de triunfo en las tribunas. Arche ha vencido. Y aún con el rostro salpicado por un residuo oscuro, sudoroso, palpitante, llega hasta mí. Me dice:

—¿Le ha gustado?

Me quedo mirándole. Y le respondo:

La emoción del peligro

Ahora, Arche es el ciudadano que sabe vestir la distinción de una clase que supo de la enseñanza más sólida. Se expresa correctamente. Sabe de arte, de literatura, de deberes sociales. Es el moderno hombre de deportes. Sentado frente a mí le digo:

—¿Estás realmente interesado en el "Dirt-Track"?

—Me gusta, me gusta mucho. Yo necesito sentirme a mí mismo para vivir, ¿sabe?

—No te entiendo.

Arche, duda un momento. Luego añade:

—Que yo necesito sentir el peligro, emocionarme. Para mí eso es el mayor aliciente de los deportes.

—Pero ¿es superior el "Dirt-Track" al motorismo?

—Como deporte, superior. Tiene más peligro. Es... otra cosa.

—¿Peligro el "Dirt-Track"?

—Mucho. En las vueltas se juega uno la vida todas las tardes.

—¿Y tú alguna vez sentiste?...

—Ya sé la pregunta. Sentí, sí, la emoción del peligro. Una tarde llegué a percibir sobre mi piel un frío extraño. Tomé la cur-



Angel Arche en Davos (Suiza), donde representó a España en la Olimpiada escolar de esquíes.

va muy cerrada. Iba lanzado. Fué sólo un instante; pero me di perfecta cuenta. Pensé que pude matarme. Me noté más cerca de la muerte que de la vida. Cerré los ojos, hundi las manos en el manillar y..., de pronto, me vi en la recta. Aquella fué mi primera gran victoria.

—¿Os vais a Inglaterra?

—Dentro de unos días.

—¿Confías...?

—Sí.

La afirmación ha sido seca, rotunda. Yo busco más.

—Mira que los ingleses...

—Ya sé. Corren muy bien; pero nosotros...

—¿Qué?

—Tenemos más corazón. Podemos ser los primeros en el mundo en "Dirt-Track".

—¿Crees...?

—Firmemente. Para vencer tenemos en nuestro favor la vehemencia del carácter, este ardor, esta sangre... ¿Me entiende?

—Ya.

—Yo también fuí motorista.

—Lo sé.

—En 1927, corrí por vez primera en "moto". Fué en la subida a la Cuesta de Navacerrada. Corrí como neófito.

Luego Arche me guiña un ojo, como dándome a entender: "Yo neófito, ¿eh?" Y corta la sonrisa ya iniciada aproximándose la pequeña taza a los labios.

Deportista completo

Hemos hablado ya de un sinfín de cosas. Luego vuelvo yo al tema:

—Pero tú has cultivado todos los deportes.

—Muchos.

—Tendrás, sin embargo, uno favorito.

—El "Dirt-Track". Después el "hockey" sobre hielo.

—Es verdad. Tú has sido jugador.

—He participado en tres campeonatos europeos representando a España.

—Es un título más.

—Me viene de casta esto del deporte.

—Por...

—Porque todos mis hermanos, ¿sabe?, son deportistas verdad. Somos cuatro. Emilio, aficionado a todo, y bueno. Ricardo, campeón alpino de España durante siete años, y Juan, el "manager" de todos.

—Y tú.

—Eso.

—¿No fuiste esquiador?

—Lo fuí. El "esquí" fué hace tiempo una de mis aficiones, y como esquiador y formando parte del equipo de estudiantes españoles, concurrí al campeonato europeo escolar de Davos, en Suiza.

—¿Y qué haces, además del deporte?

—Estudio leyes. Me faltan seis asignaturas para ser abogado. Leo. ¿Le parece poco?

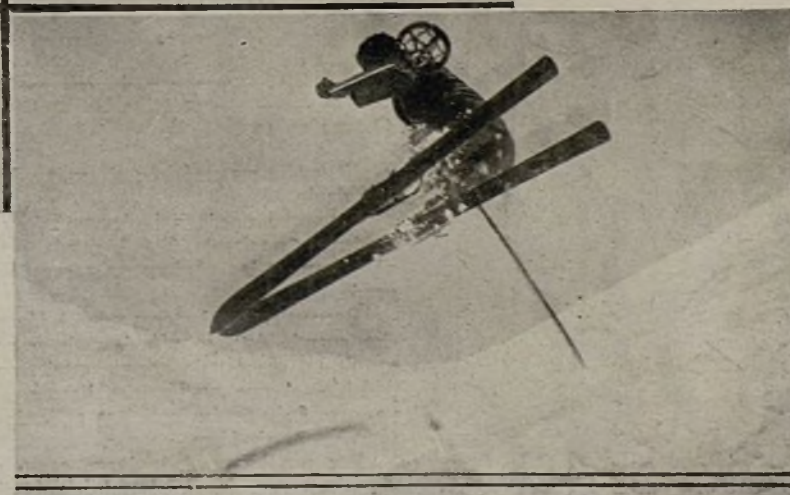
—¿Y qué lees?

—Todo lo que me interesa: novelas, ensayos... El género policiaco bien hecho me entretiene mucho.

—Y eres enamorado, como buen español, ¿no?



Una jugada de Arche en el partido de Italia-España de "hockey" sobre hielo, jugado en Suiza.



Un prodigioso salto de Arche sobre la nieve.

Arche se desorienta un poco. Luego se repone y responde:

—A ver. A los veinticinco años ¿qué voy a ser? Pero la mujer en su casa. Nada de eso de la mujer con los pantalones. El feminismo me revienta.

Ahora soy yo el que me río abiertamente.

—Pues el deporte está reñido con el amor.

Y Arche salta:

—Según con la clase de amor que sea. Con el amor bien es compatible.

—Porque si no no serías deportista.

Y él bebe el último sorbo de café y yo le imito. Entre sorbo y sorbo, en España los hombres no solucionan todo. Hasta los deportistas.

RIENZI



EN DEFENSA DE LA FALDA CORTA

Lo ha dicho nada menos que Aristóteles; y lo están, desde entonces, repitiendo todas las buenas madres de familia; todas aquellas madres de familia que no saben, ni han sabido, ni sabrán quién fué Aristóteles... Este buen señor dijo algo que, traducido después al lenguaje de las madres españolas, ha quedado reducido al dicho tan corriente de "En un buen medio está la virtud".

Es así que la falda de que hablamos se queda a media media—en los medios más medios de todos—, luego queda demostrado, sin disputa, que en opinión de Aristóteles y de todas nuestras madres, ofrece la falda corta el medio más indudable e incuestionablemente virtuoso.

Claro que el quedarse a media media parece que es, en rigor, quedarse a cuartas: quedarse con un palmo... de narices, ya que la cuarta y el palmo es todo uno; pero como son dos medias, los medios de dos medias son dos cuartos que, sumados, forman medio. O sea, para expresarlo con todo el científico rigor que el caso exige, lo que los matemáticos formularían como sigue:

$$\frac{\frac{1}{2}}{2} + \frac{\frac{1}{2}}{2} = \frac{\frac{1}{2} + \frac{1}{2}}{2} = \frac{1}{2}$$

O sea: un medio.

El medio matemático; el exacto. El buen medio. El mejor. El de la virtud... Indudable.

Esto que queda así, demostrado por matemáticas, y que siempre ha sido evidente "a simple vista", queda corroborado plenamente si nos remontamos al origen, a las páginas primeras de la historia, de la historia mejor: la sagrada.

Recuerden los lectores que el Hacedor puso una hoja de vid a nuestra madre cuando ésta se vió desnuda y no quiso seguir en ese estado. (No quiso seguir en ese estado porque estaba en el otro.) Luego el traje prototípico indudable—el que pudiéramos llamar, con botánica exactitud, "despampanante", ya que fué, según noticias, aplicado sin pámpano alguno—fué la hoja. No tiene vuelta de ídem.

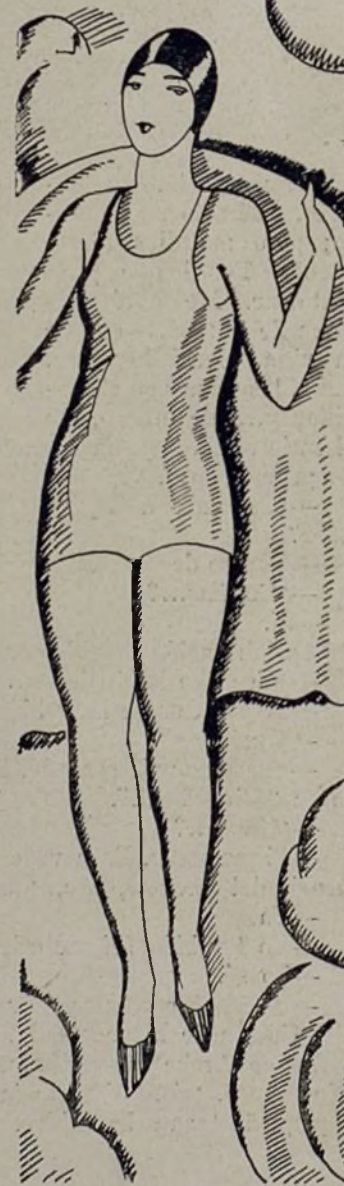
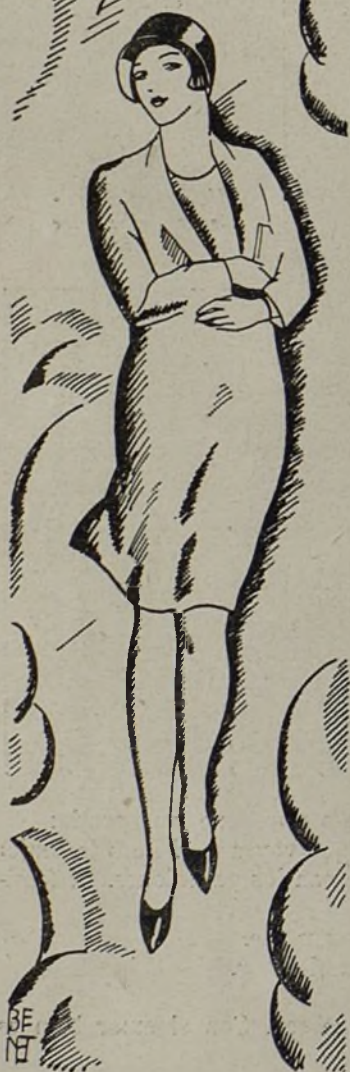
Por eso ha quedado luego como el traje por excelencia—por su excelencia—de museo. Nadie consentiría jamás que a una Venus de museo se le colocara una falda dos dedos mayor que la marcada por la hoja. Aquí no hay discusión: ni más corta ni más larga; hoja de parra, y gracias. Puestos a conceder, conceder todo lo más que la tal hoja de parra, en vez de ser vegetal, sea de hojalata o de latón, recubierta de escayola, y eso por la duración; para que no se deteriore; pero el tamaño, invariable.

Por muchas razones obvias, se comprende y justifica que ese traje de museo no fuese adoptado también como modelo de calle o sociedad, ni aun siquiera como falda para andar por casa: no era cosa de aceptar un modelo de falda a base de hoja, en un mundo como el nuestro, donde hay todos los años un otoño y en él, por ley natural, la caída consiguiente. Bueno, por tanto, que la hoja se ampliara hasta formar una cenefa en derredor del talle femenino.

Pero dieron después en la flor—no ya en la hoja—de ir añadiendo, en forma de volantes superpuestos, franjas y más franjas de hojas, hasta llegar a los pies, y barrer con ellas el suelo... Y eso, no. Ni tan poco que baste una hoja, ni tanto que haga falta ponerse un árbol entero. Un buen término medio, nada más; y en él, la virtud. Con esto basta.

MANUEL ABRIL

Dibujo de Benet.





EN DEFENSA DE LA FALDA LARGA

SINCERAMENTE, ¿la falda larga embellece a la mujer? Nosotros creemos que sí. Vamos a comprobarlo. ¿No creéis que la experiencia de los siglos puede darnos una poderosa razón? Precisamente tenemos al alcance de la mano un bello tratado de la moda. Grato recreo es hojearlo. Veámoslo.

Tiempos antiguos: Egipto, Grecia, Roma... Estamos en plena época del culto al desnudo. Y, sin embargo, túnicas, siempre túnicas que envuelven, mejor dicho, que *desnudan* la figura, ciñendo su línea. ¿Será éste el secreto de la falda larga? ¿Será el *no cortar* la línea, sino *prolongarla*, la razón de su triunfo permanente? Un poco de paciencia. Los tomos siguientes nos aguardan.

Edad Media. ¿Quiénes son estas vírgenes prudentes, de las catedrales góticas, cuyos pliegues de estofa rodean sus estáticas figuras alargadas? ¿Y estas damas italianas de perfil de medalla y amplias vestiduras que recogen con ademán patricio? ¿Y estas reinas castellanas que apoyan finamente su mano sobre la cruz de la espada? De unas y de otras apenas si vimos asomar, bajo el borde del vestido, la timidez de un pie indeciso, como avergonzado.

Pero ni María de Médicis, hueca en la pompa de su vestidura que es una gr a campana; ni Ana de Austria, la hermosa española que deslumbró a Artagnan; ni Isabel de Borbón cuya exuberante cola es bastante a cubrir la soberbia grupa de su arrogante cabalgadura; ni las damas cortesanas de Velázquez; ni las flamencas de Franz Hals; ni las maravillosas palatinas de Van Dyck, muestran siquiera ese pico de paloma en que remataba el pie de la hermosa criatura que se llamó, en Italia, Beatriz de Este.

Hasta ahora, diecisiete siglos de feminidad desdeñaron acortar sus vestiduras por más arriba del tobillo. No importa. Sigamos. Tal vez después...

¿No será en Francia—la Francia de Watteau y de Lancret—, donde se haga el milagro? La Du Barry dice que no; Madame de Pompadour opina como ella, y si Boucher se atreve a recortar las faldas a la manera campesina en sus deliciosas pastoras de abanico, o Vigée-Lebrun deja que una graciosa bocanada de aire levante suavemente el vuelo de sus damiselas, las damas del Directorio rectificarán muy pronto este inocente atrevimiento.

¿Para qué seguir? Ni el romanticismo con sus miriñaques deliciosos, ni la época isabelina, ni luego, en fin, la parisién de Henry Becque o de Bataille, quisieron romper el culto ancestral por el traje largo, que embellece, ennoblece y acrece.

¿Tendremos la vanidad de pensar que hasta nosotros nadie advirtió los inconvenientes de la falda larga? Antiguo error sería y acaso, en nuestras mujeres, excesiva pretensión su descubrimiento.

Pero ellas mandan y con una u otra, sin falda o con ella, siempre serán adorables y señoras del mundo.

Ave, fémina.

Luis FERNANDEZ ARDAVIN

Dibujo de Benet.



Criterios y pretextos

No deben saltar en este pleito de la indumentaria las opiniones de las interesadas. En realidad, son las mujeres las que han complicado la cuestión para darse el placer de resolverla, dejándola sin solución, que es el único modo de resolver un asunto a gusto de todo el mundo.

Al fin y al cabo, toda mujer bonita tiene la convicción íntima e inquebrantable de que, se vista como se vista, ha de tener siempre razón.

Quizá por esto las hay que alardean de un eclecticismo verdaderamente ejemplar. No es solamente tolerancia, sino más bien coquetería.



Viste aquí la falda corta que ya casi se arrepiente de serlo.

Rosa Rodrigo con la falda larga de última creación.



Rosita Rodrigo

He aquí la opinión gráficamente expuesta de Rosita Rodrigo.

Para la famosa y bella artista no hay, como puede verse, cuestión posible. A cada traje sabe prestarle su encanto especial y cada traje le presta a ella su peculiar encanto.

Confiesa que su preferencia va quizá hacia el traje de "soirée", entonado, sobrio y largo; pero se adapta, como puede verse también, con igual gracia y encanto, a todo lo contrario.



Rosita Rodrigo con el vestido de su preferencia.

Y, por último, Rosita Rodrigo con el traje con que le gusta hacer su presentación en escena.—Fotos Walken.



Crónica Gráfica



La Infanta doña Cristina, mademoiselle Breget y varios aristócratas que tomaron parte en las regatas.

SAN JUAN DE LUZ
SS. MM. y AA. RR.
en el Yacht-Club
de Ciboure



S. M. el Rey, en una canoa, dirigiéndose al balandro para tomar parte en las regatas.

Fotos Marín.



S. M. el Rey, las Infantas y el Infante don Fernando a su llegada al Club.

Salida de los balandros, en cuyas regatas tomaron parte SS. MM. los Reyes e Infantes.





NUESTROS ARISTOCRATAS EN BIARRITZ

El marqués de Salamanca, la duquesa de Sanlúcar, señorita de Minondo y el señor González Moreno.



La bella princesa de Kapurtala (Anita Delgado).

Madame Pidier y el conde de Clavijo.

En Inglaterra toma extraordinario vigor la escuela naturista. He ahí una bella prueba, clara, honesta y riante.

Fotos Fischer.

Un grupo de célebres artistas cinematográficos, en el que figuran Norma Talmadge, Buster Keaton y nuestro compatriota Luis Alonso.

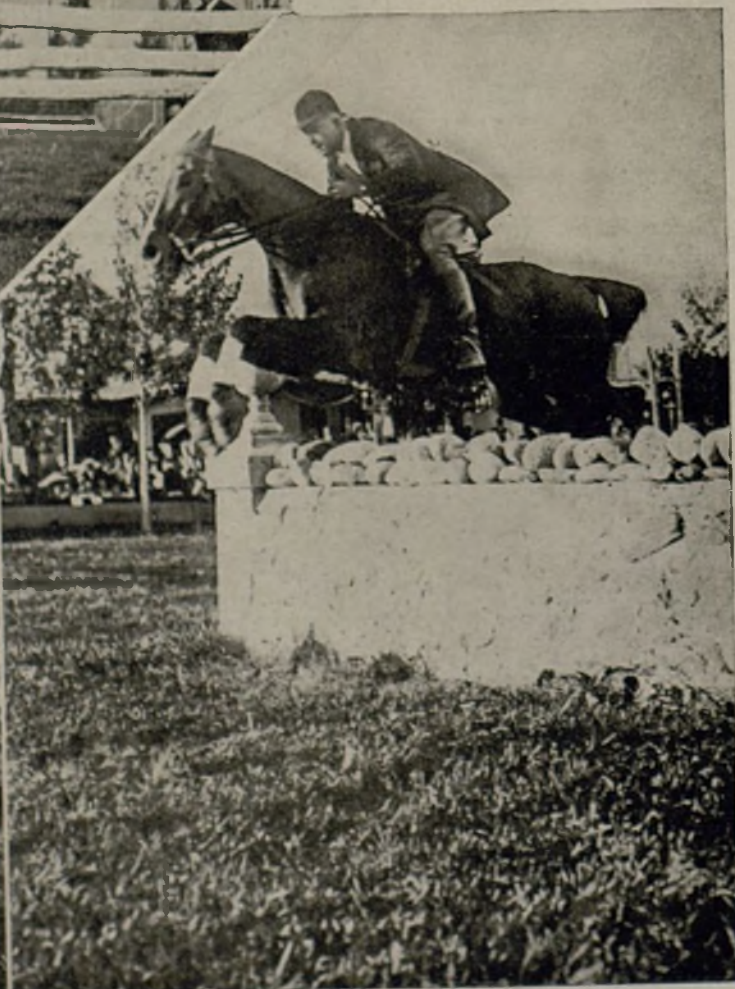




Cuatro magníficos saltos en la carrera de obstáculos del concurso hípico de Puigcerdá.

Concurso Hípico de Puigcerdá

Entrega de la copa del Ayuntamiento para amazonas.



ACEITE PURO DE OLIVA



ORO ESPAÑOL

LA MODA DEL PEINADO

SUS CABELLOS, SEÑORA...



*Lindo peinado
de noche con
red ecilla de
"strass".*



*Una discreta
vuelta hacia el
mo ño, en los
nuevos pe ña-
dos.*



*Nuevo peinado,
creación de
Cendron, estilo
Romántico.*

Sus cabellos, señora, van convirtiéndose poco a poco en un problema pavoroso. ¿Cómo puede darse tan extraño fenómeno? Sencillamente. Ya no sabemos, ni usted misma sabe, qué hacer con ellos.

¿Cuántos años va durando el pleito de los cabellos largos o los cabellos cortos? ¿Seis, siete... ocho...? Demasiados ya para un asunto en el que entienden a medias Su Excelencia la Moda y Su Alteza la Frivolidad. Porque, naturalmente, ni usted ni yo creemos que aquello de cortarse el pelo fuera adoptado como una medida cómoda o como una medida higiénica... Respecto a las formas utilitarias del capricho, ya vamos sabiendo a qué atenernos, y predicar sobre esos temas es sermón perdido...

No hay comienzo de temporada en que no se nos anuncie como un mal irremediable la reaparición del moño...

—Ya sabrá usted que vuelve...—nos dicen casi al oído y con acento sombrío.

—¿Quién vuelve?

—¿Quién ha de ser? El pelo largo... En París ya no se ve una melena...

Después, los Congresos de peluquería se encargan de preconizar el uso de la tonsura o el reinado del tirabuzón. Las elegantes y las que lo son menos lo aceptan todo ciegamente, aunque con preocupación y melancolía.

Ahora sí parece que es un hecho la vuelta del temido enemigo, que habíamos arrojado de nuestro lado con gallardos aires de emancipación. Después de los bucles románticos, veremos aparecer las trenzas o los tocados Renacimiento, con sus red ecillas de perlas. Y pidamos a los santos de nuestra particular devoción—si es que nos determinamos a meterlos en estas cosas—que los próximos Congresos peluqueros no adopten las cabezas profusas de 1912, por la misma razón que los modistos adoptaron la falda larga y la línea Princesa, pertenecientes a la misma época.

La "toilette" femenina de estos últimos años adolecía, y se ha dicho y reconocido hasta la saciedad, de una monotonía, de una sequedad, de una masculinización antipatiquísima. La reacción no podía hacerse esperar. Pero convengamos en su favor que se mantiene en términos muy discretos y sumamente agradables.

No hay nada que pedir, como feminidad exquisita, a esas tres cabezas. Una de ellas pudiera firmarla Madrazo; la otra evoca a las Bellas Desconocidas, de Donnatello. Dos más, con sus sobrios adornos de cuentas de vidrio mate, son perfectamente modernas, prácticas y ligeras, y, al mismo tiempo, ensañadoramente antiguas, de la época en que Chopin escribía sus vales arrebatadores.

Si caben muchas cosas en un minué, no son menos las que puede evocar en un momento ese difícil y complejo arte de disponer unos bellos cabellos sobre el cráneo inquieto de una linda muchacha...

Flores de la lluvia

EL sol tiene su flora frívola. Esto se ha dicho muchas veces. Las sombrillas abiertas, las lindas sombrillas de todos colores, para cuya formación se emplean los materiales más aéreos, más bellos, más frágiles y luminosos, son las flores del sol. Todas se abren a un tiempo bajo el calor y la luz de sus primeros rayos. Y alrededor de ellas, como de las flores verdaderas, revolotean polieromas y ligeras las mariposas-abanicos, que nacen también cada primavera.

El otoño húmedo, el agua que encharca las calles ciudadanas, tiene también sus flores, tristes, sombrías y hurañas, con perfume de nafta y gasolina: los paraguas, ese artefacto que es acaso el que pone de manifiesto de manera más humillante cuán atrasada se encuentra la humanidad para resolver alguno de sus problemas esenciales. Y ningún problema como el de no mojarse cuando llueve.

Digamos en abono de la moda que ha procurado poner cuanto estaba de su parte para la reforma y el embellecimiento de este utensilio. Del alto e incómodo paraguas de hace diez años, esbelto y agudo



Paraguas de seda rayada marrón y blanco.

Ahora las flores de la lluvia, manteniéndose en los tonos discretos que su empleo aconseja, vuelven a plantear este problema, y se lanzan al mercado paraguas de fantasía, a rayas claras, en las que presiden los colores clásicos, pero con gradaciones, matices y contrastes que les dan variedad. Las calles ciudadanas tendrán sus tiendas de campaña flotantes, que es a lo que más se asemejan estas cúpulas listadas. Soles muertos de halos marchitos, reluciendo con la luz prestada de los escaparates y de los focos.

Verdaderas flores de civilización, verdaderos astros de artificio.

He aquí de qué manera el paraguas, prenda atrasada y primitiva por excelencia, toma un acento hasta un poco literario, de agudísima modernidad.



Paraguas con mango figurando un papagayo de cristal azul, tela azul de dos tonos. Otro con el mango en cuarzo y la tela a rayas azules y blancas.

como un florete, al ya fenecido Tom-pouce, rechoncho y no menos incómodo, aunque menos voluminoso, va toda una escala de tentativas igualmente infructuosas.

No era el tamaño lo que había que reformar especialmente, siendo este detalle tan importante: lo que daba al paraguas su aspecto fúnebre, desagradable y repelente en realidad, era el color.

Los viejos "antucas" que se estilaban en el año ochenta hicieron tentativas poco afortunadas para colorear aquella enorme seta reluciente. Luego, el buen tono las abandonó; más tarde se emplearon el azul marino, el marrón oscuro, las cenefas más o menos anchas en un tono brillante...

Paraguas de seda a rayas gris, negro y blanco.



Nuevo concepto de la vida doméstica

El callejeo es un peligro. Los hombres prácticos que aspiran a casarse con muchachas prudentes lo temen, y con razón. En la vida excesivamente callejera se encuentran los riesgos del descuido de las obligaciones domésticas, el modernísimo morbo del "flirt" y... los escaparates, que es acaso el más terrible de todos ellos.

Desde tiempos remotísimos se viene repitiendo la tradición en las familias. Nada tan sano para el espíritu—aunque tenga la culpa de muchas adiposidades incurables—que la vida del hogar. Nada tan económico, también, que sus variadas distracciones, todas ellas de gamuza, o de aguja, o de escoba... Para convencer a la juventud, que comenzaba a estar algo reacia, se le llamó con los nombres más poéticos: se dijo que era nido, que era trono...; pero como si no. Las muchachas preferían cada vez más el asfaltado pavimento de las calles y el ambiente antihigiénico de los almacenes, de los cines y de los salones de té.



*Deshabillé de raso
rosa formando pi-
yama.*

*Deshabillé de raso
rosa, chaqueta de
muselina de seda bro-
chada de terciopelo y
cine.*

Entonces las personas mayores, que habían agotado en vano su oratoria, se encogieron de hombros con resignación y dijeron: "¡Es la postguerra!"; como pudieran haber dicho: "Es la escarlatina".

Sin embargo, ahora parecen las mujeres más inclinadas a hacer vida de interior. El té, el "bridge", el "mah-jongg", el gramófono y la radio, sin contar los cigarrillos, el "cocktail" y la pianola, son todos placeres del hogar. Las cosas andan tan descuidadas como antes, y una muchacha bien moderna no estropeará por nada del mundo el brillo de sus uñas en la menor faena doméstica; pero los preceptos de la familia empiezan a cumplirse. En cambio, ahí tienen ustedes, los maridos siguen estando descontentos. Porque la señora que



Traje de interior en crespón romano, con chaqueta adornada de armiño blanco.

Nancy Carroll luciendo un precioso pijama de tisú verde y plata, con pantalón de terciopelo negro.

antes limitaba su "toilette" del hogar a una bata o dos, más o menos sencillas y más o menos confortables, ha visto aparecer en el horizonte de su felicidad un elemento que hará subir prodigiosamente las cuentas del modisto, aspiración suprema de toda mujer que conozca la verdadera misión con que fué enviada a la tierra.

Se ha creado un elemento destructor del presupuesto conyugal, llamado "pijama" o, más ampliamente, "deshabillé", para que pueda así abarcar otras formas que no se ciñen a la de pijama propiamente dicho. Cualquier "deshabillé" poco complicada cuesta tanto dinero como un abrigo de pieles y además tiene el infinito encanto de no servir absolutamente para nada. Ambas cualidades le hacen ser sumamente

apreciado de las nuevas "mujercitas de su casa" y en todos los "trousseaux" de novia empiezan a verse ya, como prendas imprescindibles de toda "toilette" femenina, los encajes, los crespones, las muselinas ligerísimas, los tisúes metálicos, los terciopelos, que constituyen los materiales complicadamente diabólicos de que se forman.

La moda del pijama ha entrado muy lentamente en nuestras costumbres occidentales. Realmente constituye un exotismo caprichoso que no responde a ninguna necesidad de la indumentaria. Los primeros pijamas eran horribles, al menos así lo parecían a los ojos no acostumbrados de los europeos. Poco a poco la prenda ha ido ciñéndose capciosamente a nuestros gustos, a nuestra tradición en el modo de vestir. Se disimula el pantalón con tales artes que sólo algunas fugitivas flexiones de la pierna pueden hacer ver que se trata de tal pantalón. El resto corresponde a una feminidad tan absoluta, que se ha llegado hasta el corte María Antonieta de los corpiños. Un abrigo corto de raso brillante o tisú guateado, con vaporosos adornos de piel de cisne, contribuyen a este efecto de feminidad rebuscada.

Pero al lado de éstos, que podemos llamar versiones occidentales del pijama, están ya en todo su apogeo los que reflejan francamente su origen y lo proclaman orgullosamente, incluso con la pompa oriental de los tejidos de que se forman. El calzón, clara y netamente definido, y la casaca corta, en tejido metálico de colores brillantes, formando ambos una ambigua silueta de "daddy-doll" decadente.



El viento otoñal

El *cocktail* coloreado del otoño no se forma únicamente de radiantes mañanas, de tardes doradas cruzadas por bandas de brisa calina; tiene también la verde absinta, el deje amargo de los atardeceres friolentos, ese sutil contraste de sabor sin el cual el *cocktail* no alcanzaría su categoría exquisita.

Esta hora otoñal no es nada apenas. Un ligero estremecimiento en medio de la brisa templada, y con el que se nos anuncia que una delgada hoja de frío va buscando con designios malvados nuestros costados indefensos, y de aquí que el abrigo de otoño, un abrigo "sui géneris", presente una especialidad que le diferencia de todo otro abrigo de entretiempo.

El abrigo de primavera tiene algo de más alegre, de más ligero, de puerta abierta al verano. El de otoño empieza a ensombrecerse, tomando los tintes melancólicos de la Naturaleza, y empieza a cubrirse también parcialmente de esas pieles que son el más expresivo anuncio del invierno que se avecina.

El otoño tiene sus colores predilectos. El verde oscuro, el tosta-



Abrigo de ratina marrón, cuello de "gorinas".

Abrigo adornado de astracán gris.

do "hoja seca", el gris crepúsculo... Tiene también sus pieles favoritas, menos refinadas que las invernales; pieles que recuerdan todavía el deporte, la campiña. Piel de zorro, de lobo, de liebre, de marta o de bisonte...

La línea de nuestros abrigos otoñales es este año especialmente atractiva y elegante. Destinada a dar a la silueta una esbeltez suprema, esa línea alargada y elástica que persigue la moda con investigaciones incansables, vuelve de nuevo a hallarla, alejándose del error profundo de los talles bajos, que hacían achatada e informe la silueta y que sólo podían favorecer a las mujeres extremadamente delgadas o a las muy gruesas, para las que constituye una tragedia señalar la línea de la cintura.

En este sentido, el talle vuelve a la altura que alcanzó hace cinco o seis años; es decir, que lejos de mantenerse en su sitio, cosa ya por lo visto imposible, tiende a remontar de nuevo, creando una silueta de talle muy corto, aún más acentuado por el largo cada vez más prolongado de las faldas.

En los abrigos prepondera esta línea acaso aún más acusada. Los cinturones, los cuerpos cortados, algunos movimientos de bolero iniciados con el objeto de marcar la altura siempre ascendente del talle, o bien el entallado por medio de pliegues o de pinzas, marcan perfectamente la cintura, y traerán como consecuencia una reforma de la toilette interior, acaso una vuelta hacia los corsés más emballeados, más altos, sobre todo para aquellas personas cuyo peso, tam-



Abrigo de lana "beige" fantasía, cuello de piel de lobo.

Abrigo en "rally-kasha" azul, adornado de marla.

bién en marcha ascendente, no autorice ni haga posibles estas formas sin estar previamente modeladas por una armadura de aceros.

La moda de entretiempo es de las más difíciles de lograr para sus creadores. Sus avances evolucionan en una línea contenida de discreción que vaya preparando para el cambio definitivo que se opera en las dos grandes temporadas, la de invierno y la de verano. Pero

en esa gran rueda multicolor que marca las estaciones de la elegancia, sus puntos de avance y de reposo, sus retrocesos a veces, el otoño significa un compás de espera, detrás del cual se sabe que ha de llegar lo más interesante y lo más discutido de la partitura.

Los trajes de otoño no tienen carácter propio. Son los "ensembles" que participan del carácter de abrigo, como complemento del vestido. En realidad la moda otoñal se despliega precisamente en el corte de los abrigos, de las chaquetas, que son otra de sus modalidades.

Como en otros años, los trajes sastre, poco alterados por las veleidades de la moda, que se detienen ante las hechuras clásicas, serán la toilette ideal del entretiempo. En ellos se encontrará las características que informan esencialmente la línea actual. Falda más larga, talle más alto. Parece que tiende a renacer la forma smoking que hizo furor años atrás y que después casi se olvidó por completo. Por lo menos el corte de los cuellos es casi invariablemente ése, aunque se permitan otras fantasías agradables, como el cuello-solapa, que es de las más aceptadas.



CASA PASSAPERA FUERTES

Adela

Vestidos

Abrigos

Sombreros

Génova, 19 MADRID Teléf. 33125

PODRÍA creerse que a las edades clásicas les habían sobrado algunos dioses; tantos, que hasta repetidos los tenían y no sabían qué hacer con ellos.

Sin embargo, los griegos, tan amantes de la forma, estarían afligidísimos si hubieran podido conocer el ardor con que la sociedad contemporánea se entrega a ese noble ejercicio de la fuerza, la agilidad y la destreza, que fueron en su tiempo la aspiración suprema de toda una raza... Para nuestras jóvenes deportistas contemporáneas, faltan dioses tutelares...

Será necesario que los modernos Fidas nos modelen una diosa del tenis, una blanca y graciosa deidad del alpinismo..., la diosa de la nieve, que habrá que tomar prestada de las teogonías del Norte...; los dioses ligeros del "canoe", de la natación, del aeroplano...

Las jóvenes vestales, diaconisas y sacerdotisas de esos cultos habrán de resignarse a tener unos dioses "expresionistas" geoméricamente dinámicos, verdaderas síntesis plásticas del movimiento y la trepidación. Pero no creemos que eso les importe mucho. Lo esencial es esto otro: Contar con un equipo perfecto para los deportes favoritos.

Ved esa cazadora que ignoramos si se colocó previamente bajo la protección directa de Diana. Es ella misma una joven Artemisa muy moderna, dispuesta a recorrer las florestas, a aguardar pacientemente en los puestos, hasta cobrar las pie:s necesarias. Su "tenue" tampoco se parece nada a la de las cazadoras románticas. La boina, las medias, el traje, la bufanda pueden ser lo mismo para un paseo en auto, para un viaje, para una excursión deliciosa a pie por los campos otoñales...

En cambio, el complicado "atrezzo" de las esquiadoras, ¡qué maravillosa teatralidad presenta! He aquí unos trajes que no pueden servir más que para lo que son, cualidad esencial de todo traje verdaderamente seductor.



La nueva mitología



Traje de viaje y caza, en lana negra y gris. Bufanda gris, a cuadros de dos tonalidades.



Traje de alpinismo en lana azul adornada de bandas de fantasía de diferentes colores.

El traje ideal, y que ha sido unánimemente adoptado para el "ski", es el noruego. Los modistos especializados en el género "sport" han introducido algunas variantes de fantasía a este traje clásico; pero el pantalón "noruego", cerrado en el tobillo y ceñido por el calzado igualmente noruego engrasado, continúan siendo insustituibles.

Muchas muchachas y muchachos adoptan con este pantalón la blusa rusa, en antílope o cuero de tono natural o azul marino, prescindiendo del pantalón de cuero, que presenta el inconveniente de no ser bastante flexible.

Para el deporte del patín se adoptan esos abrigitos cortos en pieles valiosas, entre las que se cuenta el armiño.

Por último, citemos dos variedades de "ski" poco conocidas y practicadas por nuestros deportistas españoles, al menos en nuestras sierras: el "skijoering"—los esquiadores arrastrados por un caballo—y el "skitailing", o los que van enganchados a un automóvil. Ambas derivaciones del deporte de la nieve son atrevidas y proporcionan una emoción profunda e intensa a los aficionados y aficionadas a tener "el

alma en un hilo". Los trajes empleados en las dos variantes no difieren en nada de los del "ski" corriente, aunque pueden ser algo más resistentes, y aun deben, por precaución, serlo.

En este invierno, como en todos los inviernos, las amantes de la nieve que no temen los peligros de resbalar al filo de abismos que pondrían pavor en pechos menos esforzados, ni las volteretas casi inevitables en esos toboganes lucientes y fríos, que parecen amasados en polvo de cristal, tendrán un vasto repertorio de deliciosos caprichos a elegir para sus "toilettes" de alpinismo: el antílope, el paño, la lana, el astracán, el armiño, la franela. Nombres evocadores de otros climas, de otras latitudes..., de los "fiordos" noruegos, de las estepas rusas, de las cumbres alpinas, de los misterios tibetanos... y de nuestra sierra guadarrameña, que promete ser en lo futuro el Saint-Moritz o el Chamonix de los madrileños...

Traje de sport en lana de los Pirineos, chaqueta de piel de armiño blanco y negro.



Vestido de noche en encaje de seda artificial negra.

El asunto al pronto parece baladí. Pero no lo es tanto si se considera que Francia, el país atacado por ese espionaje blanco, surte de modas al mundo entero, y que es justamente ese formidable elemento de comercio mundial el que le va siendo arrebatado lentamente por los copiadores de modelos.

En la nación vecina empieza a cundir la alarma y se crea una vigilancia especial, pero que tropieza con grandes dificultades para impedir el robo—digámoslo así—o el plagio, empleando una calificación más suave.

El mecanismo de este espionaje se desarrolla de un modo muy sencillo, al decir de la encargada de una gran casa de costura, que ha sido al efecto interrogada por un

Una nueva forma del espionaje

GRAVE problema el que se presenta ante los modelistas franceses.

La competencia contra las modas importadas de Francia, y que comenzó hace unos años con todo el brío de una furiosa ofensiva, parece que toma ya los caracteres de una formidable organización secreta, con sus ramificaciones, sus centrales, sus puestos de espionaje y de contraespionaje.

La humanidad ha tomado gusto a ciertos juegos peligrosos que le enseñó la guerra. Y en la paz, sin trincheras y sin cañones, pertrechados únicamente de habilidad y disimulo, los ejércitos de espías que antes tomaban, arriesgando su vida, datos de una fortificación, de una posición, de un armamento, toman ahora, sencillamente... croquis de las grandes casas de costura.



Vestido de "taffetas" negro brochado en grandes flores de terciopelo negro y blanco.



Otro elegante modelo norteamericano, en gasa y colas de armiño.

periodista sobre esta apasionante cuestión:

—Las casas de costura de Nueva York, Buenos Aires o Londres, delegan a sus comisionistas cerca de los grandes talleres—ha dicho la dama interrogada—, pero supóngase usted que un intermediario sin escrúpulos—lo cual puede ocurrir perfectamente—se desliza entre la gran mayoría de intermediarios honorables y viene a ver las colecciones. Este individuo encargará, por ejemplo, diez modelos, que deberán ser entregados diez días más tarde en el hotel en que se hospeda. ¿El motivo de esta rapidez? Sencillamente—os dirá—, la necesidad en que se encuentra de embarcar sin pérdida de tiempo.

Una vez recibidos los modelos, el intermediario los alquila a las casas que se dedican a copiar, o bien se asocia con otros intermediarios igualmente faltos de escrúpulos, creando así una red que nosotros no podemos romper, puesto que ya constituye una cadena de hechos consumados."

"Los modelos copiados se ejecutan con los mismos tejidos que los originales y de modo tan perfecto que únicamente una persona muy experta puede distinguirlos. Los espías proporcionan, naturalmente a bajo precio, las copias y engañan así a la clientela. América del Norte y del Sur, Inglaterra, España, se ven invadidos por estas copias, de suerte que cuando los modelos de origen se presentan a la clientela priva-



camente Francia la que usufructúe el cetro de la elegancia femenina y el ir preparando el terreno por medio de sucesivas decepciones en la clientela para que ésta se dirija a otros mercados...

¿Cuáles pueden ser estos mercados? Las tentativas neoyorquinas, dirigidas a crear un gran centro de modas femeninas en América del Norte, son conocidas de todos.

Es muy posible que los manejos oscuros y tenaces de estos falsificadores de elegancia no sea sino el comienzo, la preparación de la gran ofensiva que, sin duda alguna, se prepara en el porvenir. Esta guerra de los "trapos" no por incruenta dejará de hacer sus víctimas, sus heroínas y sus caudillos.

Fotos Llopis.



Traje en crespón "georgette" bordado en perlas, estilo inglés.

Modelo norteamericano de traje de noche en crespón blanco bordado de flores de "strass".

da por los intermediarios de buena fe, ocurre que las clientes se llaman a engaño porque ya han visto modelos análogos en los escaparates de todos los comercios y en las exposiciones de modistas de segunda fila. De este modo, el prestigio de la gran costura francesa pierde terreno, y el comercio de modas puede llegar así a sufrir una crisis sin duda prevista por estos defraudadores."

Ahora bien, aparte del lucro inmediato ¿cuál puede ser el propósito de estos "copiadores" o "falsificadores" de modelos? Sin duda el interés, que hay que buscar en organizaciones más elevadas y complejas, de que no sea úni-



Traje de noche en crespón de china blanco.

Consultorio de belleza

FLOR DE TE

Por favor, señorita, no sea usted niña. Eso tiene muy fácil arreglo y no hay motivo para que se desespere. Haga caso de las indicaciones de su amiga, puesto que fácilmente comprenderá que al recomendarla a ella el uso del Sudoral es porque lo considero inofensivo. Creo que de este modo quedará convencida de que, efectivamente, su amiguita no mentía al decirle que se lo había indicado yo por medio de esta sección.

MARISA

Me parece adivinar que no es su carácter como usted se esfuerza en darme a entender en su carta. No es "la tontería de ver que un chico se preocupa por mí" lo que a usted le interesa, sino el que ese muchacho se enamore de Marisa. No creo oportuno el que se tiña el pelo, puesto que variará mucho su cara. El tono medio rubio de su pelo me parece mejor que el rubio teñido, puesto que siempre da idea de algo ficticio. Mezcle polvos Freya rachel y rosa, dos partes por una, respectivamente, y pruebe a ver si le sientan bien a su cutis. Como colorete use el Arrebol.

LILY

Lávese por las noches con agua de salvado. Las fricciones con hielo son inmejorables. Las cremas deben darse frotando suavemente hasta que se calienta la piel y la absorbe; entonces se quita la grasa con una toalla y se procede a la fricción con el hielo, envuelto éste en una tela fina. No me extraña esté de acuerdo conmigo en que el Humo de Sándalo favorece mucho. Le aconsejo mucha discreción al maquillarse.

PRESUMIDILLA

No se dé jabón en la cara, pues muchas veces es la causa de que salgan esos antipáticos granitos. Lávese con agua caliente procurando limpiar bien los poros y después con agua fría. Para las pestañas dése ricino con ron. Como rimmel use Pastimel.

COSMÓPOLIS

Me veo precisada a decirle que su consulta es muy complicada. No me atrevo a darle el consejo que solicita de mí, sin tener más antecedentes. Respecto a su segunda pregunta puedo indicarle el Jugo de Rosas líquido, que es un producto insustituible.

UNA GORDITA

Dése por las noches al acostarse agua de rosas y glicerina. Puesto que, según me dice, no le importaría hacer algún gasto con tal de lograr su deseo, vaya a un buen instituto de belleza a ver si por medio de masajes se la mejora.

Maribel

Tratamiento de belleza "Misterio"

Son los únicos con los que conseguirá usted, señora, resultar mucho más hermosa, pues quitan años, presentándose en sociedad con una cara encantadora: Informes en la perfumería del autor. San Onofre, 6.-Madrid. Teléfono 18463.

CONSEJOS UTILES

PARA LA ADQUISICION

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes, tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo 29, Madrid, de gran confianza. Teléfono 12646.

Fundación del Premio Revista "Cosmópolis"

Debemos a nuestros lectores una explicación relativa al premio convocado para el año 1929. Diversas circunstancias, entre las que figura en primer término la ya bien notoria de los cambios y modificaciones sufridos en la vida interior de esta Revista, han aplazado más de lo que quisiéramos la resolución de este asunto. Por otra parte, el escrupuloso cuidado con que hemos querido proceder en esta ocasión rodeando el Concurso de todas las apetecibles garantías de seriedad, han contribuido también a que no hayamos podido dar hasta hoy a nuestros lectores noticias concretas.

Hoy nos place comunicar que se ha constituido el Jurado que ha de fallar entre las novelas presentadas y que optan al premio de 5.000 pesetas ofrecido por COSMÓPOLIS. Lo forman los ilustres escritores

D. Pedro Sáinz y Rodríguez,

D. Dionisio Pérez y

D. Cristóbal de Castro,

a quienes la Dirección de COSMÓPOLIS se complace en enviar el sincero testimonio de su gratitud por el honor que nos hacen dignándose aceptar la designación, dando con ella a los concursantes las máximas garantías de imparcialidad y acierto. Esos tres nombres preclaros son, en efecto, la mayor prueba de que el Concurso ha de ser fallado con inteligente escrupulo y con innegable sinceridad.

En el número próximo publicaremos la lista de las obras recibidas, añadiendo las noticias concretas que con relación a la fecha del fallo y de entrega del premio podamos adelantar a nuestros lectores.



MATEO JOYERO

MADRID • ARENAL 9

mujer



Remy
Bo.

de Tijera



1 los cinco 2 sobresalientes 3 de Cerito

1 CUENTO

CERITO era un chiquillo bueno; era el niño que soltaba la cometa todas las tardes en el campo y dejaba que todos la tuvieran un rato.

Cerito era el niño al que regalaron una caja de soldados y un tiro al blanco, y ofrecía todos los días uno de los soldaditos al que tuviera mejor puntería.

Y daba una parte de jamón del bocadillo al amigo que tuviera más a mano, y parte del pan al perro que pasara por allí, y parte del vaso de agua que le ponían al tiesto que estuviera más cerca.

Cerito era un buen chico..., pero que no estudiaba.

El creía que no tenía memoria, que era torpe...; pero era que no estudiaba. Cogía los libros, y en seguida se levantaba de la silla y se asomaba a la ventana para ver el toldo de los coches, la plata pulverizada de las mangas de riego y las niñas que pasaban jugando a tapar la calle.

Al padre no le cabía en la cabeza el que su hijo, siendo bueno, no fuera estudioso. Y unas veces le daba por regañarle, que era los días en que el señor se ponía un sombrero hongo muy antipático, y otras veces, los días que se ponía un blando sombrero gris, le consolaba diciendo:

—Tú no llores porque no te sepas la lección, hijo mío. Quién sabe si con el tiempo podrás aprenderte bien todos los libros.

Y el niño cometía la incorrección de sorberse un poquitín las narices; pero es el caso que se consolaba bastante.

Con la madre, las conversaciones y regañinas se referían siempre a los guisos y postres, lo cual es natural, porque las mamás están pensando siempre en las cosas de la cocina.

Por eso le decía:

—Mira, hijo mío: si eres bueno y te aprendes la lección, mañana hago arroz con leche y pongo encima con canela: Cerito.

—Bueno, mamá; estudiaré.

Pero la lección no era aprendida tampoco. Y entonces la madre le gritaba:

—¡Hoy vas a sufrir el castigo! Como hay croquetas probarás una para que sepas lo buenas que están; pero nada más que una, y así el sufrimiento será mayor, ea. A ver si con estas cosas te haces, al fin, un hombrecito formal.

Cerito solía decir entonces:

—Oye, mamá: cuantas más pruebe, me daré cuenta mejor de lo ricas que están, y sufriré más.

Pero este razonamiento no convencía a la maíta.

El señor estaba indignado; no dormía; daba vueltas y vueltas en la cama, pensando en que el hijo iba para mayor y no sabía nada; no tenía voluntad para aprender nada.

Los muelles de su colchón protestaban de que no se les dejara tranquilos, y de cuando en cuando sonaban: ¡clinnn!... ¡clannn!...

Un día se levantó decidido a regañar severamente a Cerito, a ver si haciéndole temer más castigos se agarraba al libro de estudio como si fuera con goma...

Y entró en el cuarto del niño, y se le encontró sentado en la cama, con los ojos tapados con un pañuelo. Lloraba.

Además, la almohada estaba mojada por las lágrimas.

—¿Qué te sucede, Cerito?

—Lo de siempre, papá; que esto de no poder estudiar va a ser mi perdición...

¿Quién regañaba a Cerito si él era el primero en comprender el daño que se estaba haciendo?

El padre no dijo nada. Cogió su flexible gris y se fué a la oficina.



Todo el mundo, sus compañeros sobre todo, se dieron cuenta de que algo le preocupaba hondamente.

A la noche se volvió a meter el buen señor en la cama, y... ¡venga a dar vueltas y vueltas! De nuevo, y más que nunca, volvieron los muelles del colchón a hacer: ¡clinnn! y ¡clannn!... Y el buen caballero no dormía. Pensaba, pensaba, pensaba...

—Por fin, ¡oh, qué alegría!, despertó a su mujer para decirla:

—¡Claudina, soy feliz! Creo que he descubierto la manera de que el niño, nuestro *Cerito*, se aprenda las asignaturas.

—¿Es qué sueño?—preguntó Claudina restregándose los ojos.

—No, esposa mía. ¡Oh, qué gran satisfacción!...

Muy temprano, con su sombrero claro, se fué al bazar y compró un soberbio balón de sonidos metálicos al botarle. Estaba hecho de piezas nuevas, duras, gordas, que parecían losas de patio antiguo.

El pitorro, cuando se escapaba juguetón como un chupete de bebé, apuntaba como un trabuquito de juguete. La correa que cerraba la rendija era como un cordón de bota, aunque no se sabía por dónde empezaba; y en las botas sí. Estaba tan fuerte y tan lleno de aire duro dentro, que se le daba palmadas como a las sandías y casi sonaba igual. Y se le acercaba el oído y sonaba a mar, como las grandes caracolas.

Cerito era aficionadísimo al fútbol. Todas sus gorras habían servido para señalar porterías en la calle. Y hasta le gustaba mirarse a un espejo que llegaba al suelo, con pantalón blanco y camiseta blanca, como si fuera un futbolista de postín, y la esfera que tenía para la Geografía, cogida debajo del brazo, como

si fuera el balón. Su papá le entregó la nueva pelota y le dijo:

—Ahí tienes el jardín para jugar. No pises mucho las rosas; pero si es preciso, písalas. Las rosas te quieren casi tanto como yo y te perdonarán. Tú juega con tus amigos o pelotea solo por el jardín. Pero ha de ser con una condición: que la goma la infle yo todas las tardes.

—Bueno, papáito; lo que tú quieras.

Entonces el padre se cerraba en su despacho, estudiaba una de las lecciones que tenía que aprenderse *Cerito*, la repeta al mismo tiempo de llenar con su aire el balón y allí dentro quedaba el capítulo que fuera.

Pero cuando iba a echar por el balcón la pelota a *Cerito* y sus amigos, que aguardaban en el jardín, desataba un poquito el pitorro, y cuando empezaba a escaparse la lección lo arrojaba.

Cerito, como entusiasta futbolista, ponía su atención, sus cinco sentidos, en el balón nuevo, que iba saltando de un lado para otro.

Total, que el chiquillo atendía sin darse cuenta a las lecciones que cada tarde salían por el pitorro, y que se aprendió las cinco asignaturas a maravilla, en las que le dieron cinco sobresalientes.

Con los cinco sobresalientes se hizo *Cerito* cinco cucuruchos para los cinco dedos de la mano,

y el padre regaló al balón su sombrero flexible, gris; se lo puso, y dejaron el pelotón en la cómoda, sobre un vaso que hacía de cuello. Y era como un amigo.

ANTONIORROBLES



2 CURIOSIDADES

UNA SALIDA DE BUFÓN

Ya sabéis que los reyes solían tener sus bufones, que, por lo general, entre burlas y chistes, decían hasta a los mismos reyes verdaderas crueldades de su carácter y defectos.

Carlos el Malo, rey de Navarra, tenía un bufón del que se dice que fué de los más osados que hubo nunca. Tanto es así, que dijo algo al rey tan ofensivo, que aquel colérico monarca le mandó matar.

Antes de la muerte le llamó y le dijo:

—Me has hecho reír tanta veces con tus gracias, que yo te

voy a conceder una gracia también. Y es la de que elijas la manera de morir.

—Quiero morir de viejo, majestad.

Esta salida fué tan oportuna, que el bufón se salvó de las iras del rey. Y hasta volvió a ocupar el cargo que tenía en palacio.

NUESTROS VERDADEROS SASTRES

Cuando el hombre, en los primeros tiempos de la vida, se dedicaba a la caza salvaje, se vestía con las pieles de cuanto cazaba.

Después consiguió dedicarse al pastoreo, y no usa desde entonces casi más ropa que la que se hace con las lanas de sus rebaños. Con lo cual no tiene que matar a los bichos. Les saca una utilidad anual y no se les sacrifica demasiado, porque se les esquila cuando va a caérseles el pelo.

Australia produce 500 millones de kilos de lana de oveja

anuales. Europa, 400 millones. Sólo la Argentina, 250 millones.

La mejor raza para lana es la merina, oveja española que todas las naciones han cultivado llevándola de España.

En el Perú se cría la alpaca, también para lana, y en Africa se saca algún provecho de la lana que crece en la joroba y el cuello de los camellos.

3 CHISTES



En un manicomio:

—¿Y qué le pasa a aquel loco tan solemne?

—Que tiene monomanía de grandeza; pero ya está mejor. Antes se creía Carlos I y ya dice que es Carlos IV. Yo creo que llegará a nuestros días, por fin.

En el puerto:

—¡Gracias, buen marinero! Ya estaba ahogándome cuando me ha salvado. Tenga, para usted esta monedita de dos reales.

El marinero (*al ver la poca propina que le dan*).—Pues tenga usted los cuarenta y cinco céntimos que le sobran, porque su vida no vale más de una perra chica.

—Buenas noches. ¿Es aquí donde el doctor Gutiérrez va a dar una conferencia acerca de "Cien maneras de evitar las enfermedades"?

—Sí, señor; pero se ha suspendido.

—¿Y cómo es eso?

—Es que se ha puesto malo el doctor Gutiérrez.

CONCURSO INFANTIL

LA REFORMA DE LA BARAJA

Don Timoteo y sus hijos Tomás, Torcuato y Teodoro juegan todas las noches unos garbanzos crudos a la brisca. Don T. ha dicho a sus pequeños T., T. y T. que quiere reformar la baraja; que ya está harto de que siempre seanoros, copas, espadas y bastos.

Entonces se han encargado cada uno de los cuatro de hacer un *as* distinto. Y nosotros hacemos el mismo encargo a nuestros lectores. Cada uno, pues, nos debe enviar, si le parece, uno o dos *ases* dibujados, que no sean de oros, copas, espadas ni bastos; que sean de lo que les parezca *gracioso*.

Avisaremos el cierre del concurso cuando tengamos elementos de estudio suficiente, y entonces premiaremos con admirables libros de buena

literatura los cuatro *ases* que, *por su gracia*, sean dignos de tenerse en cuenta.

Los dibujos han de tener exactamente el tamaño de un naipe, han de venir en tinta negra, y acompañados del cupón que se publica en esta página, advirtiéndole que con cada cupón no admitiremos más de *dos ases*.

Concurso infantil de «Cosmópolis»
LA REFORMA DE LA BARAJA

CUPON PARA EL ENVIO DE UNO O DOS PROYECTOS DE ASES

16.º Certamen

Agosto, septiembre y
octubre

La criptografía es un arte de origen puramente egipcio; comenzó a practicarse en tiempos muy remotos, cuando aun era desconocida la caligrafía; proviene de las inscripciones enigmáticas que, representadas por diversas combinaciones cabalísticoartificiosas, acostumbraba a ponerse por aquella época sobre monolitos en las tumbas, dólmenes y criptas, para perpetuar la memoria de los familiares fallecidos. La escritura criptográfica llegó a alcanzar gran importancia entre los egipcios; muchas de estas lápidas inscriptivas, generalmente indescifrables, han podido apre-



Y
AMENIDADES
Por FRAMARCON

Así, pues, la criptografía, no obstante su abolición, sigue siendo un arte que tiene por virtud principal instruir deleitando.

El presente concurso comenzó con el pasatiempo 473 y termina en el 512 en este número

ciarse en la tumba de los Faraones descubierta en las pirámides de Egipto. A la escritura criptográfica reemplazó la hierática o sacerdotal, y a ésta la demótica o popular, hasta conseguir la fácil y clarísima hoy en uso. Posteriormente, el descubrimiento de América por nuestros antepasados vino a demostrar que también aquellos hombres poseían sus sistemas de escritura, siendo una de ellas, la más usual, sin duda, la llamada jeroglífica o criptográfica.

Número 500.—¿SERA PARA MUCHOS AÑOS?



Número 501.
(En una carrera pedestre.)
¿PASO LOLA YA?

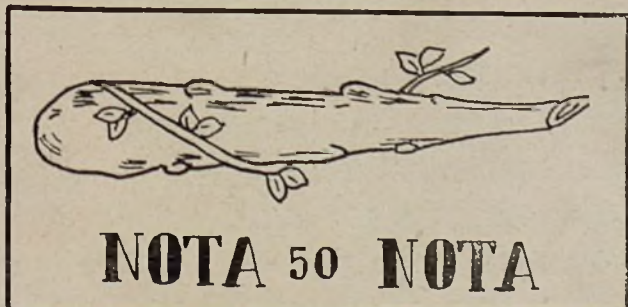
DESLEIBLE



DOS AS

Número 502.—RESERVA

Número 503.—MARIPOSA



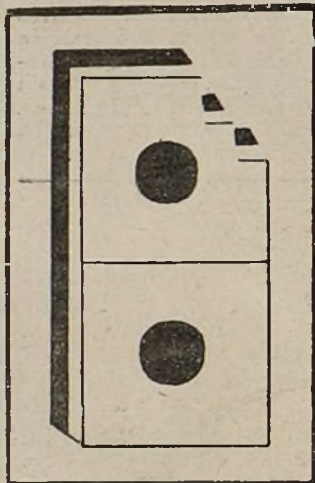
Número 504.—¡¡A LOS TOROS!!

ELLI
SSSSSSSSSS
500
NITRATO

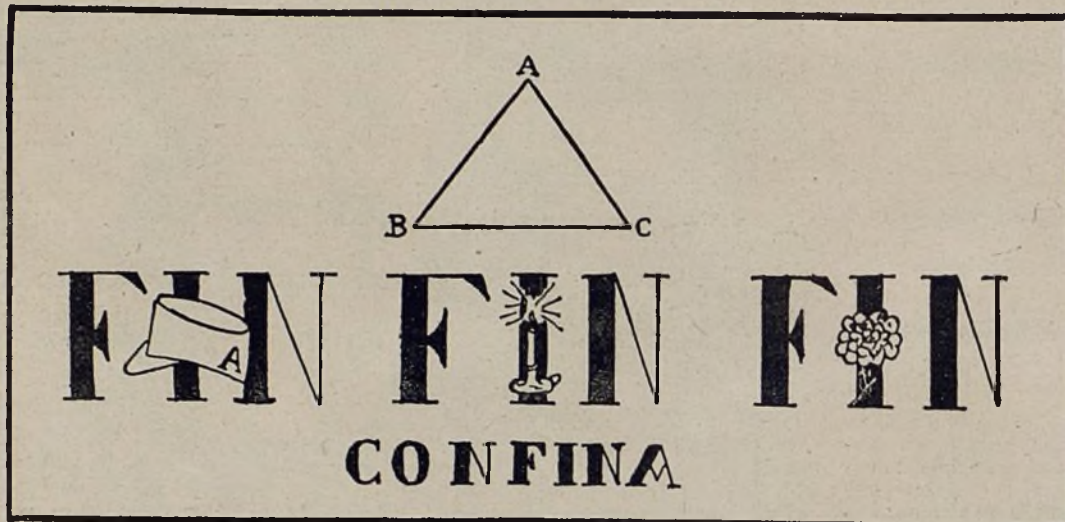
Número 505.—CHARADA

- 1.—LETRA
1-2.—ANVERSO
1-2-3.—REUNION
1-2-3-4.—REUNION

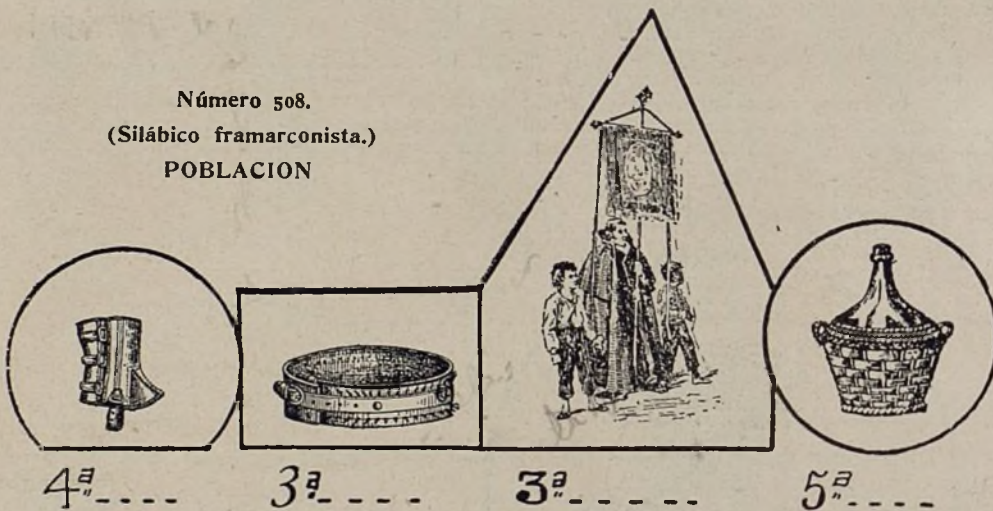
Número 507.
BETUN



Número 506.—¿COMO QUEDARON TUS CHICAS EN EL CURSO?



Número 508.
(Silábico framarconista.)
POBLACION



Número 509.—¿DONDE LOS HALLASTE?

O

M^{re} LUISA GUÍA
JUAN G SACASA
MAGDALE UJADAS
MANUEL STRADA

ENCARNACION ORBEA. AMPARO F. DE CANO.
« JUAN GARMENDIA. » « MANUEL CANO RUIZ. »
« EDUARDO DE OTADUY. » « JOSE M^{re} DE SOROA. »
PABLO DE BASAURI. CANDIDO CARRASCO.

ESTAFETA

J. L. GARCIA, MADRID.—LOS SILABICOS SE RESUELVEN TOMANDO DE CADA DIBUJO QUE ENTRA EN SU COMPOSICION LA SILABA CORRESPONDIENTE AL NUMERO QUE LLEVAN DICHOS DIBUJOS; ESTAS SILABAS, LEIDAS POR SU ORDEN DE COLOCACION, FORMAN EL TODO O SOLUCION A QUE ALUDE EL ENUNCIADO DEL SILABICO.—CELEBRO SU INGRESO EN LA ORDEN Y LE DESEO MUCHOS EXITOS. — INMERECIDOS LOS ELOGIOS A MI MODESTA LABOR CRIPTOMANIATICA

SE AMPLIA HASTA EL 31 DE ESTE MES EL ENVIO DE TRABAJOS CRIPTOGRAFICOS PARA EL CAMPEONATO 1930

SILUETAS RECORTABLES, CONSIDERENSE FUERA DE CONCURSO ACTUAL

COSMOPOLIS
CONCURSO CRIPTOGRAFICO
Los no suscriptores acompañarán a sus
pliegos tres de estos CUPONES
pegados aisladamente por
este lado y en lugar
de firma.

"DOS EN UNO"

Pasatiempo fuera de concurso.

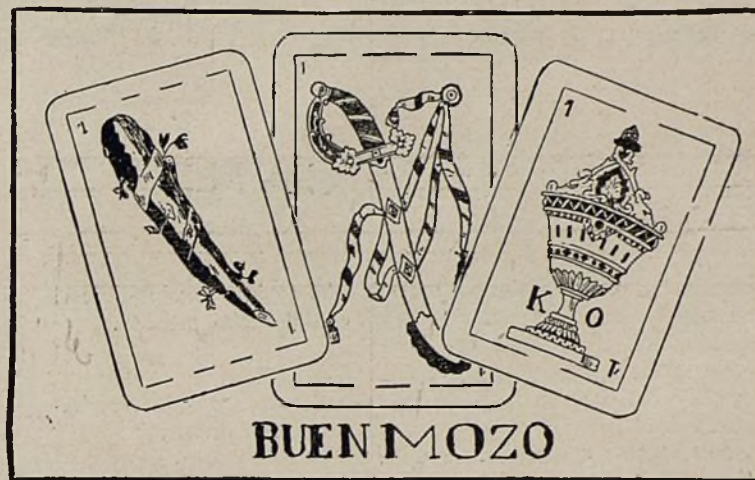


COMPONEN ESTA "FOTO", CONFORME INDICA SU LINEA DE DIVISION, UN CONOCIDISIMO SOCIALISTA ESPAÑOL Y UNA NO MENOS CONOCIDA Y MUY BELLA Y ADMIRADA ARTISTA

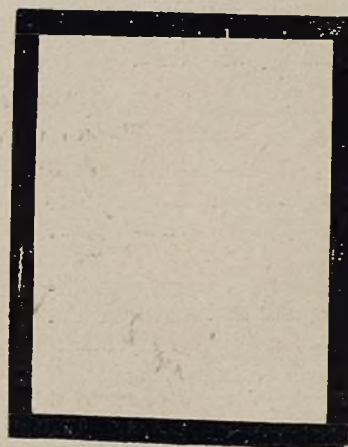
Número 512.



Número 510.—¿COMO LO DEJASTE?



Número 511.



LA F

CALCAD EN
CARTULI-
NA O CARTON
LA ADJUNTA
C; RECOR-
TADLA Y CO-
LOCADLA SO-
BRE UN REC-

TANGULO IGUAL A LA MUES-
TRA, DE FORMA QUE RESULTE
UNA EFE PERFECTA

LA COQUETA

DESPUES DE CALCADAS EN
CARTULINA LAS LETRAS AD-
JUNTAS, BUSTO Y CABEZA DE
MUJER; RECORTADO TODO
ELLO, COLOCADLO EN EL IN-
TERIOR DE UN MARCO IGUAL
AL PUNTEADO, DE
FORMA QUE RE-
VELE UNA MUJER
ADMIRANDOSE EN
UN ESPEJO



¿SON DE SU
AGRADO ESTOS
PASATIEM-
POS RECORTA-
BLES?

DIGA

CONCURSANTE
Nombre: D.
Pueblo:
Provincia:
Calle:
Núm.

Confección, texto y dibujos de esta Sección, por Framarcón.

LOS ESCRITORES NUEVOS

LA CAMPANA DEL LUGAR

Fuera caían las gotas en chorro interminable, repiqueteando sobre el suelo fangoso y quebrándose con reflejos de cristal hecho pedazos.

Pegada a la reja, Rosario repetía:

—Acércate más, que ya casi chorreas, pobrecito mío.

Y él se acercaba—¿cómo no?—, apretándose contra los barrotes húmedos, igual que si quisiera estrujarla a ella entre sus brazos.

—Entonces, ¿estás decidida, vida mía?

—Sí, lo estoy.

—No te arrepientas. Piensa que es la felicidad, una felicidad inmensa, la que nos espera fuera de los tuyos. Piensa que vas a desatar el dogal que te aprisiona, para ser tú la que me aherrojes con la dulce cadena de tus brazos. Y solos los dos, ¿quién habrá que pueda turbar nuestro encanto, el encanto de tenerte en mis brazos siempre, siempre, toda una vida? ¿Querrás?

—Querré, querré...; pero júrame que no me dejarás nunca.

—Nunca, nunca.

—Y que me querrás siempre.

—Siempre, siempre. ¿Irás mañana?

—Iré.

—¿Te acordarás? El toque de ánimas será la señal de que yo te espero en la enrucijada del camino ancho; la señal de la libertad, pobre palomita presa.

Tardaron mucho en despedirse. Rosario no abría sus manos para dejarle escapar. Tenía miedo de que marchase, porque le horrorizaba la idea de quedarse a solas con sus temores, con sus esperanzas, unas esperanzas—como todas—fraguadas en el dolor de otros. Pero al fin partió.

¡Pobre campanita del pequeño lugar! ¡Qué triste oficio el suyo el de aquel día! Su toque, el alegre doblar de las mañanas de sol, que era un desgarrar de claros sonidos sobre los tejados mugrientos de la aldea, iba a convertirse en traidora señal que, lanzada desde su torre, desde la torre bendita de su vieja ermita, no sería ya sino triste doblar por algo muerto en el poblacho: el cadáver de una fe augusta, rota por el alda-bonazo del mal en las puertas de un tranquilo hogar. ¡Pobre campanita de la aldea! ¡Cuánto daría ella por callarse, por inmovilizar su badajo para que no saliese ningún sonido de su cuerpo de bronce! Diminuto guardainfante que se balancea en el marco del estrecho campanario, quisiera morir, caer desde lo alto y estrellarse en los guijarros de la calleja, antes que lanzar su gemido al aire. Palomita morena que atisba todos los senderos que se pierden tras las bajas colinas, quisiera romper sus alas impolutas, antes que trocarse en cómplice de una traición, en cantar lúgubre de ave agorera que anida en los troncos de los árboles carcomidos.

Largas, largas, interminables, fueron las horas que siguieron a la entrevista para Rosario. Triste, llena de sobresaltos, de pesadillas, fué la noche aquella para la pobre, pero más largos son los años, más largas son las vidas, y pasan raudos, como en una procesión de encapuchados jadeantes que se persiguen unos a otros sin alcanzarse nunca. Y llegó el día, y volvió a anochecer, y se cerraron las puertas de los hogares, y parpadearon las estrellas en el cielo. ¡Qué inmensas aquellas últimas horas de la espera! Como siglos, como día de muerte, como horas de hambre.

—Ya faltará poco—pensaba.

En su cuarto, como fierrecilla enjaulada, como pajarillo preso, ya se arrodillaba ante la imagen augusta de su crucifijo, ya se despedía con un suspiro de los objetos queridos. En los seres, en los seres adorados—adorados, sí, a pesar de todo—no quería pensar, porque entonces no marcharía; no quería acordarse del intenso

dolor de los que quedaban; sólo anhelaba pensar en el amor que espera, más fuerte que todos, para poder tener alientos y huir.

—¡Cuánto tarda la campana! ¡Qué minutos más horribles!

Y volvían a sucederse en su mente las imágenes de los suyos y la del "otro", librando allí, en el estrecho recinto de su cabecita loca, una horrible batalla de muerte.

—¡Ya poco faltará!—volvía a repetirse.

Y entre las rendijas de su ventanuco mísero miraba al cielo, cada vez más negro, cada vez más lleno de puntos brillantes, como un lienzo agujereado en el que se nota siempre un nuevo hueco luciente, que va horadando, poco a poco, todo el infinito manto.

Y así mucho tiempo. Las horas más largas de su vida.

De pronto, un rumor se acerca en la noche silenciosa, con paso de gigante, cada vez más próximo, un lamento que crece, percibiéndose con claridad más viva a cada instante. Y en la casa hay un rebullir de cuerpos, se encienden los candiles que dormían y la puerta del cuarto de Rosario se abre.

Es su madre. Arrebujada en un mantón oscuro y pingajoso, aparece en el marco de la puerta, como una sombra, como un capricho goyesco, nimbada por la luz del candil que lengüetea.

—¿Qué pasa, Rosario? ¿Todavía levantada?

Rosario no sabe qué contestar, le tiembla la voz, le tiembla el alma.

—¿Qué hora es?—pregunta temblorosa.

—Muy tarde. Pasó ya media noche.

¿Media noche? ¿Es posible? ¿Media noche ya y ella está todavía en su casa, cuando debiera estar por los campos, a la grupa de un caballo sudoroso, en busca de su libertad? ¿Media noche ya? ¡No, no es posible!

—No han tocado a ánimas todavía, madre.

—Te habrás dormido como yo y no oíste nada. Pero ¿qué es ese ruido?

Fuera el rumor es ya casi un grito, un mosconeó enorme que se acerca. Rosario abre la ventana, y allá, al fondo de la calle oscura, divisa un grupo de gente que avanza, salpicado por los puntos de unos farolillos que cabecean en el espacio.

Pasó bajo la ventana.

—¿Qué ocurre, tío Chamelo?—gritó la vieja.

—Na; Damián el campanero que s'ha muerto. L'han encontrao tendío en la escalera de la torre, y allí está como un pajarito.

Rosario no oye más. Cae como un fardo sobre el duro jergón y allí llora, llora mucho, no sabe si de espanto, de alegría o de tristeza; pero de sus ojos fluye la riada de sus lágrimas, que, poco a poco, van ablandando su corazón.

"El otro", cansado de esperar, rabioso de despecho, temblando de ira, marchó para no volver nunca más.

Y la campanita del lugar sonó al día siguiente para llorar por el alma del viejo campanero, alma de su cuerpo; pero al doblar a muerto, su badajo repiqueteaba a veces demasiado sobre el bronce, y era algo profano su sonido, no hondamente triste como el "din-don" augusto de los pasados duelos, sino escondiendo en su lamento la alegría de una risa que estalla entre los labios.

Quizá fuera que eran manos nuevas las que la movían.

"GIL BLAS"
(JOSÉ MÉNDEZ HERRERA)

CANCIÓN A MERCEDES

*Cacho de coquitos...
Poma diminuta...
¡Eres un cestito
colmado de fruta!*

*Fruta son tus labios,
muñequita linda;
tus labios que ofrendan,
besando, una guinda.*

*Fruta son tus uñas
—gotitas de fresa—,
fruta tus mejillas,
carne de cereza.*

*Fruta son tus ojos,
dos pozos de miel...
Esos ojos rubios...
¡De uvas moscatel!*

*Pájaros azules,
verdes y amarillos,
se posan chillones
sobre tu vestido.*

*Colondrinas breves
juegan en tu trenza,
soñando que logran
viva enredadera.*

*Y yo siento a gritos
la voz de las alas.
Y el viento imantado
me azuza y me llama...*

PABLO SALVADORES
FERRUELO

Retrato

*El Ticiano agotara su paleta
combinando las gamas de tu cuello
con el áureo color de tu cabello
y la eurtimia sutil de tu silueta.*

*Su alma de artista y sueños de poeta
dejado hubieran el divino sello
del mágico pincel, en un destello
de luz, de inspiración loca y secreta.*

*Versos rimados son tus labios rojos,
fuente que besos cálidos volcara
para calmar la sed de tus antojos.*

*Sólo falta que el mago nos pintara
la llama ardiente de tus claros ojos
y la armonía de tu risa clara.*

FRANCISCO A. ROSITO
(Argentino.)

LA POESÍA DE LA HISTORIA

Facetas medioevales

A la dulce memoria de Gabriel Miró.

LA REGLA DE SAN BENITO

Un convento rural. Con el sol y con los pájaros se levantan los monjes. Todos, desde el abad hasta el último hermano lego, asisten a los oficios en la vasta y umbrosa capilla y luego se desparrraman por el claustro de robustos pilares y anchas baldosas. Entre las flores del abandonado jardín interior se hallan ya los girasoles cara al Oriente. Una legión de clérigos destacados suben silenciosamente las anchurosas escaleras conventuales que conducen a las celdas de estudio y a la enorme biblioteca; y sentados ante sus respectivos pupitres, empiezan el trabajo de copia o de composición, siempre lento; de caracteres góticos sobre pergamino; con historiadas mayúsculas y miniaturas al principio de cada párrafo. Paz. Silencio. Soledad. Sabiduría. Por los ventanales góticos, el cielo azul.

Por la puerta principal de la abadía salen otra legión; éstos encapuchados. Los mansos bueyes arrastran los arados de brillante reja que mantiene en alto el rodillo. Otros llevan al hombro, sobre la burda estameña, la afiladas hachas y azadas brillantes al sol. Llegan al lugar de la labor. Invocación divina, la señal de la cruz y al trabajo. Paz. Soledad. Trabajo. Santidad.

Ejercicio de cuerpo y alma, dijo San Benito. Hospitalidad al extranjero. Socorro al afligido. Amparo espiritual al desconsolado. Pan al espíritu. Pan al cuerpo. Amor a todos y con ello gratitud, amor a Dios.

UN CASTILLO

Pedregos. Fosos. Muros de recios sillares negruzcos. Puente colgante. Aspilleras indiscretas. Ventanales. Torreones encaperuzados. Y, sobre todo, la torre del Homenaje.

Centinelas membrudos, lanza al hombro, pasean los baluartes. Polvareda a lo lejos. Toque de cuerno desde la torre del Homenaje.

Recepción de hidalgos cruzados que visitan al señor. Cae el puente con estrépito de cadenas. Ceremoniosa entrevista. Respetuoso abrazo en que se juntan corazones nobles. Suenan clarines y atabales. Se recoge el puente sobre el foso con el mismo estrépito. Anochece. Aúllan los lobos. Sobre los campos solitarios cae la santidad del Angelus, que doblan melancólicas las campanas de la capilla castellana.

FIN DE TARDE

*Todos los soles del día
por la curva de Poniente
sus claridades inclinan.
Más amarillo que nunca
el oro de los tranvías.
Vienen los niños del parque
con sus niñeras bonitas;
aros de la media tarde,
combas como serpentinas.
Los comercios en escena,
maquillados con bombillas,
hacen guiños a la luna
que asoma por las esquinas
a poner falta a las calles
que no acudieron a lista.
Los anuncios luminosos
—alfombras de la avenida—
vocean el film de moda
con sílabas amarillas.*

*Vilma Banky, Greta Garbo,
se asoman desde la cinta
y dejan en los carteles
la firma de una sonrisa.*

... ..
... ..

*Ya se han perdido los niños
con sus niñeras bonitas
entre canciones de corro
redondas como sortijas.
Todos los gatos del barrio
juegan a las cuatro esquinas,
y en el farol del sereno
sus largas uñas afilan.*

JULIO ANGULO

La catarata

*Con vivo centelleo de platino
marcha el río por su cauce guiado...
Va despacio y tranquilo... Peregrino
que fuese por su senda confiado.*

*Aparece cortando la corriente
del sereno y pacífico buen río
el abismo que surge de repente
para lanzar sus aguas al vacío.*

*Las espumas que ruedan despeñadas
son blancas cabelleras erizadas
por el espanto de la catarata...*

*Y el brillar de sus crenchas fulgurantes
es fuga de esmeraldas y diamantes
entre un sonoro escándalo de plata.*

MARIANO SAN ILDEFONSO

Alma de los jardines

*¡Alma de los jardines que entre flores
vives cautiva de tu propio encanto;
que has aprendido a descifrar el canto
que elevan para ti los ruiseñores!*

*¡Alma de frondas y de resplandores,
de risas, de suspiros y de llanto,
que encubres tu existencia bajo un manto
tejido de perfumes y verdores!*

*¿Para quién es tu amor? ¿Para la fuente
que en la glorieta sollozar se siente?
¿Para el viento que gime de pasión?*

*¿O acaso te has prendado de la luna
porque la viste en el estanque una
noche temblar igual que un corazón?*

B. G.

Granada, 1-2-29.

Vasto salón de muros tapizados. Arcas antiguas. Trofeos guerreros. Al fondo, enorme chimenea. Incendio voraz de troncos de encina. Habla el castellano dando la bienvenida. Contesta el hidalgo visitante con reposada voz. Cuenta sus aventuras en Palestina. Es un héroe. Todos le rinden acatamiento. Hasta la pálida condesa Micaela, señora del castillo y de todos los corazones que lo pueblan.

Suenan en la quietud del recinto, iluminado por veinte candelabros y los fulgores del lar, los acompañados trinos del arpa pulsada por un juglar llegado de Tierra Santa. Canta endechas a la heroicidad de los cruzados. Godofredo de Buillón. Roberto de Flandes. Bohemundo el Normando. Todos sus oyentes están pendientes de su voz. Se emocionan. Con estudiados versos hace el panegírico de su señor y el suyo propio. Siempre los juglares fueron indiscretos tunantes. Pero las leyendas en tierras lejanas son fáciles de creer. Nadie duda de que apareció el dragón y de que el bardo lo mató con sólo su pequeña daga. No existe todavía la desconfianza.

EL TROVADOR

La luna llena baña el cuerpo de la hija del señor del castillo, tendida sobre el lecho de áureos encajes. Cuerpo de azucena sobre corola de lirio. Fragancia de labios en flor. Resplandor proceloso en sus ojos de cobalto. Trenzas trigueñas de virgen lánguida y romántica de los brumosos países del Norte. Suena la copla amorosa al compás de la guzla. Salta del lecho la virgen y se asoma al ventanal. En un claro del bosque, que está a sus pies, se halla el trovador. Saluda a su princesa con el ancho sombrero. Lo arroja al suelo en actitud galante, de pleitesía, y reanuda su melopea amorosa. La Naturaleza toda canta amor en la guzla del enamorado. Cesa el canto. Tiende la ballesta. Suena el silbido de una flecha, que se clava en el marco del ventanal, y presurosa la virgen desenrolla el mensaje de su amor. Su áureo seno se mece dulcemente bajo los sutiles encajes. Tiemblan sus nacaradas manitas. Canta la guzla. Canta el grillo. Soledad en la tierra. Paz en el cielo. Amor en los corazones.

JORGE VALOR

Alcoy.

O T O Ñ A L

En aquella fría ciudad noruega, cuya recompensa del largo invierno era recoger unas pobres flores en primavera, pasó ella aquellos años de su ya casi perdida juventud. Mujer de médico, coronó sus años de hogar con el constante sufrimiento por disimular la repugnancia que le producía el contacto con aquel cuerpo corroído por la tisis.

La muerte cambió la faz de aquella vida; pronto quedó aquella casa convertida sólo en casa grande. Lo que fué hogar y clínica, refugio de dolor humano y de trabajo; fué perdiendo poco a poco el calor que le daba la actividad. Enfermeras, ayudantes, todo el personal fué abandonando junto con los enfermos aquella mansión acogedora de miseria humana, respirándose pronto la atmósfera peculiar de los lugares que tuvieron vida extensa y quedan sólo las paredes fieles al recuerdo de lo desaparecido...

Eugenia Livers había dejado allí lo que jamás recobraría, aquella juventud de la cual aun conservaba átomos en lo recóndito de su sensualidad, fieramente dispuesta a valerse de ella para pagarse aquel deseo que le pidió siempre todo su ser, no pudiendo nunca satisfacerlo.

Viuda, libre de todo, sintióse por primera vez dueña de sí misma, queriendo con afán desesperado satisfacer aquel cuerpo ávido de sensaciones, alentado hasta entonces por leves caricias.

Fué una mañana de noviembre cuando llegó anhelante de vida, en aquel pequeño pueblo marítimo de la dorada costa meridional.

Sol, luz brillante, atmósfera diáfana, calor en invierno, precocidad en las flores como en las pasiones. Colorido limpio, de tonos fuertes, que ciega al que está acostumbrado a luces opacas, como las aguas cristalinas y muertas traicionan al que sólo las conoció arrolladoras y ruidosas. Ambiente de juventud que brinda a vivir una vez más lo que tantas se dejó morir.

Sangraba los rojos geranios bajo el sol ardiente. Algún gallo dejaba oír a lo lejos su grito poderoso, y al pasar por delante de las pequeñas casas silenciosas, alineadas formando una gran concha, pequeños hogares de pescadores, habitados algunos por extranjeros, oíase un piano desgranar las notas de una sonata a los pies de todo el mar, inmenso manto azul, que, tranquilo, murmurando dulcemente como madre que arrulla a sus hijos, parecía dispuesto a recoger con su ancho delantal todas aquellas caricias.

En el umbral del pequeño hotel de persianas azules y muros blancos resaltando más su blancura a la fuerte claridad del sol, por primera vez iba él a desempeñar el cargo de "ménager". Señorito de pueblo, se ocupó de muchas cosas, sin llegar a dominar ninguna por falta de voluntad y talento.

Unos años de ausencia en que recorre las grandes urbes, volviendo a la pequeña ciudad natal, con pretensiones mundanas, creyendo haber vivido más de lo que llegó a conocer. Forzado a obedecer al duro mandato de la necesidad, acababa de instalarse en el pequeño hotel y

apenas había tenido tiempo de penetrar en el nuevo cargo. Habiéndose abierto sólo hacía unos días, andaba todo en aspecto de limpieza, era necesario limpiar, ver lo que faltaba, lo que sobraba...

Paróse el auto delante de la verja del jardín, descendiendo la viajera. Alta sin exageración, pero arrogante, de aspecto fuerte dentro de sus carnes apretadas.

Su semblante demostraba una salud vigorosa. De facciones pequeñas, su cara sonrosada y redonda, ligeramente mofetuda, parecía sacada de una imagen barroca. Salió él a recibirla, mostrándole varias habitaciones, el pequeño comedor, todo sencillo, blanco, bañado de sol, único adorno admisible en el país.

Le miraba ella con esa mirada propia de la mujer que lo espera todo de sí misma. Verdaderamente era interesante, con su cara alargada, tez cobriza, ojos y cejas negrísimos. Muy meridional, sus facciones eran vulgares; sólo los ojos, muy grandes y brillantes, miraban con viveza, esta mezcla de vivacidad y pasión tan característica de los españoles, propicia lo mismo para lo banal que para la tragedia. Sin tener más allá de treinta y cinco años, su aspecto era de fatiga, como suelen aparentar algunos hombre en esta edad, sólo traicionados por el fulgor sensual de la mirada.

... Sintió ella que aquella puerta, tantas veces soñada en noches de insomnio, iba a abrirse de par en par, mostrándose su recinto maravilloso...

Fueron las etapas sucediéndose, avivando más aquella pasión, hasta llegar a su máximo ímpetu. Despojada de convencionalismos, sólo escuchando el deseo abrasador, espera para entrar en sus dominios la otra voluntad acogedora.

El enemigo se cobijaba en ella misma, creado a la pérdida de aquel tesoro que jamás recobraría.

Aquella misma luz, aquel sol que le embriaga con la borrachera suave, empujándola hacia la pasión, alentando en su ser locos deseos de amar, fué con cruel cinismo demostrando poco a poco su traición brutal, dejando sentir al fin el rudo golpe de la demacrada realidad.

Intentó con desesperado esfuerzo, con su superioridad espiritual, inteligencia, suplantar aquel arma de triunfo que se le escapaba, ¡pobres guerreros para conquistar aquel baluarte, al que sólo puede vencer las huestes de la juventud!

Siguieron unas cartas...

Era el alma la que escribía lo que hubiese querido escuchar...

Allá lejos fueron apagándose aquellas luces de ilusión. Aquella atmósfera fué perdiendo claridad. Ya no murmuraba el mar, ni sangraban los geranios...

... Sólo el sol seguía brillante, pero débilmente, como enfermo resignado que ha perdido la esperanza de sanar...

Otoño agonizaba bajo la implacable y dura mano del invierno.

MON

ESTRENIMIENTO
CURACION COMPLETA

CON LOS



LAXANTES Y DEPURATIVOS:

DOSIS: 1 ó 2 GRANOS AL CENAR

Se expenden en frascos de 25 y 50 granos en las farmacias, droguerías y centros de específicos.

Hemos recibido su trabajo y...

"Brummel". Barcelona.—Está bien, pero decepciona un poco al final, tal vez por falta de asunto. No llega a interesar del todo. Esperamos otra cosa de usted.

J. Ortiz de Villajos.—Lo publicaremos. Tenga paciencia.

R. García Velasco. Murcia.—Está bien intencionada su égloga. Y si no fuera porque hay algunos versos algo forzados la hubiéramos publicado. Haga otra cosa y no se desanime.

Luis Cañas. Barreda (Santander).—Sentimos no poderle complacer.

Gustavo Peñas.—Sus trabajos no encajan en la índole de esta Revista.

Doroteo Benavente.—Hemos admitido para su publicación sus trabajos titulados "Víspera de fiestas", "Tarde de baile" y "Anhelos".

R. Ch. R.—Al cesto.

"Janotus". Madrid.—Haga otra cosa. No está mal lo que nos ha mandado, pero haga otra cosa... y con otro tema.

NOTA IMPORTANTE

Rogamos a nuestros amables colaboradores espontáneos que perdonen cualquier error u omisión que observen en esta Sección, pues al hacerse cargo la nueva Empresa de esta revista ha habido un poco de desorden en los papeles, inevitable en toda mudanza.

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de esta Revista. Rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: "Para la sección Los escritores nuevos." Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección los trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS»
CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de
Colaboración espontánea

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de los originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas escritas por un solo lado, y las composiciones poéticas de sesenta versos siempre a máquina.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección Hemos recibido su trabajo y..., en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.

JOTAESE Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid.